

Gallos de poca casta

GLORIA TRINIDAD



Gallos de poca casta

GLORIA TRINIDAD





Gloria Trinidad

Gloria Trinidad (Madrid, 1968) es licenciada en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid y cursó estudios de posgrado en la Universidad de York. Ha publicado un poemario (Libro de la niebla, 2013) y escrito varias obras de teatro, una de ellas llevada a las tablas (La morena, Cuarta Pared, 2005). Gallos de poca casta es su primera novela.

Gallos de poca casta

La «costa brava» de Madrid es un conjunto de barrios del sur de la capital (Orcasitas, Villaverde, Puente de Vallecas, Usera) donde los índices de delincuencia son superiores y la esperanza de vida inferior a la media del resto de la ciudad.

Por ellos pululan, entre colillas apagadas, bares infectos, mercadillos de ropa barata, tiendas de todo a un euro, terrazas con sillas de plástico rotas, chabolas hiperpobladas y pisos rebosantes de inquilinos desahuciados, los protagonistas de esta novela: Israel Cruz, un perdedor nato con una última misión que cumplir; Fraile, el tipo más espabilado de todo Madrid, jugando a mil bandas, siempre viviendo al filo; Santos, un policía con mil secretos y otros tantos confidentes, o Rachid, uno de ellos, que sueña con hacer fortuna en el rap. Toda esta fauna se entremezclará en una trama implacable, cruda, que nos habla de atracos y muerte, que nos mancha los dedos de nicotina, que nos asombra por su perfección formal, por su ironía y por su afilada agudeza para captar la realidad y que nos habla del día a día de los que se buscan la vida, los que trampean, los que piensan en el próximo palo, los que sobreviven como pueden y, cada día, afrontan la pelea con la resignación de los gallos que saben que no les queda otra que seguir luchando hasta el final.

Gloria Trinidad, dotada con una prosa magistral, con un dominio del humor y una capacidad de observación única, nos ofrece una novela llamada a ser un clásico. Una obra perfecta, a la altura de los grandes maestros del género.

Gallos de poca casta

,

Gallos de poca casta

GLORIA TRINIDAD

ALREVE⁹S
BARCELONA-2025

Primera edición: mayo de 2025

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:

EDITORIAL ALREVÉS, S.L.

C/ Torrent de l'Olla, 119, Local

08012 Barcelona

info@alreveseditorial.com

www.alreveseditorial.com

© 2025, Gloria Trinidad

© de la presente edición, 2025, Editorial Alrevés, S.L.

© de la ilustración de la portada, 2025, Amaya Lalandá

ISBN: 978-84-10455-32-0

Producción del ePub: booqlab

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra

por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

para Isabel de los Ríos y

para Íñigo Alcántara,

insustituibles

La costa brava es una franja litoral que se extiende entre la comarca de La Selva y la frontera con Francia. La expresión se utiliza también para designar un conjunto de barrios del sur de Madrid (Orcasitas, Villaverde, Puente de Vallecas, Usera) donde los índices de delincuencia son superiores y la esperanza de vida inferior a la media de la capital.

Salvador Cancino,

Duros nombres de nuestra geografía

1

Al gallo de pelea hay que separarlo de los demás, incluso de los de su misma pollada, a eso de los dos meses de vida. Lo que quiere decir que nace con esa aversión a compartir territorio mucho antes de estar en condiciones de pisar hembra. Si no se lo aislara, acabaría matando o muerto siendo aún pollo.

Todos los gallos de riña tienen esa fiereza que los diferencia del gallo dominante de granja o de corral. Pero la casta es otra cosa. Qué cosa sea, es algo en lo que ni los galleros se ponen de acuerdo. La casta, la bravura y el genio comparten lindes borrosas y en ocasiones se entrecruzan, y sin embargo, dicen, no son lo mismo. Pero no aclaran en qué consiste cada cual.

Dicen que la casta se hereda de la madre y la espuela del padre. Pero este no es un criterio definitorio, sino un mero atributo que se predica de ese algo esquivo que es la casta y, además, tampoco sobre él hay concordia.

—Llegas tarde —dijo Israel Cruz—. Te dije a las dos menos cuarto en punto. No tengo tiempo para que me hagan esperar, y menos si hay un negocio de por medio.

Fraile, veintiséis años, cetrino y enjuto como un ciclista de montaña, el pelo azabache ajustado al cráneo con gomina y unas patillas de hacha que descendían hasta convertirse en bigote, se sentó frente a Cruz y miró sus manos nerviosas y sus uñas mordidas.

—Lo siento, socio. Atasco en la carretera de Toledo —dijo—. Un coche empotrado en un camión de cerdos. Todos los cerdos por la calzada, los vivos y los muertos. Un cristo del copón. Y luego están esos que van pisando huevos para no perder detalle de lo que les ha pasado a otros. ¿No te parece puro morbo?

—No me he parado nunca a pensarlo —respondió Cruz.

Fraile encendió un purito Panther e inspeccionó una a una las mesas de la terraza del Contreras, saludando con una pequeña inclinación de cabeza cuando su mirada se topaba con algún conocido. Terminó la revista y se volvió hacia Cruz.

—La buena noticia es que ya tengo lo tuyo.

—No es mío hasta que no te lo compre.

—Claro. Hoy no andas de buen humor, ¿eh? Mira, te voy a levantar el ánimo; las dos petacas están ya localizadas y listas para mañana mismo por la noche, si quieres.

—Creía que me habías dicho que ya las tenías.

—Es lo mismo. Las he apalabrado y solo tengo que acercarme a casa del tipo que las fabrica.

—¿Y eso dónde está?

—No es cosa tuya. Pero para tu tranquilidad, a treinta y cinco minutos de reloj de donde estamos sentados ahora mismo.

Cruz se llevó la mano instintivamente al estómago, donde se empezaba a expandir una nueva oleada de ardor. Tenía la piel macilenta y los pómulos hundidos, y sus ojos flotaban en una linfa amarillenta. Miró hacia los puestos del mercadillo para distraer su atención hasta que la ola se replegase y la quemazón se disolviese en un suplicio más difuso.

A esas horas de aquel último domingo de junio, el mercadillo zumbaba como una colmena. Entre el río de gente que recorría los puestos, un gitano que vendía ropa de mujer anunciaba a gritos su mercancía:

—¡Todo al cincuenta por ciento, señoras, aprovechen, que me he vuelto loco, señoras, sujetadores, fajas, tanguitas, todo a mitad de precio!

Por encima de la voz trueno del gitano, el estrépito de la música electrónica que brotaba de algún otro puesto y, un poco más allá, pero sin lograr imponerse a los algoritmos del sintetizador, una rumba flamenca que competía con un rap de El Jincho.

—Oye, socio —dijo Fraile—, ¿te encuentras bien? No tienes muy buena cara.

Cruz levantó la mano para pedir paciencia. La ola cedió un poco.

—Cuánto —preguntó al fin—. Y no me llames socio, si no te importa.

Fraile se quedó callado girando entre el pulgar y el índice su purito, del que se desprendían pequeñas volutas de humo azulado.

—Esta mierda —dijo—. Sabe a plástico. Los compré de sabor vainilla porque me gusta el helado de vainilla. El corte de vainilla, para ser más exactos. La tipa del estanco me dijo que el sabor estaba muy logrado, pero no, es como si estuvieras masticando el envoltorio de un chicle. Mil por pieza.

—¿Estás de coña? —respondió Cruz—. Por bastante menos de la mitad nos lo hace el pirado ese que vive en La Sagra.

—Valentín el Chino, sí. Correcto. Podéis pedírselas al Chino, y si os lo cameláis con un par de gramos de speed y una buena puta a lo mejor ni os cobra. Pero vosotros no queréis algo que os estalle en las pelotas si pilláis un badén un poco demasiado deprisa, ¿o me equivoco? O que no haga su función porque el Chino o quien sea haya mezclado unos cuantos petardos de las fiestas de su pueblo con un poco de arena de playa.

Fraile se acercó hacia el borde de la silla y puso los codos sobre sus piernas para recortar la distancia que lo separaba de Cruz.

—Porque si lo que queréis es polvo loco —susurró por encima de la mesa—, ahí te doy la razón; podéis comprarlo mucho más barato y para eso no me necesitáis a mí.

—No quiero polvo loco —dijo Cruz—. Quiero algo fiable. Pero entre los doscientos la pieza que pide el Chino y los mil de tu amigo hay un trecho.

—Oye, esto no es cualquier mierda que pueda hacer un tarado enredando en su garaje. Es material de primera, estable. No os va a dar sorpresas. Este tío se ha tirado un taco de años trabajando en minas ahí por Burgos, es un especialista. ¿Tú dirías que el Chino es un especialista?

—No en eso, probablemente —concedió Cruz.

—Bien, pues este sí.

Fraile dijo que el minero hacía las mezclas en su propio taller y tenía una prensa hidráulica para moldearlas al gusto del cliente. Las dos que Cruz le había pedido ya estaban preparadas y, por supuesto, la pizza venía al completo, con su pala, su cableado y su detonador. Cruz escuchó en silencio.

—Pero oye —dijo Fraile incorporándose en la silla—, que si has cambiado de idea no pasa nada. Tengo a un pollo que me anda dando la brasa desde hace dos semanas por algo de esta calidad y seguro que se pone como unas pascuas si le digo que le puedo entregar algo mañana mismo.

—¿Alguien del barrio?

—No, uno de Algeciras o de La Línea, no me acuerdo. Por allí abajo también se cuecen cositas, ya sabes.

—Si son de los que se dedican a las mudanzas nocturnas por el Estrecho no creo que lo que busquen sean pizzas.

—No sé a lo que se dedican, Cruz. ¿Sabes por qué tengo más trabajo del que quisiera? Porque soy legal y porque soy discreto. Yo no le pregunto a nadie para qué quiere un hierro o unas cajas de petardos ni en qué tejemanejes anda metido. ¿Te he preguntado a ti para qué son las pizzas?

Sin esperar respuesta, Fraile tiró el purito al suelo y buscó al camarero con la mirada.

—¿Así que ahora no las quieres? Sin problema, amigo, todo bien. Además del de ahí abajo, tengo un taco de gente que anda buscando el mismo producto, puedo colocarlo rápido.

—No he dicho que no las quiera —dijo Cruz—, pero no me gusta cómo caza la perrina. Tú me puedes decir que el tipo es poco menos que un tédax, que el material es como el que utilizan los americanos en Siria o en Afganistán o lo que te venga en gana, y yo no tengo manera de comprobarlo hasta dentro de una semana.

Un viejo desdentado, con una bata blanca y un estetoscopio al cuello, arrastraba de mesa en mesa unas alpargatas de esparto deshilachadas, ofreciéndose a tomar la tensión y desplazando a su paso un olor a orina y a vino revenido. Encima del bolsillo de la bata, a la altura del corazón, alguien había escrito con rotulador su nombre en temblorosas letras mayúsculas: Doctor Eduardo. Cuando los pacientes potenciales negaban con la cabeza, el viejo alargaba la mano y pedía la voluntad con la misma ceremonia con la que había ofrecido sus servicios.

—Y el problema es que si dentro de una semana descubro que me has cagado —siguió Cruz—, las personas que necesitan las pizzas me van a pedir cuentas a mí. Y con cuentas no me estoy refiriendo solo a esos dos mil que pides por los cacharros, ¿me entiendes?

—Te entiendo —respondió Fraile—. Ahora, lo que me pregunto es por qué no te hiciste todo este razonamiento hace tres días, cuando estábamos sentados exactamente en esta misma terraza hablando exactamente de que necesitabas dos petacas.

—Me lo hice, solo que no entraba en mis cálculos que me fueras a pedir dos mil pavos por algo que en el mercado está a mitad de precio. Escucha, te puedo pagar mil doscientos por las dos. Máximo. Los llevo encima, así que si decides ser un poco más razonable cerramos el trato.

El viejo de la bata blanca llegó a la mesa donde estaban sentados Cruz y Fraile y exhibió el estetoscopio en el aire.

—Ahora no, Edu —dijo Cruz—. Y además eso que llevas ahí no es para la tensión. Pídele algo a Contreras y dile que corre de mi

cuenta.

El viejo de ojos acuosos sonrió y se alejó hacia el bar plegando y desplegando los labios sobre su boca mellada, como si juguetease con el óbolo que llevaba ya entre las encías.

—Piensa que, si las petacas son como dices la obra de un genio de la pirotecnia —dijo Cruz—, dentro de una semana probablemente te estaré llamando para pedirte otra media docena.

—Me estás pidiendo una rebaja del cuarenta por ciento y eso, si me permites que te lo diga, es una ofensa; a mi humilde trabajo de intermediario y al trabajo del maestro artesano. Mira, yo podría estar dispuesto a reducir un poco mi comisión, pero mi contacto no anda chalaneando con su trabajo, ¿entiendes? Tiene clientes para aburrir y no lo necesita.

—Mil quinientos.

—Que sean mil setecientos y te las acerco mañana a donde tú me digas.

Los vendedores empezaban a recoger los puestos y a cargar los bártulos que no habían vendido en las furgonetas. Los niños de los feriantes correteaban gritando entre cajas de verduras y montones de ropa. El gitano de las fajas había perdido toda su locuacidad y ahora estaba sentado sobre una caja de cartón, fumando en silencio con la mirada perdida. Cruz lo observó mientras pensaba en la cifra final. Luego, metió la mano en el bolsillo de la guayabera, sacó un sobre y lo puso encima de la mesa frente a Fraile.

—Aquí van mil doscientos. Cuéntalos si quieres. Los otros quinientos mañana, cuando vea la mercancía.

Fraile recogió el sobre y se lo metió en el calcetín derecho.

—Me fío de ti, socio —dijo—, los contaré en casa. Si es que llego a casa, porque me queda una paletada de curro.

Recorrió con la mirada la terraza, ya casi despoblada.

—A todo esto, debemos de ser invisibles, tú, el camarero aún no se ha pasado por aquí. ¿Qué quieres que te pida?

—Una tónica —respondió Cruz, porque en ese momento sintió el comienzo de una nueva ola dispuesta a romper con fuerza contra las paredes de su estómago.

A las cinco de la tarde, Cruz bajó del autobús 126 y esquivó a una manada de adolescentes que salía del turno vespertino de clases de La Paloma, cada uno de ellos una ciudad resguardada del mundo por sus auriculares. Atravesó Francos Rodríguez y, nada más entrar en la Dehesa de la Villa, se sentó bajo el sol inclemente en el primer cancho que encontró. Se ahogaba, pero necesitaba fumar. Sabía que con cada cigarrillo avanzaba un paso más por el breve camino que los médicos le habían anunciado, pero las caladas le confortaban, parecían aturdir el dolor.

Cuando lo apagó, se sintió algo mejor y echó a andar despacio hacia el Alto del Mojón. Santos ya estaba allí, con la espalda apoyada en un pino viejo que daba una sombra desigual. Llevaba unos vaqueros de marca, un polo azul marino, una gorra con un jugador de críquet cosido en el centro y gafas de espejo.

—Espero que haya una buena razón para que me hayas hecho venir hasta donde pica el pollo —dijo Santos—. Una razón que no sea ver matorrales, pinos y piedras mientras nos torramos de calor. ¿No había otro sitio un poco más céntrico?

—Es mejor que no nos vean juntos por Orcasitas —respondió Cruz.

—Claro, pero entre el barrio y aquí hay toda una ciudad de por medio, ¿sabes? Se me ocurren varias decenas de lugares que no pillan tan a trasmano y a donde hubiera podido llegar en media hora menos. Bueno, tú dirás.

—Estoy viejo y jodido, Santos.

—Una cosa es consecuencia de la otra, supongo.

—No te creas. Hay gente mucho más vieja que yo que ahora mismo anda jugando al pádel o follando. Tengo cincuenta y dos años y un bicho que se me está comiendo el estómago y supongo que otras cosas que a lo mejor no me quieren decir ni yo estoy seguro de querer saber.

—Ya. No quiero ser descortés, Cruz, pero resulta que tengo a la parienta y a los niños esperándome en casa sin aire acondicionado y con una tonelada de helados y bocadillos y varios litros de refrescos para que los lleve a la piscina, y si ven que no aparezco a rescatarlos van a empezar a darme la vaina con llamadas y mensajes. ¿Has vuelto a meterte en algún lío, aparte de los que tienes pendientes?

—De uno de esos otros líos quería hablarte, precisamente.

—No tengo mucha información sobre tus asuntos —respondió Santos—. Me han trasladado, ya no estoy en Estupefacientes.

—Vaya. ¿A qué te dedicas ahora, a perseguir manteros?

—Grupo 22, violencia de género y esas cosas.

—Muy entretenido también.

—Me convenía más lo otro, te lo confieso. Pero esto me pilla más cerca de casa y además se supone que cobro un complemento. En concreto, veinticinco euros de complemento, brutos. Con el neto he comprado hoy una caja de bombones almendrados para los niños. En Estupefacientes el complemento era mayor que mi sueldo.

—Y, además, negro como la pez.

—Exacto. Bueno, ¿para cuál de esos líos me querías ver?

Cruz sacó del bolsillo derecho de su guayabera una navaja multiusos con el mango deslustrado por el uso, extrajo un pequeño trozo de

metal en forma de sierra y comenzó a arañar con él la corteza del pino.

—¿Te acuerdas de la causa que tengo pendiente por el vuelco de Manoteras?

—Por el no vuelco, quieres decir. Cómo no, fue una operación modelo que se estudia en las academias de Policía de todo el mundo, en el capítulo titulado «Estrategias del caos en la delincuencia desorganizada». Robasteis dos Audi, les doblasteis las placas, comprasteis media docena de fuscas en el mercado negro con el número de serie borrado y entrasteis a un piso pegando tiros en mitad de la noche para encontraros con que en el piso no había más que una familia de bolivianos comiendo pollo con arroz y viendo Operación Triunfo.

—Bueno, yo no estuve en el piso.

—Claro que no: estabas en uno de los Audi.

—Eso dice mi abogado que dice el sumario, sí.

—Luego, si mal no recuerdo, al salir del piso os encontrasteis con tres coches de la Nacional, porque la mitad de los vecinos de Hortaleza había llamado al 091 para avisar de que había entrado a saco en el barrio el ejército de Pancho Villa, repartisteis unas balas más y salisteis de naja. El otro conductor consiguió largarse por la M-40, pero tú terminaste estampándote contra un coche patrulla de la Municipal que se te atravesó en la avenida. En definitiva, una maniobra absolutamente brillante en la que nada podía salir mal.

—Estaba bien organizado, te lo aseguro, lo único que era el segundo C, no el segundo B. Fue culpa del puto santero.

—Ya. El santero. El gallego ese que luego apareció con la cara reventada y media lengua cortada. Otra decisión admirable de los

Vargas que llevó a los de la UDYCO directamente hasta tus colegas del otro coche.

Cruz siguió raspando la corteza del árbol en silencio.

—¿Cuánto te piden? —preguntó Santos.

—Cuatro años.

—De los que te comerás dos y medio a todo tirar.

—Da igual, tampoco me daría tiempo a cumplirlos.

—¿Por el bicho ese que dices que tienes alojado en el estómago?

Cruz asintió. Detrás de una mata de zarzamora, una chicharra emitió dos notas seguidas y desató un coro perfectamente sincronizado que parecía haber estado esperando la señal convenida. Los dos hombres se quedaron callados hasta que el coro llegó al final de la partitura.

Cruz reanudó su labor en el tronco en el silencio zumbón de la tarde.

—La cosa es que no me gustaría convivir con el bicho en la trena, ¿sabes? —dijo—, tener que andar los meses que me queden evitando a psicópatas búlgaros y chaperos con nabos de veinte y yendo en la furgona del hospital al chabolo y del chabolo al hospital. Y, además, tengo un pequeño asunto pendiente.

—Todos tenemos miles de pequeños asuntos pendientes, Cruz, pero procuramos no infringir media docena de artículos del Código Penal para resolverlos.

—No me refiero a ese tipo de asuntos en los que estás pensando. Es un rollo familiar, un tema serio, Santos. No podré solucionarlo estando ahí dentro. Y había pensado que a lo mejor tú podrías hacer algo por evitarlo, en honor de los viejos tiempos.

—Algo como qué. Algo a cambio de qué.

—A cambio de una información potente. Algo que a lo mejor te ayuda a volver a Estupefacientes y por lo que ningún comisario te regatearía una de esas medallas al mérito policial que os la ponen dura.

—Ya. Sería un gran honor, no cabe duda. Pero a mí lo que me tiene preocupado ahora es que ando tieso, ¿sabes? Tengo tres hijos que comen como caimanes, gastan más vestuario que la Casa Real y van a todas las extraescolares que se te ocurra. A día cinco de mes, el puto banco me pasa la hipoteca y la cuota de la tarjeta de crédito y me quedo con la mitad de sueldo y aún tengo que pagar la comida, la luz, los móviles y las raquetas y las botas de fútbol y las clases de guitarra, conque tengo que volver a tirar de la tarjeta de crédito. Un bucle infinito, si me entiendes.

Cruz miró el círculo que había dejado al aire en el tronco del pino, sustituyó la sierra por el cuchillo en miniatura de la navaja y comenzó a trazar lo que parecía una letra.

—No tengo pasta, Santos. Estoy cobrando la ayuda esa para los pobres. Ando embarcado en un trabajillo para complementar la miseria, nada del otro jueves, pero aún no he visto un pavo.

—¿Y alguna previsión de cuántos verás?

—Digamos que el precio no está cerrado por el momento, pero si me saco trescientos me daré por afortunado.

Santos resopló, se puso la gorra y comenzó a andar a grandes zancadas hacia la salida. Cruz lo siguió unos pasos por detrás, procurando intercalar las palabras entre los silbidos de sus bronquios podridos de fumador viejo.

—Espera. Oye, ¿quieres parar un momento? —dijo con la respiración entrecortada—. El chisme que me ha llegado os podría interesar. Y si

os interesase, a lo mejor alguien le podría hacer llegar a su señoría que, aunque es posible que yo condujera un poco deprisa una noche y me empotrara por distracción contra un coche de Policía que no vi, soy un viejo colaborador del cuerpo que ha aportado información interesante a lo largo de muchos años, detalles que tal vez hayan contribuido a que esta ciudad sea hoy un poco más segura. Como el tipo de detalle que te quiero dar hoy.

—Tendría que ser realmente interesante, Cruz —dijo Santos sin dejar de caminar.

Cruz quedó rezagado diez metros atrás y tuvo que gritar la pregunta.

—¿Te parecen lo suficientemente interesantes los explosivos?

Santos se detuvo en seco y se giró hacia él.

—Vaya, esta sí que no me la esperaba. Desde luego que me parecen interesantes.

Cruz se acercó resoplando hasta tenerlo de nuevo de frente.

—Y más, supongo, si te digo que los receptores son de La Línea de la Concepción o por ahí.

—¿Moros?

—No tengo ni idea. Puede.

—¿Quién está al otro lado del hilo?

—Un exminero.

—¿Y tú cómo te has enterado de esta vaina?

—Bueno, ya sabes cómo son las cosas en el barrio. Muchas horas muertas en el Contreras. Estamos todos en el mismo agujero, con la

no contributiva esa, y no tenemos otra cosa que hacer que contarnos los pelos del pubis. Cuando se toman una caña se vienen un poco arriba y empiezan a soltar lengua. Y, luego, otro día hablas con el otro y con el de más allá, hasta que al cabo de una semana empiezas a atar cabos y te das cuenta de que te estás enterando de algo.

—¿Cuándo se supone que los de La Línea se van a encontrar con el minero ese?

—Aún no lo sé. Te llamo cuando tenga más datos. Y tú te ocuparás de lo otro, ¿verdad?

—Te lo diré cuando sepa algo más. Quiero cosas concretas, Cruz: nombres, sitios, días, cantidades, no vaguedades. Por ahora todo lo que me estás contando te lo podrías estar inventando.

Salieron del parque por la verja de Francos Rodríguez. Cruz se dio la vuelta y miró la tierra, las zarzas, las acacias de la Dehesa quemadas por el sol.

—Me gusta este sitio —dijo—. Por aquí solía venir mi padre a pasear.

—¿Tu padre? ¿Desde Orcasitas?

—No desde Orcasitas. Era de aquí, de La Ventilla. Venía todos los días cuando volvía de trabajar, supongo que para echar el cansancio del cuerpo y estar un rato solo con sus pensamientos antes de volver a casa. Un día llegó del paseo tarde y con cara de acelga. No cenó, no habló, se metió en la cama a oscuras a media tarde. Y no volvió a venir por aquí. ¿Sabes por qué?

—No, pero me temo que me lo vas a contar —dijo Santos.

Era invierno y a las cinco de la tarde apenas quedaba un rescaldo de luz cuando el padre, a mitad del paseo, a unos doscientos metros de donde estaba, había visto un bulto meciéndose ligeramente debajo

de un pino, en un balanceo impulsado por su propio peso. Dio unos pasos más y distinguió en el bulto a un hombre de mediana edad, vestido con un traje de chaqueta arrugado y una fina gabardina gris. Pensó primero en ir a la comisaría o a cualquier sitio donde hubiera un teléfono para dar aviso. Luego se dijo que tal vez lo acabara de hacer y estuviera aún vivo, y que en ese caso, mientras él iba y la ayuda venía, el hombre estaría ya muerto. Entonces se acercó al pino y miró hacia arriba, hacia el hombre que con la cabeza gacha parecía devolverle la mirada. Y cuando pudo apartar los ojos de la lengua colgante y los ojos vueltos, se dio cuenta de que era Márquez, su amigo del alma, su compañero de trabajo en el banco.

—¿Tu padre? ¿Tu padre trabajaba en un banco?

—Ya ves —dijo Cruz.

A las once de la mañana, Cruz llegó resollando a la calle Marcelo Usera y llamó al timbre del Tréboles. Le abrió un chino alto y delgado, vestido con traje de chaqueta negro, una camisa malva y una corbata también negra. Llevaba un pitillo extralargo y extrafino entre los dedos.

—Islaer —dijo—, cuánto tiempo tú no por aquí. Pasa.

El chino lo acompañó a través del vestíbulo enmoquetado, apenas iluminado por una estatuilla dorada de un gato que con una mano sostenía sobre el regazo un cartel en caracteres chinos y con la otra parecía estar dirigiendo el tráfico. En el aire flotaba un cóctel de olor a lejía perfumada y ambientador de taxi.

—¿Hace cuánto que nos conocemos, Wang? —dijo Cruz—. ¿Cinco años? ¿Siete?

—Desde que abrimos el Victoly de Isabelita Usela: seis.

—Bien, seis. ¿Y tú crees que sería mucho pedirte que pronunciases bien mi nombre? No aspiro a la perfección. Si la ele te resulta más fácil, llámame Israel, si quieres. O si prefieres la erre, Israer. Solo te pido que no cambies la ele por la erre y la erre por la ele, porque eso me mosquea.

—Tú siempre hombre bromista —rio el chino.

En la sala central, la única claridad provenía de una docena de pantallas gigantes y mudas que retransmitían partidos de fútbol, carreras de caballos y torneos de póquer, y de los destellos rojos y verdes de tres máquinas tragaperras. Todo lo que no estaba junto a ellas era penumbra. Un hombre de mediana edad, sentado sobre un

taburete alto, trasegaba cubalibres mientras insertaba mecánicamente monedas en una de las tragaperras. En el otro extremo de la sala, un joven miraba con la mandíbula descolgada y los ojos vidriosos una de las pantallas, en la que se desplegaba una lista de los partidos de la jornada con las cuotas de las apuestas.

Cruz se apoyó en el extremo de la barra más alejado del trío de tragaperras.

—Tú qué tomar —preguntó el chino.

—Tónica.

—¿Con ginebra?

—Sin ginebra, sin hielo, sin limón, sin nada.

Wang transmitió la orden en chino a la camarera diminuta y silenciosa que trajinaba detrás de la barra.

Cruz señaló con la barbilla al joven hipnotizado ante la pantalla.

—¿Qué anda mirando con tanto interés? Agrupación Deportiva Ceuta, Unionistas de Salamanca, Sociedad Deportiva Amorebieta. ¿Eso qué coño de deporte es, waterpolo o algo así?

—Fútbol. Tercera Federación —respondió Wang—. Ha apostado por el Atlético Sanluqueño y va perdiendo nueve a cero.

—Poco me parece —dijo Cruz.

El timbre sonó y el chino se escurrió de nuevo entre las sombras del local y regresó con un hombre grueso de unos cuarenta años con la cara picada de viruela. Tenía una cicatriz en forma de zeta que le atravesaba la mejilla derecha, una grieta blanquecina que caía entre el pómulos y los labios, y una boca llena de dientes de oro, que alternaban con alguno que otro de plata y un par de puestos sin

ocupar. Caminó hacia la barra tintineando como un sonajero todos los oros que llevaba colgados de las muñecas y del cuello y se sentó junto a Cruz.

—¿Hace mucho que esperas?

—Coño, Vargas, vienes cargadito de caudales, ni que vinieras de un bautizo —dijo Cruz—. Ni tres minutos.

—¿A que sí? Esta esclava —el hombre grueso levantó el brazo derecho— me la regaló mi María. Veinte gramos de veinticuatro quilates. No sé si lo ves bien. Lleva mi nombre grabado, «Samuel». Y el brazalete, ¿ves estas monedas que cuelgan? También de oro. Cada una de ellas lleva el nombre de uno de mis chiquillos. Jetzabel, José, Rocío, Manuel y el Denis. Al Denis lo apadrinó Goyo.

—Están guapísimas. ¿Cómo anda Goyo? —preguntó Cruz.

—Bueno, ya sabes. Acaba de salir del talego y está un poco falto de liquidez, aunque ha hecho sus cositas ahí dentro. Lo bueno de que lo hayan tenido catorce meses guardado es que se le han ocurrido unas cuantas ideas para remediar esa falta.

Vargas tamborileó con las uñas en la barra, uñas largas como de vihuelista en una mano recia y bronceada.

—Ahora solo hay que convencerle de que no se empeñe en incluir a cierta gente en los planes —dijo—, porque fueron las malas elecciones las que lo llevaron a la trena.

—Goyo es un sentimental.

—Ahí le has dado. El trabajo es el trabajo, y no hay por qué andar metiendo a los hermanos, los primos, los primos de los primos y los amigos de la infancia por muy boquerones que estén y por mucho que vayas a muerte con ellos. Que es exactamente lo que hizo cuando lo del Black Friday. Y, claro, pasó lo que tenía que pasar

cuando montas un equipo de oligofrénicos y les das responsabilidades.

—La lio el Pirula, por lo que me ha llegado, ¿no?

—La lio todo cristo. Se suponía que el Pirula y Falete, el hermano de Goyo, tenían primero que darse una vuelta por fuera de la nave para ver cuántos seguratas había sueltos y tenerlos entretenidos, si me entiendes. Se suponía que el Chóped tenía que desplegar la rampa del tráiler cuando los dos empanados le dieran el okey, y se suponía que entonces el Yónatan tenía que arrancar el coche y estamparlo contra el cierre del muelle de carga, que está como a metro y medio de altura.

Los pies de Wang susurraron sobre la moqueta perfumada mientras atravesaba las tinieblas de la sala. El hombre de la tragaperras se reía solo mientras las frutas giraban febriles sobre el marcador con un ruido de carraca.

Vargas dijo que el santero que les había avisado de la llegada de la mercancía les había marcado en un plano la ubicación aproximada de las cámaras de seguridad y las garitas. Pero esa noche había un solo guardia de seguridad, un muchacho marroquí que estrenaba uniforme, empleo y arma. El chico dio una vuelta desgana al recinto, más pendiente del nuevo peso que llevaba con partes iguales de temor y orgullo en la cadera que del coche que no estaba allí cuando él había llegado, y regresó a la garita. Una vez dentro, encendió un pequeño calefactor, puso los pies encima de la mesa y se puso a jugar al Super Mario Bros en su teléfono móvil.

—Así que el Pirula y el Falete —siguió Vargas—, como han empezado a fumar grifa con los cereales del desayuno, se quedan como los dos cipollos que son mirando detrás del cristal los saltitos que da Super Mario y se olvidan de que están allí y, por supuesto, de dar el okey. Y como no les llega el okey y van hasta las trancas de perico, al Chóped y al Yónatan les entra el nervio loco, quieren acción lo que

se dice ya, y el Chóped abre la rampa y el otro simio pisa el acelerador a tope dentro del tráiler y estrella el coche contra el muelle.

—Y entonces el segurata deja que Super Mario siga pasando pantallas él solito y hace una llamadita a los poligomas —apuntó Cruz.

—Tal cual.

—El Yónatan tiene la mecha muy corta. Espero que Goyo haya aprendido la lección.

—Si no la hubiera aprendido, yo no estaría metido en este asunto, te lo aseguro.

Vargas giró la cabeza para observar al hombre de la tragaperras. Se había levantado del taburete para ir al baño. Pero cuando, tras unos segundos de indecisión, dio el primer paso, su cuerpo se alabeó, como un tentetieso que una vez puesto en movimiento por alguien tendiese naturalmente a encontrar su eje de equilibrio, y cayó a plomo sobre el espacio donde creía que seguía el taburete. Wang se acercó y lo ayudó a levantarse.

—Ya tengo tus dos petacas —dijo Cruz.

—Has tardado un rato en encontrarlas. Espero que eso signifique que son top.

—Tendrían que serlo. Las he pagado a mil la pieza. Vienen ya montadas con la vara, los cables y la batería.

—Por mil la pieza ya pueden llevar hasta hilo musical y mando a distancia, Isra.

Vargas se volvió hacia la camarera sigilosa y señaló en la barra con el índice.

—Mosto aquí —dijo. Luego se volvió de nuevo hacia Cruz—. Oye, si salen buenas voy a necesitar otras tres la semana que viene. No sé si tengo algún chismoso escuchando mis conversaciones telefónicas, así que cuando las tengas vuelves a llamar a Viruta o te dejas caer por su sitio. Viruta me llamará a mí y yo le diré sitio y hora. Por cierto, dado que son tres, le podrías pedir a tu contacto que hiciese un precio.

—Lo intentaré, pero ya te digo que no está por la labor. Al parecer, le sobra demanda.

—Haz lo que puedas. Aunque Goyo prefiere pagar material de calidad y no correr riesgos.

—Eso mismo pensé yo al encargarlas. A ver qué te parece esto: un tipo me contó la semana pasada que había encargado a uno de los matados esos de Valdepeñas que se dedican en sus ratos libres a cuidar guarderías, esos de los 13300, un buen cacharro para una tienda de móviles. Plena campaña de Navidad, con el almacén a reventar, ya sabes.

Vargas se recostó sobre la barra, escogió un palillo del pequeño cubo de plástico que había junto a los grifos de

cerveza y empezó a hurgarse con él entre los dientes

de oro, dispuesto a escuchar.

—Pues bien —siguió Cruz—, los matados se van a Portugal, a una cantera a tomar por culo cerca de Orense, pillan dos kilos de gelamonita y de pólvora y se los llevan a La Mancha. Se ven unos cuantos vídeos de YouTube, se bajan un manualillo gualtrapa de esos que circulan por internet y se curran ellos mismos la mezcla para llevarse crudo el encargo.

Vargas lanzó una carcajada y escupió al suelo un resto que había logrado escarbar con el palillo.

—Lo estoy viendo venir.

Cruz hizo una pausa, halagado por su curiosidad. Le gustaba que alguien de la jerarquía de Vargas se interesase de vez en cuando por lo que contaba, pensar que no era a sus ojos un simple informante, un hombre al que se podía llamar a cualquier hora del día o de la noche para resolver un pequeño inconveniente del que nadie tuviera tiempo o ganas de ocuparse.

—Total —siguió Cruz—, que llega el día D y el tipo este que te digo y sus dos colegas se montan en el coche con toda la parafernalia y llegan y hacen todo lo que tienen que hacer. Y cuando aquello pega el petardazo es como la bomba de Hiroshima. Revienta la puerta metálica, revienta el escaparate y revienta todo lo que había dentro, los móviles, las smart y las torres de sonido y todo lo que se te ocurra, hasta la caja registradora.

—Justo lo que decíamos: las cosas hay que prepararlas con profesionales. ¿Y en qué terminó la cosa?

—Pues en que todo echa a arder y a tirarse pedos como una falla, se van encendiendo las luces en todos los pisos de la manzana y la gente se empieza a asomar por las ventanas. Así que se tienen que pirar de allí a toda hostia y deshacerse del coche y llevar a uno de los colegas al hospital porque lleva media cara colgando.
¿Conclusión?

—No te fíes de los de Valdepeñas —dijo Vargas.

De los gallos de pelea se ha dicho que descenden de las variedades bankiva y gallus sonneratii, originarias de los bosques húmedos de la India. Otros autores, sin embargo, apuntan que proceden de China, o aun de Persia. De uno u otro lugar, habrían llegado a Occidente a través de los griegos, o tal vez de las tribus arias. Así pues, aparquemos las teorías sobre su origen, que nunca serán pacíficas, y ciñámonos a los testimonios que nos han llegado sobre su presencia:

En las cavernas del Tibet, cuatro mil años antes de nuestra era.

En la necrópolis de Beni Hassan, en el Alto Egipto, mil años después.

En las cerámicas negras encontradas en Micenas y en el Ática, entre el 1500 y el 500 a. C.

En el sello de ónice de Yaazania, oficial del ejército del reino de Judea que sirvió a Godolías en el siglo VI a. C.

En las urnas funerarias de época romana de Canterbury y Cornualles.

En las odas olímpicas de Píndaro, donde se refieren las alectriomaquias que enfrentaban a los gallos de Tanagra con los de Rodas.

En las naves que Hernán Cortés llevó a Nueva España y en las que Pedro de Valdivia despachó al Reino de Chile por dar gusto a su mujer, doña Inés de Suárez.

En los caballos que montó Pancho Villa cuando estuvo en guerra con Carranza, atados al borrén de su montura o colgados de los

latiguillos.

En la arenga de Temístocles en vísperas de la batalla de Salamina, cuando el general dirigió a su tropa estas palabras: «Ni por la patria ni por sus dioses, ni por la gloria ni por la libertad, se sacrifican estos gallos, sino para evitar la derrota y no ceder nunca ante su enemigo».

Santos se apoyó en el borde de la mesa de Garza, que estaba concentrado en una de sus labores de papiroflexia. Como la mayoría de las comisarías por las que había pasado, la de Pradolongo parecía haberse quedado estancada en algún punto entre los sesenta y los setenta —suelos de gres, muebles de formica, fluorescentes en los techos, archivadores de metal gris y un ventilador de pie que, a pesar de tener poco menos que el tamaño de una turbina eólica, apenas movía el aire—, con algún asomarse de los primeros años del siglo: los tres ordenadores de tamaño descomunal con su Windows 98 y su buscaminas aún instalado.

—¿Te acuerdas de Israel Metroymedio, el de la costa brava? —preguntó Santos.

—Me quiere sonar —dijo Garza sin apartar la vista de los pliegues del papel.

Santos se preguntó por qué Garza se habría hecho policía, con qué voluntad, con qué ilusión, con qué mimbres. Nunca recordaba con precisión ningún caso ni ninguno de los nombres que estaban en boca de la brigada, algunos desde hacía años. Le daba igual estar en la oficina que patrullando, y se ocupaba con la misma abulia de cualquier tarea que le encargasen. En una ocasión, había confesado que le traían sin cuidado la ley y el orden, que no creía ni en ellos ni tampoco en lo contrario, el delito y la anarquía. Que no creía, en general, en nada. El mundo, había dicho, estaba podrido hasta la pulpa, la vida era un cáliz, un chiste de mal gusto, y lo mejor que uno podía hacer era no mirar, no escuchar, hablar lo justo y esperar a que todo pasara. Ni siquiera daba el pego físico. Llevaba unas gafas fotocromáticas de cristales gruesos, producto de una miopía que se le había desbocado al cumplir los cuarenta, y todo en él era

redondo y, si no gordo, carnosos: las manos, los carrillos, los labios, hasta el pelo rubicundo, escarolado de racimos de uva como el de un baco.

—Israel Cruz —dijo Santos—, un canijo más falso que un euro de madera que les conducía los coches a los Vargas hasta que se metió en aquel lío de Hortaleza, hace más o menos año y medio. Oye, ¿puedes dejar lo que sea que estés haciendo y atender un poco?

—Es un delfín —dijo Garza, levantándolo un instante en el aire para mostrárselo a Santos antes de sumergirse de nuevo en la composición—. Y puedo hacer dos cosas a la vez, ¿sabes?, escuchar y mover las manos. ¿Cruz el de Villaverde, el de los alunizajes?

—Ese es Vargas, su colega, el que trabaja para Goyo Maya, el emperador de la costa brava. Cruz es uno de Orcasitas.

—Pues me quiere sonar, pero no caigo. Vargas, Vargas ... — murmuró Garza mientras doblaba una de las aletas laterales—. ¿Alguno de los hijos de la Tata?

—Me sorprendes, Garza. Creía que se te había fundido la sesera jugando a los papelitos. Sí, uno de los setenta mil hijos de la Tata. El mayor, en concreto: Samuel Vargas. Bueno, pues el enano este que te digo, el que trabaja para Vargas, me llamó el otro día y me citó con muchos misterios en la Dehesa de la Villa.

—¿Y qué te quería?

—Darme no sé qué información a cambio de que convenzamos al fiscal que lleva lo de Manoteras de que es un buen chico, un poco atolondrado cuando se pone al volante de un carro potente, sobre todo si no es de su propiedad, pero un buen chico que ha colaborado cuando el cuerpo lo ha necesitado.

—¿Y eso es verdad?

—Más o menos. Cruz es un artista de la trola, como yo soy un artista de la minga. Nueve de cada diez palabras que pronuncia son mentira, y si le pillas justo cuando está cociendo una te la trata de adornar con medias verdades.

Santos se sentó frente a Garza. Cruzó los brazos detrás de la nuca, puso los pies sobre la mesa y siguió hablando mientras observaba cómo los dedos de Garza plegaban y cortaban con habilidad de relojero diminutos triángulos y medios círculos.

—Te llama a las once de la noche para decirte que alguien va a cepillarse a no sé qué andoba, alguien que ha dejado a pagar una pequeña partida de farlopa, y a los quince minutos ya han echado al andoba a la fiambrrera. O te cuenta que va a haber un vuelco en Morata de Tajuña y, según te estás sentando en el coche y poniéndote el cinturón, los cinco kilos de maría ya han salido de la nave y van a ciento ochenta por hora camino de Francia. Ese tipo de cosas.

—Qué porquería de vida —dijo Garza—. La gente ya no tiene palabra. Antes, con un apretón de manos se transferían fincas de cientos de hectáreas.

—No empecemos con el puto mantra nihilista.

—Llevas razón. Para qué regodearse en esta basura de mundo que se nos está quedando. ¿Y esta vez qué moto te ha colocado?

—Según él, hay unos mendas de La Línea o de algún sitio por ahí cerca, es posible que moros pero es posible que no, que han comprado o están comprando o van a comprar explosivos a un minero o a un exminero o a alguien que sabe lo que es una mina. Todo muy vaporoso, pero podría ser algo que se traen entre manos las collas del Estrecho.

—¿Le das bola?

—En esto no tiene por qué mentirme. Otra cosa es que me esté contando todo lo que sabe.

—No acabo yo de ver para qué necesitarían los de ahí abajo esos explosivos.

Santos se levantó repentinamente y empezó a caminar de uno a otro lado de la pieza, pasándose la mano hacia delante y hacia atrás por el pelo cortado a cepillo como el de un marine.

—Pues te voy a refrescar un poco la memoria: hace diez meses, los muchachos de la Atunara pusieron un pepino en el depósito judicial de Conil para hacerse con una semirrígida de ocho metros y medio de eslora, una Pro 850 de cincuenta mil pavos que te pone en Marruecos en menos de quince minutos.

—Eso es menos de lo que tardo yo en ir de la cama a la cafetera cuando me despierto. ¿Los pillaron?

—No. Las cámaras del depósito los grabaron, pero iban con bragas en la cabeza y la lancha no aparece por ningún sitio. Y antes de eso, hace dos años, otros muchachos, si no los mismos, se presentaron en el banquete de la primera comunión del hijo del Angula. El Angula tenía un chalet del copón en La Alcaidesa, a medio camino entre San Roque y La Línea, donde los campos de golf. Una chabola de quince habitaciones, ocho baños, dos ascensores, uno para la segunda planta y otro para el solárium, y una parcela de cinco mil metros cuadrados con unas vistas al mar que quitan el hipo.

—Y con esto y un bizcocho, ya solo faltaría el hocico y la aleta dorsal.

Garza alejó de sí su obra para examinar el conjunto.

—Sigue, Santos, te escucho. Estoy con los últimos retoques, pero soy todo oídos. Oye, ¿y cómo es que te conoces tan bien la casa del Anguila? No estarías invitado a la comunión, ¿no?

—Angula, Angula. No, cojones: lo de la comunión salió en toda la prensa y en todos los programas de televisión esos de la mañana. Media España se conoce de memoria ese chalet. ¿Puedo terminar la historia?

—Avanti.

—Bien —siguió Santos—. Pues se ve que el Angula debía pasta a alguien gordo, puede que a algún colombiano o mexicano o ruso. O quizás a algún constructor de la costa, no sé. Total, que cuando se acaba el sarao grande, ya de noche, se marchan la mayoría de los invitados y se quedan solo los íntimos, unas doce personas o así, y la mujer del Angula les propone subir al solárium a seguir la fiesta pero ya sin conocidos de segunda y sin niños, en petit comité. Así que se meten en el ascensor y, cuando le dan al botón y el cacharro comienza a subir, ipumba!, a tomar por culo el ascensor y a tomar por culo el Angula, su mujer y tres de los íntimos en cuestión.

—Así que en el sarao había alguien que no debería haber sido invitado.

—Pues supongo, pero esa no es la cuestión. La cuestión es que lo que dice Israel Cruz no es descabellado. Ahora bien, que es a lo que iba: ¿cómo se ha enterado Cruz de que hay unos caballeros de La Línea que quieren pillar explosivos?

—Ni zorra.

—Según él —dijo Santos—, cosas que se escuchan en el barrio mientras uno se toma el vermut y come altramuces para matar el tiempo. Y yo digo: un cojón de pato. Esa gente con la que se junta Cruz en los bares del barrio, y a la que según él ha oído contar la película del minero y demás a jirones, puede que se saque unos billetes con el timo del tocomocho o que trapichee con hierba, pero no se roza con tipos que se dedican a comprar o vender explosivos.

Garza se bajó las gafas hasta la nariz y acercó el morro del delfín a sus ojos verdosos, empequeñecidos y apagados por la miopía.

—Ahora viene la parte más delicada. Los ojos, el espiráculo, los dientes.

—Y Cruz no se relaciona con narcos —continuó Santos—, no es su fondo de comercio. Es un pringado que ha malvivido siempre de los encarguillos que le hacen los Vargas, los Soto, los Yela y compañía: hacer de punto, conducir coches robados, poner la antena en el barrio para tenerlos actualizados, mangonear matrículas, ese tipo de rollo. Ni siquiera tiene trato directo con Goyo Maya, que yo sepa.

—Así que está en la base de la cadena trófica de la delincuencia de la costa brava, como si dijéramos.

—Más bien en su sótano. Tiene cincuenta y pico palos y no creo que haya pasado ni veinte en la calle, pero siempre por pequeñas mierdas.

—En ese caso —dijo Garza, colocándose de nuevo las gafas y mirando a Santos por primera vez en la conversación—, solo se puede haber enterado por el vendedor.

—Ahí estamos. ¿Y por qué estaría en contacto Cruz con alguien que vende explosivos?

—¿Porque Cruz también anda detrás de unos explosivos?

—Exacto.

—Por el retrato que acabas de hacer del personaje, no creo que los necesite para él. ¿Para quién los compra?

—Eso es lo que quiero saber yo.

—¿Qué piensas hacer?

—Por lo pronto, hablar con el Sirio, a ver si sabe algo de los moros y si le suena de algo el cuento del minero jubilado.

Cruz entra en el portal y deja caer la bolsa de la compra en el suelo. Los perros del bajo empiezan a dar señales de vida, cada uno cuando oye, pues unos están más sordos que otros, y cada uno con su ladrido, ronco o débil, más decidido o poco convencido, según el tamaño, la edad, lo avanzado de la enfermedad. Porque todos los perros que viven en el bajo han salido de alguna perrera con alguna tara. A unos les falta una pata que perdieron bajo las ruedas de un coche, a otros una oreja arrancada en una pelea, algunos conservan todos sus miembros pero no oyen, o no ven, o son tan viejos que ningún estímulo los conmueve. La mujer que recoge a estos guiñapos los tiene en el patio de vecinos.

Los vecinos se quejan de los ladridos, de los olores, de las peleas. Dicen que no pueden abrir las ventanas de sus propias casas, que no pueden tender la ropa. Para contentarlos, ella a veces los saca una vez a la semana, de tres en tres. Pero es raro que los chuchos se contengan hasta llegar a la calle. Las paredes del portal están llenas de manchas amarilleadas o grises, según el tiempo que lleven allí los orines. En las baldosas hay rastros oscuros de heces que el gres ha absorbido. Cruz lleva en la bolsa un paquete de compresas para su hija, un cartón de leche, pan de molde, mortadela y un tetrabrik de gazpacho. La recoge del suelo y comienza a subir. En las escaleras huele a estofado.

Tarda diez minutos en llegar hasta el cuarto. Abre la puerta y mira al gato. Es un piso de techos bajos, de puertas huecas y estrechas de contrachapado, de suelo de linóleo que la humedad ha ido levantando en las esquinas. Una caja de cincuenta metros cuadrados mal aislada donde se cuela el frío en invierno y la flama en verano. El gato lo mira encaramado sobre el respaldo del sofá con los ojos entrecerrados. Era bonito cuando llegó de cachorro, una concesión

que Cruz hizo a la niña cuando se fue la madre. Ahora es un gato gordo, abúlico, de un blanco sucio, que solo se restriega entre las piernas cuando tiene hambre.

La hija está vomitando en el baño.

Cruz saca los trescientos euros que ha escaqueado de la operación con Fraile. Los cuenta, los separa, seis billetes de cincuenta, mira a su alrededor. Abre la cremallera del sofá, un dos plazas estampado de grandes flores rojas sobre un fondo que fue claro y ahora está lleno de lamparones de distintos tonos y tamaños. Allí mete el primer billete y cierra la cremallera. Luego, se detiene frente a los dos únicos cuadros del salón, colgados a uno y otro lado del televisor. Un puzle de un caballo blanco de crines exageradas a la orilla del mar, encabritado dentro de una puesta de sol dramática, y una reproducción de esa muchacha en la ventana de Dalí que cuelga en casi todos los pisos del barrio. Se decanta por el puzle enmarcado y allí guarda, sujeto al colgador por la parte de atrás, el segundo billete. Luego elige un bote de café vacío, el hueco para las pilas de la radio, el espacio entre la suela y la plantilla de un mocasín, la caja de la persiana de la habitación de la hija.

La hija sale del baño.

Cruz la mira. Está consumida. Apenas se le notan los pechos, unos gramos de carne flácida alrededor de los pezones. De las piernas, delgadas y rectas, también han desaparecido las caderas.

—Tengo que salir —le dice a Cruz desde el umbral del baño.

—Es normal que vomites. Estarás mejor mañana.

—Quiero estar bien hoy. ¿Puedes pasarme algo de dinero? Un préstamo, te lo devuelvo rápido.

—No tengo dinero para lo que quieres —dice Cruz.

—No es para eso.

—¿Entonces para qué? Tengo tabaco, si necesitas.

—No es para eso —repite ella.

—En cualquier caso, estoy sin blanca. Acabo de hacer una compra.

La chica se enfurece. Se planta y grita en medio del salón, tira el mando del televisor, pateo el sillón, uno, dos, tres puntapiés. El sillón vuelca. El gato se gira hacia ella lentamente, abre un poco los ojos entornados, no mucho.

Cruz va a la cocina. Está igual que cuando sus padres dejaron la Ventilla y se trasladaron a vivir aquí, en la frontera entre el Poblado dirigido y la meseta de Orcasitas. Igual que en los setenta, con unos muebles de formica que se han ido venciendo con el paso de los años de modo que parece que las paredes están un poco inclinadas, y una cocina de gas de la que es imposible eliminar la grasa pegada en los hierros y en las tapas de los quemadores. Cruz fríe dos huevos y en el mismo aceite da vuelta y vuelta a una loncha de mortadela. Tuesta una rebanada de pan de molde, llena un vaso de gazpacho y lo pone todo en una bandeja de plástico. Lleva la bandeja al salón.

Pero la hija se ha encerrado en el cuarto. Cruz la llama. La chica contesta algo que Cruz no entiende. Se acerca a la puerta de su habitación y la anima a salir.

—No tengo hambre —dice ella.

Cruz se sienta. Ahora el gato ha saltado del sofá y se ha metido entre sus piernas, maullando. Cruz empieza a comer lo que ha rechazado la hija mientras va ofreciendo trocitos de mortadela al gato.

Fraile dejó el Toyota Corolla en la primera planta del aparcamiento del centro comercial Príncipe Pío y sacó del maletero una bolsa de deportes. Bajó a la planta -2, se subió a un Ford Focus plateado y guardó la gorra y las gafas de sol en la guantera. Salió del parking y en la cuesta de San Vicente tomó la salida hacia la autovía del Suroeste. El sol, que le había ido siguiendo poco a poco por la derecha, se plantó finalmente frente a sus ojos, suspendido en la cegadora luz de julio. Fraile bajó la visera y encendió la radio.

En el kilómetro 36, tomó la vía de servicio y condujo hasta el descampado que hacía las veces de aparcamiento del asador Los Rosales. Paró junto a la tapia del local, apagó las luces y el motor y marcó un número en su teléfono móvil. Al otro lado de la línea, alguien descolgó y colgó de inmediato. Al fondo del aparcamiento se encendieron las luces de avería de una furgoneta de reparto. Fraile cogió la bolsa de deportes, salió del coche, caminó hacia la furgoneta y se metió en ella.

El conductor era un hombre fornido de unos cincuenta años, cabeza cilíndrica y mandíbula equina. De no ser porque llevaba el pelo rasurado para disimular la calvicie, parecía un metalero que no hubiera tenido tiempo de cambiarse de ropa desde algún lejano día de 1987: pantalones pitillo, botas militares, una muñequera de cuero negro con púas y una camiseta negra desgastada donde se adivinaba el perfil de Jimmy Page berreando sobre un micrófono.

—Cómo estamos —dijo Fraile.

—Estamos —dijo el hombre.

—Joder, con la tromba que ha caído por la tarde pensé que bajaría un poco la temperatura.

El hombre no respondió.

—¿Te puedes creer que desde Madrid hasta aquí la única puta emisora que se sintoniza en condiciones es Radio María? —dijo Fraile —. Los curas deben de poner inhibidores de frecuencia para que no nos quede otra que escuchar los rezos del rosario y una mierda de programa que se llama Sacerdotes de Dios, servidores de los hombres, que es precisamente lo que me he tragado.

—Es posible —dijo el hombre.

—A ti no se te va la fuerza por la boca, ¿eh?

El hombre siguió con la mirada la caravana de camiones que avanzaba por la autovía cargada de cerdos, cascos de veleros, módulos de casas portátiles, coches sin placa. El coche apestaba a tabaco, a gasolina y a un olor pútrido indefinido con un dejo dulce.

—Oye, ¿falta alguien por venir? ¿Por qué no arrancas de una vez? —preguntó Fraile.

—No vamos a ningún lado, lo traigo ahí detrás.

—Pensaba que me habías dicho que íbamos a tu taller.

—He cambiado de idea.

—Bueno, pues enciende este leño y pon el puto aire acondicionado o nos vamos a freír vivos.

El hombre arrancó el motor y de las rejillas empezó a salir un aire cálido y pestilente.

—Vamos a peor —dijo Fraile.

—Oye, tronco —dijo el hombre, apagando de nuevo el motor—, se supone que lo que tenemos que hacer no lleva más de cinco minutos, así que deja de marearme. Tengo a la mujer enferma y a la suegra con demencia senil, se ha desintonizado el televisor o se ha jodido la parabólica o las dos cosas a la vez y están sentadas en un sofá esperando a que yo vuelva y haga algún prodigio para que puedan ver el programa ese de citas a ciegas que echan en un rato por la cuatro.

El hombre encendió un nuevo cigarrillo con la brasa del que se estaba fumando.

—Se supone que soy el hombre milagro, ¿sabes? Trabajo catorce horas al día en un sótano de mierda jugándome el pellejo, hago la compra, voy a la farmacia a por las quinientas medicinas que tiene la vieja en la tarjeta y de noche arreglo electrodomésticos y cuelgo cortinas, así que deja de recordarme que en julio hace un calor de cojones y que tengo un coche de mierda.

Fraile bajó la ventanilla y se secó el sudor de la frente y del labio superior.

—¿Es por aquí por donde tienes el taller? —preguntó.

—Kilómetro más, kilómetro menos —respondió el hombre con la vista clavada en la carretera y las dos manos sobre el volante—. ¿Has traído los mil doscientos?

—Pues claro, ¿a qué te crees que he venido hasta aquí, a disfrutar del crisol de razas y culturas de Casarrubios del Monte?

El hombre se agachó, sacó de debajo del asiento un paquete del tamaño de una caja de zapatos envuelto en papel de estraza y varias vueltas de cinta americana y se lo entregó a Fraile. Luego se dio media vuelta, alcanzó las dos varillas metálicas que había encima de los asientos traseros y las puso sobre sus piernas. Fraile se secó las palmas de las manos, abrió la bolsa de deportes y metió el

paquete y las varillas entre unos pantalones de chándal y una sudadera.

—Es posible que la semana que viene te encargue algunas más —dijo.

—¿Tú te crees que tengo una cadena de montaje con una cinta transportadora que las va cagando según me las pides? Cada petaca de esas lleva un huevo de

curro y hay que hacerlas al trantrán, porque como

vayas con prisas te puedes quedar sin manos. ¿Cuántas más?

—Aún no lo sé, las que me pidan, cuatro, seis.

—Joder, ¿con quién andas liado? ¿No estarás trapicheando esto con una de esas células de sarracenos que se las ponen de cinturón y se hacen estallar las tripas en medio de un vagón de metro, no? Porque si es así no me mola el asunto, no me mola nada.

—No sé quién es el tipo ni para quién las compra, ni siquiera estoy seguro de que se llame como dice que se llama. Pero no va de religiones. Además, piensa un poco, coño: ¿para qué las iban a querer con pala si fueran para eso?

—Eso es verdad —respondió el hombre, aliviado.

Fraile se quitó el zapato y sacó un fajo enrollado de billetes sujeto con una goma.

—Tus mil doscientos —dijo—. Te llamaré la semana que viene con lo que sea. Y la próxima, si no te importa, quedamos en Madrid y por la mañana. Estoy hasta la polla de trabajar de noche y hasta la polla de comerme atascos.

—Madrid ni de cojones, y mucho menos a plena luz del día. Ahora es imposible meterse un dedo en la nariz tranquilamente sin que te filmen las cámaras de los bancos, los supermercados, los gimnasios, los hoteles y los garajes de toda la ciudad. Hasta los chinos tienen cámaras para que no les manguen las escobillas de váter, joder.

—Pues entonces que sea a mitad de camino. ¿Conoces el polígono de San José de Valderas, a las afueras de Alcorcón?

—De hecho, es raro el día que no me paso por allí. Es un sitio que me chifla.

—Ya. Bueno, pues cuando quedemos dices en casa que es el Día Mundial del Hombre Orquesta y te acercas allí; ya te diré yo exactamente dónde, que te estoy pagando seiscientos pavos por cada una de estas mierdas. Espero por lo menos que no me estallen mientras vuelvo.

—Que te jodan, Fraile.

—Que te jodan a ti, chato.

Eran poco más de las ocho de la tarde y el cielo se había ido poblando de unas nubes gordas y pastosas con forma de coliflor que se movían como soñolientas criaturas vivas, buscándose las unas a las otras. De la calzada llena de hierbajos y socavones se desprendía un calor turbio y sofocante, como si por debajo del asfalto gorgotease un manto de brasas.

—Si tuviera algo importante que contarte, te lo contaría —dijo Viruta, las manos en los bolsillos y un palillo de dientes que hacía ir y venir de un lado a otro de la boca.

Estaba apoyado sobre el capot de una Kangoo aparcada entre un taller mecánico y un local de la iglesia evangélica pentecostal, frente a un solar esquinero sin urbanizar de Palomeras Bajas.

—Pero no pasa nada, está todo muy muerto.

Santos se recostó sobre el cierre del taller y observó el cielo que poco a poco iba tiñéndose de color azafrán.

—Lo normal en esta época del año —dijo—. Está toda la peña entretenida en la costa del sol. Ayer dieron dos palos en Torremolinos, uno en Benalmádena y otro en Mijas, uno detrás de otro, pim pam, pim pam, los mismos tíos, todo en menos de dos horas.

—¿Cómo sabes que era gente de por aquí?

—No digo que fueran de aquí, solo digo que en verano hay muchos que se abren y siguen el rastro de los turistas. Pegan el salto a la costa, que es donde se está moviendo la tela en los garitos y, por lo tanto, en los cajeros. Si entras en alguno de los bares de aquí que

no están cerrados por vacaciones y revientas la caja y la máquina de tabaco, ¿qué te llevas? ¿Los quinientos pavos que se dejan los cuatro pringados que se han quedado encerrados en Madrid porque no tienen pasta para estar calzándose unos espetos de sardinas en un chiringuito?

—Creo que minusvaloras el número de pringados y su capacidad de consumo de alcohol —dijo Viruta.

—¿A ti te da para abrir el pub todas las noches?

—Ya te digo. Aunque vengan siempre los mismos doce, esos fuman y beben todos los días religiosamente, y siguen jugando a los dardos hasta que no ven ni los bordes de la diana, no te digo ya el centro.

El rótulo de la iglesia evangélica, de un azul desvaído por el sol, anunciaba los horarios de reunión bajo un globo terrestre un tanto achatado en los polos que pretendía representar el carácter mundial del movimiento. Echado a los pies del globo, un cordero blanco parecía contemplar plácidamente el solar de enfrente, como si en lugar de un descampado desolado lleno de basura, televisores desvencijados, colchones mugrientos, aparatos de música con las tripas al aire y zapatos sin suela se extendiese allí una llanura de hierba fresca y húmeda. Viruta se quedó un instante estudiando el cartel.

—Me pregunto qué coño pinta una oveja ahí.

—Joder, ¿es que tu abuela no te llevaba a misa los domingos? —preguntó Santos—. Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo.

—Ten piedad de nosotros. Coño, no había caído. Ahora lo que me pregunto es qué es eso del cordero de Dios.

—Hasta ahí no llego.

—Hace unos años —dijo Viruta—, esto de los evangélicos era un coto cerrado de los gitanos que querían limpiarse y en todo Vallecas había solo un par de locales. Se desenganchaban del jaco y se enganchaban a Cristo pero en plan esquizofrénico, ¿sabes lo que te digo? Ibas a una frutería a comprar algo y si el tío que te atendía era de la secta, mientras te metía los plátanos en la bolsa y te cobraba no paraba de hablarte de la palabra de Dios y de la hermandad entre los hombres. Luego empezaron a llegar los panchitos y los rumanos y ahora hay un templo de estos en cada calle de aquí al Ensanche.

Santos sabía que Viruta cobraba sus aportaciones en dinero, pero también, y cómo, en paciencia. Pensó que podía darle cien euros si la información lo valía y si Viruta no se extendía demasiado.

—¿Te he contado alguna vez que estuve tres años casado con una rumana que me daba una turra del copón para que la acompañase a una de esas reuniones donde entran en trance? Y yo que no, tronca, que no, que yo estoy perfecto conmigo mismo, y ella, que si consideraba que estar perfecto era beber como un camello todos los días de la semana y llegar a casa chuzo como un piojo y pasarme los domingos viendo la Fórmula 1 tirado en el sofá hasta que abría el pub, y yo, ¿y qué coño quieres que haga, que me vaya de madrugada a pasar la bayeta por la barra?, y ella dale que te dale.

«Ochenta», empezó a descontar Santos.

—Hasta que un día ya no puedo más de la turra y le digo que vale, que voy a ir con ella un día, un solo día, para que me deje de dar el coñazo y pueda ver tranquilo en mi casa la Fórmula 1, y ella se pone tan contenta y me dice, ya verás que cuando pruebes el pan de Cristo, el pan de vida, no vas a querer comer otra cosa, todo lo demás te va a saber a poco.

«Menos veinte, sesenta», pensó el policía.

—Así que al domingo siguiente nos plantamos allí a las ocho de la mañana, ¿te imaginas?, yo había cerrado el pub a las tres de la madrugada y estaba sobadísimo y de una mala hostia espectacular, y aquello era un auténtico sindiós, estaba petado de gente y había una banda de dominicanos tocando con la batería a todo trapo y cantando no sé qué sobre los guerreros de Dios y el imperio de Lucifer mientras la peña daba palmadas y bailaba toda demenciada, y le digo, oye, ¿a esto hemos venido?, porque los putos bombos me están taladrando la mismísima raíz del tímpano y resulta que yo hace cinco horas estaba trabajando y dentro de cinco horas me toca irme al tajo otra vez, ¿sabes?

—¿Adónde quieres ir a parar, Viruta? —preguntó Santos.

Dos palomas grises y rollizas se posaron sobre el cable de electricidad que colgaba flácido entre dos postes a la orilla del solar y comenzaron a girar las cabezas en busca de posibles manjares olvidados entre la inmundicia. Localizaron uno junto a un sillón orejero con los muelles al aire y volaron hasta él.

—Putas palomas —dijo Viruta—. Enfrente del pub hay unos contenedores de basura y me tienen todo perdido con sus cagadas, ellas y los gorriones. Les echo zotal y todo y también lo picotean, los muy guarros, pero son inmortales. Ya podían los inspectores ocuparse un poco del tema en lugar de visitarme cada dos por tres para ver si tengo los papeles en regla o si la cadena del váter tira bien y amenazarme con que me van a chapar el local. ¿Por dónde estaba?

—Por lo de que la batería te estaba rompiendo los tímpanos.

—Ah, sí. Total, que la rumana y yo nos ponemos a discutir como chotas, y justo cuando le estoy diciendo que ella se puede quedar allí todo el día si quiere, que yo me piro a planchar la oreja otro rato, la banda deja de tocar y entra el pastor, un gitano que no pesaba menos de ciento cincuenta kilos, y se calla todo el mundo y la

rumana me manda callar y yo, pues como estaba aliviado de no escuchar la batería, también aparco la bronca para cuando volvamos a casa.

«Cuarenta», restó Santos.

—Y en esas dice el gitano que esa noche había tenido un sueño y nos empieza a contar su sueño, que tenía algo que ver con Moisés, como que se había encontrado a Moisés y había tenido una conversación con él. Empieza muy tranquilito y muy en línea recta, pero a medida que avanza se empieza a desviar del tema de Moisés y a gritar amén, aleluya, gloria a Dios y cosas así prácticamente cada vez que termina una frase, y cada vez que suelta un bramido de esos la peña lo repite y el de la batería se marca un solo como si estuviera en un circo y fuera a anunciar al trapecista, no sé si me explico. Están completamente perturbados.

—Te explicas muy bien, yo diría que hasta demasiado bien —dijo Santos—, pero no sé si es el momento. Me interesa lo de esa docena de fieles que dices, los que le dan a los dardos.

—Ya. Bueno, a eso iba, si me dejas terminar la historia.

—Mira a ver si puedes tomar algún atajo para que no nos den las diez de la noche con los putos evangelistas, anda.

—Estoy acercándome al meollo, Santos, estoy en ello y llegaré si dejas de interrumpirme. Yo no sé cómo lo hace, porque habla y habla y pasa como de una cuestión a otra, pero el caso es que de repente ya no está con lo de Moisés, sino con el tema del vestido. Que cada uno tenemos un vestido, dice.

—¿Quién dice?

—El gitano, coño, quién va a ser. Habla como en metáforas o en parábolas o como se diga, ¿sabes? Viene a decir que el vestido es como el propósito, y que Dios le da a cada uno un vestido. Que a

José lo vistió con una túnica de colores para que fuera un buen gobernante en Egipto, y que a Ester la vistió de reina para que intercediese por su pueblo Israel y a David de pastor de ovejas para que venciera a gigantes, entre otros, pero no solo, al famoso Goliat, y pone otros ejemplos de la Biblia, pero ahora mismo solo me acuerdo de los que te he dicho. Y que a nosotros también nos ha dado una armadura para que tengamos nuestro propósito. Todo muy loco.

«A este paso, va a terminar pagándome él a mí», pensó Santos.

—Y de repente se vuelve a mí, de entre todo el mogollón precisamente a mí, ¿entiendes?, que estaba en la última fila y sin dar el cante, y me dice, ¿cuál es tu propósito, hermano, has descubierto ya tu propósito o vas a seguir alimentándote de los deseos carnales, del engaño, del amor a los ídolos, de la traición, de la murmuración, en lugar de alimentarte del espíritu? Me quedé cuajado, tío.

Santos carraspeó.

—A ver si lo he entendido bien —dijo—. ¿Me estás diciendo que no puedes hablar de los cuatro comemierdas que van al pub porque te has vuelto puro espíritu?

—Ya te lo he dicho. Si hubiera algo tocho, algo de lo que dependiese la vida de alguien o similar, te lo contaría. Pero no hay nada, y hablar por hablar, que eso es a lo que creo que se refería el gitano con lo de la murmuración, pues no.

—Bien. Entiendo tu postura. Los chicos están trajinando algo, pero casi nadie sabe todavía qué algo y si te vas de la boca no van a tener muy difícil ir descartando candidatos hasta llegar a ti.

Viruta saltó del capot, se alejó dos pasos hasta dar la espalda a Santos y se quedó callado observando a las palomas. El macho

estaba zureando con las plumas de la gola hinchadas y daba vueltas en círculos en torno a

la hembra, que se defendía de su proximidad aleteando furiosamente.

—¿Cuánto sacas al mes en el pub? —preguntó Santos—. De media, digo.

—Una poca mierda —respondió Viruta—, pero lo suficiente como para no tener que trabajar de repartidor o de mozo de almacén con un encargado tocándome los huevos todo el día.

—¿Mil doscientos limpios? ¿Mil quinientos?

—Algo así.

—O sea, que lo que te doy cada vez que me cuentas algo de minúsculo interés es más o menos lo que ganas en tres o cuatro noches. Por no hablar de las veces que paramos los pies a los municipales para que te dejen trabajar a tu bola.

Ahora la hembra había apoyado el vientre sobre la tierra del solar y el macho la estaba pisando. Viruta sacó un paquete de Horizon y empezó a liarse un cigarrillo.

—Lo único así raro que puedo decirte —dijo sin volverse hacia Santos— es que la otra noche vino Vargas al pub y me dijo que si había visto a un tipo.

—¿A qué tipo?

—¿Te suena Israel Cruz?

—Vagamente. ¿Y ya está?

—Me dijo que el tal Cruz me dejaría un recado para él, para Vargas. Eso es todo.

Santos sacó la llave del coche y las luces de encendido parpadearon unos metros más allá.

—¿Necesitas que te acerque a algún sitio? —preguntó.

—Voy a tener un problema serio como hagáis saltar la liebre antes de tiempo —dijo Viruta.

—No te preocupes, nos conviene esperar hasta que muevan ficha.

Santos sacó de la cartera un billete de cincuenta, lo metió dentro del bolsillo de la camisa de Viruta y comenzó a andar hacia el coche.

—Oye, ¿qué fue de la rumana santurrona? —dijo mientras abría la puerta.

—Putas chupacirios. Una vez volví del pub porque se me había olvidado el móvil y me la encontré cabalgando a uno de los de la banda de dominicanos.

—Al batería, supongo.

—Pues no, espabilado, al del bajo.

A las dos de la madrugada, el Range Rover HSE tomó la M-402 y se dirigió hacia el sur. Los tres hombres que iban dentro llevaban pantalones marrones oscuros, botas militares de caucho y una porra colgando a la altura de la cadera derecha.

—Tienen un montaje de la hostia —dijo el conductor—. El hotel nunca está lleno, porque hicieron doscientas mil habitaciones, y ya me dirás tú quién coño hace noche para ver la casa donde nació o murió no sé quién.

—Cervantes —dijo el hombre que estaba sentado en el asiento del copiloto.

—¿Cervantes? Bueno, por mucho que fuera Cervantes —dijo el conductor—. ¿Qué vas a hacer, tirarte toda la mañana mirando la fachada de su casa hasta que llegue la hora de comer? Que tampoco es que sea Mario Puzo. Pero a lo que iba: lo que les deja dinero es todo el tinglado que tienen montado en torno al hotel. O sea, el campo de golf y el restaurante, que los fines de semana está siempre petado de adúlteros.

—A ese Cervantes me lo hicieron leer en el instituto —dijo el hombre del asiento de atrás. Tenía la piel lechosa y llena de lunares y era mucho más joven que sus acompañantes—. Las aventuras del Lazarillo de Tormes, me acuerdo como si lo hubiera leído ayer.

—Los adúlteros no hacen noche porque tienen que volver a sus casas a dormir con la parienta, claro —siguió el conductor—, pero da igual: la habitación la tienen que pagar aunque se corran en cinco minutos. Que no es precisamente el caso, porque la mayoría son

cincuentones que se ponen de cialis hasta las cejas y no se les pone dura ni con la primera meada de la madrugada.

—Es el único libro que me tragué en toda la ESO —dijo el hombre del asiento de atrás—, porque era bastante corto.

—Cállate un poco, Luis —dijo el copiloto—. ¿Y dónde tienen el cajero?

—Los cajeros —corrigió el conductor—. Son dos, uno del Santander y otro del BBVA. El del Santander está en el vestíbulo de la planta calle, al lado de la recepción, y el otro en la menos uno, donde el gimnasio y la sauna.

—Lo que no me convence es que sea dentro de un edificio —dijo el copiloto—. Por la misma razón por la que no me va lo de meterme en una casa. Nunca sabes a ciencia cierta lo que te vas a encontrar dentro.

—Como en el chalet ese de Aravaca —dijo el hombre del asiento de atrás.

El conductor puso el intermitente y tomó el desvío hacia Getafe.

—¿Qué es eso de Aravaca? —preguntó.

—Un marrón muy grande que nos comimos —dijo el copiloto.

—Según mi hermano, por mi culpa —dijo el hombre del asiento de atrás.

—En teoría estaba todo clarísimo —siguió el copiloto—. Teníamos el plano de la casa. Nos tiramos una semana dando vueltas por ahí y controlando todas las cámaras, viendo cuándo entraban y salían del chalet y todo eso. Pero como eran ciento y la madre de familia, porque debían de ser del Opus o similar, siempre había alguien dentro.

El copiloto sacó una pequeña lija del bolsillo y empezó a dar forma a la uña de su dedo meñique, una zarpa larga en forma de triángulo que acababa en una lúnula lacada.

—Si no era la madre, era el padre o uno de los novecientos hijos que tenían, y si no la criada, y si no el jardinero. El caso es que cuando ya íbamos a pasar del tema hacemos una última ronda por allí un domingo y... bingo.

—Señores, han cantado bingo —dijo el hombre del asiento de atrás.

—Cierra el puto pico, Luis —dijo el copiloto—. Conque vemos que a las diez en punto de la mañana del domingo salen los padres y detrás los novecientos hijos en fila, uno detrás de otro, del primero, que tenía unos quince años, al último, que tenía como mucho tres. Se ve que tenían un hijo cada once meses, que debía de ser la frecuencia con que follaban. Todos los niños vestidos igual, macho, de traje azul marino y corbata con alfilerito, y todas las niñas con el mismo vestido blanco con un floripondio en el hombro y un lazo azul en la cabeza.

—La hostia, compadre, ¿y cómo hacían para distinguirlos? —dijo el conductor.

—Por la altura, supongo. Total, que nos vamos detrás de ellos y vemos que entran todos juntos a misa y que a la salida se van a un sitio de brillitos que hay en Pozuelo a ponerse hasta las trancas de aperitivos. Y al domingo siguiente y al otro repetimos la operación y comprobamos que el batallón sale clavado a la misma hora y que en el chalet no queda ni el tato.

—Salvo el perro —dijo el hombre del asiento de atrás.

—Virgen santa, ¿es que no puedes dejar hablar a nadie sin echar tu meadita encima? —dijo el copiloto—. Salvo el puto perro, sí, que era como una jirafa. Yo no he visto un bicho igual en mi vida, un tacazo

de ochenta kilos de carne prieta, con unos huevos colgantes del tamaño de pelotas de fútbol.

—Un boyero de Flandes —explicó el hombre del asiento de atrás—. Lo busqué luego en internet.

—El perro de los cojones se la pasaba durmiendo todo el día en la parte de atrás del jardín mientras ellos estaban ahí dentro —siguió el copiloto—, pero en cuanto salían por la puerta se ponía en modo máquina de matar Lara Croft.

—Hubiera hecho potitos a uno de esos dogos argentinos del barrio, te lo juro —dijo el hombre del asiento de atrás.

—Así que cuando el merluzo este salta por el muro —dijo el copiloto—, un ángulo muerto donde habíamos visto que no había ningún sensor, oímos un gruñido y nos damos cuenta de que no estamos solos. La cacho bestia esa se viene como el expreso de Irún, rugiendo, pegando brincos y echando espumarajos por la boca y este imbécil no lleva nada encima, ¿entiendes?, porque es de gatillo fácil y no le dejo llevar pipa. Gira aquí a la derecha.

El Range Rover aminoró la marcha, entró en la avenida de España y se detuvo ante el número nueve.

—¿Y entonces? —preguntó el conductor.

—Aparca. Pues entonces —dijo el copiloto, señalándose con el índice un punto de la frente entre los dos ojos— lo dejé seco para que no se zampase a este crudo y salimos follados porque empezaron a saltar todas las alarmas de la urbanización y aquello parecía el día grande de la verbena del Carmen. Saca las chaquetas y los pasamontañas, niño.

El hombre del asiento de atrás se inclinó hacia los bajos del coche y sacó tres camisetas agujereadas a la altura de los ojos y tres

cazadoras oscuras con el nombre de Prosegur estampado en el pecho y por debajo de las hombreras.

—Lo que no entiendo yo es a qué tanto pifostio con el uniforme si tenemos las camisetas —dijo el hombre del asiento de atrás.

—Te lo voy a explicar otra vez, Luis, una última vez antes de que se me raje la laringe de tanto razonarte las cosas. Los que nos vean desde allí —dijo el copiloto, señalando hacia los portales del otro lado de la avenida— pensarán que somos tres honrados empleados de Prosegur que han venido a reponer el cajero y seguirán viendo la televisión hasta que escuchen el zambombazo. Pero a esa cámara —apuntó hacia la sucursal de la Caixa situada a unos cien metros de distancia de donde estaban aparcados— le importa un huevo cómo vayamos vestidos, lo único que le importa es que le enseñemos el hocico. Así que ponte la puta cazadora y la puta camiseta.

Los tres hombres se abrocharon las cazadoras. El copiloto miró brevemente alrededor, primero por el retrovisor y luego por las ventanillas. La avenida estaba vacía, salvo por una pareja de mediana edad que caminaba a lo lejos por la acera de enfrente, deteniéndose de vez en cuando para discutir con grandes gestos.

El copiloto agarró la bolsa de plástico que tenía a sus pies, se puso la camiseta horadada en la cabeza y miró a sus dos acompañantes.

—Dejamos las puertas entreabiertas y las llaves puestas —dijo.

El conductor asintió.

—Listo. Vamos —ordenó el copiloto.

Los tres hombres bajaron del coche y caminaron hacia la sucursal. A diez metros de distancia, el copiloto sacó una cruceta metálica de la bolsa y se la dio al conductor. Luego, extrajo la petaca enroscada a la varilla, desenrolló el cable que unía la batería con la petaca, tendió la batería al hombre del asiento de atrás y lo miró a los ojos.

—¿Qué te he dicho?

—Que no me mueva para que no se enrede el cable —respondió el hombre del asiento de atrás.

—Y qué más.

—Y que no la toque hasta que no volváis del cajero.

—Bien.

El conductor y el copiloto avanzaron hacia el cajero, manteniéndose unidos por el cable al hombre del asiento de atrás. Cuando estuvieron frente al cajero, el conductor introdujo la cruceta por el dispensador de billetes e hizo palanca hasta que la parte central se ensanchó unos dos centímetros. El copiloto alzó la pala con las dos manos y dirigió la petaca hacia la ranura. La petaca quería entrar por uno de los extremos, pero topaba con el metal en el otro.

—Así no entra, hay que abrirlo un poco más. Métele caña por aquí —dijo el copiloto, apuntando con el mentón hacia la parte más estrecha de la apertura.

El conductor volvió a maniobrar con la cruceta. El copiloto repitió la operación y la petaca entró limpia en el dispensador. Verificó que la parte del cable que colgaba en el exterior de la ranura estuviera bien extendida y dio un paso hacia atrás.

—Níquel —dijo—. Vamos a lo negro.

Los dos hombres regresaron hasta donde esperaba el hombre del asiento de atrás.

Dentro de la sucursal, entre la puerta exterior y la de entrada, Domingo Salceda se incorporó sobre el cartón que había extendido sobre el suelo para dormir, se acercó a la cristalera y miró hacia la avenida para ver de dónde procedía aquel ruido. Vio a la pareja que

se acercaba discutiendo a lo lejos, pero no a los tres hombres que estaban en cuclillas recostados sobre la pared.

—¿Ya? —preguntó el hombre del asiento de atrás.

—Dale —dijo el copiloto.

El hombre del asiento de atrás accionó el detonador. La pólvora prendió con una explosión sorda y el espacio donde había estado el cajero desapareció envuelto en un tronido de humo, cascotes y cristales. Salceda se cubrió instintivamente la cara con el antebrazo y empezó a toser. Los tres hombres corrieron hacia el cajero abierto sobre la acera y recogieron los dos cajetines de dinero que había entre sus restos.

—¿Qué mierda es esta? Tiene que haber más —dijo el hombre del asiento de atrás.

El hombre del asiento de atrás caminó sobre los cristales molidos y se adentró por el boquete para inspeccionar lo que había sido la parte trasera del cajero. Una bocanada de humo caliente y polvo en suspensión lo dejó sin oxígeno y se quitó la camiseta de la cabeza. Salceda se puso de pie para salir de allí y el hombre del asiento de atrás topó con el pie con un objeto pesado en el que reconoció el tercer cajetín y se agachó para recogerlo. Cuando se incorporó tras la cortina de polvo que empezaba a posarse, vio frente a él al pequeño hombre de piel apergaminada y barba parcheada de calvas que lo observaba con el aire reconcentrado de quien está haciendo memoria para identificar un rostro que le resulta vagamente familiar.

—Me cago en mi vida. Tú de dónde coño has salido.

—Vivo aquí —respondió el mendigo.

El hombre del asiento de atrás cogió de la pechera a Salceda y lo arrastró con él hasta la calle. El conductor y el copiloto vieron salir a

Salceda y miraron el rostro descubierto del hombre del asiento de atrás.

—Eres subnormal, Luis —dijo el copiloto—. Eres tan infinitamente subnormal que no sabrías salir de un ascensor ni con un GPS. Mételo en el puto coche contigo y véndale los ojos.

Los tres hombres y Salceda subieron al coche. El hombre del asiento de atrás dobló la camiseta y vendó los ojos al mendigo. Los hombres de los asientos delanteros se descubrieron las caras y el Range Rover aceleró hacia el norte de la ciudad hasta salir a la M-45. Durante unos minutos, nadie dijo nada.

—¿Tú quieres cien euros o quieres problemas? —preguntó al fin el copiloto.

Nadie respondió. El copiloto se dio la vuelta y encaró a Salceda.

—Joder, cómo ruges. ¿Hace cuánto que no tocas un jabón? Di.

—¿Me habla a mí? —preguntó Salceda.

—A ti, sí.

—Por preferir, prefiero el dinero.

—Eso es lo razonable. Para el dinero, solo tienes que callar la jeta y no volver a pisar Getafe. Fácil, ¿no? Seguro que encuentras algún cajero igual de cómodo en otro sitio. Es más, me ofrezco personalmente a acercarte a ese otro sitio.

—¿A cuál sitio?

—¿Qué te parece Villaverde, que nos pilla de camino?

—Me parece bien —dijo Salceda.

—Bien —dijo el copiloto—. No entiendo cómo has tenido tantos problemas en la vida, pareces de buen conformar.

—¿Quién le ha dicho que he tenido problemas en la vida?

—Me lo dice mi sexto sentido, no te jode. Tú —dijo el copiloto al hombre del asiento de atrás—, saca dos billetes de cincuenta para este.

El coche siguió circulando un buen rato, Salceda calculó que unos veinte kilómetros. Después, tomó un camino de grava y redujo la velocidad.

—Para aquí —dijo el copiloto, y se volvió hacia el mendigo—. Ahora, te voy a sacar y vas a caminar en línea recta veinte pasos sin quitarte la venda. Es todo llano.

A los veinte pasos te sientas con tu nueva fortuna y cuentas hasta cien. Sabemos contar hasta cien, ¿verdad?

Salceda se metió el dinero en el bolsillo de los pantalones y asintió. El copiloto bajó del coche, abrió una de las puertas traseras y orientó a Salceda hacia el campo abierto.

El mendigo avanzó despacio sobre la costra de tierra seca, anteponiendo los brazos y encorvado como un hombre que caminara contra un vendaval, y oyó cómo el coche giraba sobre los guijarros y el ruido del motor se apagaba. Cuando estimó que el coche se había perdido de vista se quitó la venda. Estaba en medio de un olivar abandonado. Una brisa caliente barría la parcela y sacudía a ráfagas las copas de los olivos, que centelleaban como pequeñas láminas de ceniza en la oscuridad. Salceda recorrió con los ojos el horizonte hasta dar con la silueta del Pirulí y dedujo que la llanura de luces parpadeantes que se extendía frente al olivar era alguno de los barrios del sur de la ciudad.

Hubo un tiempo en que las peleas de gallos eran cosa de todos. En ellas se mezclaban los ricos y los pobres, los hacendados y los jornaleros, los hombres libres y los esclavos, que durante unas horas podían perder o ganar, representados por sus gallos, lo que fuera del ruedo era indisputable.

En 1843, la marquesa Madame Calderón de la Barca, escocesa y esposa del primer embajador de España en México tras la independencia, se lamentaba en sus cartas de que algunos prohombres mexicanos se opusieran a la abolición de la riña de gallos, por considerar que facilitaba el entendimiento entre las clases sociales.

En 1844, el capitán general de La Habana, Leopoldo O'Donnell, dictó un decreto por el que se prohibía la presencia de negros y hombres comunes en las vallas, afirmando que en ellas se desdibujaban las naturales diferencias sociales y se gestaban oscuras conspiraciones contra el poder colonial.

En 1876, doña Teresa de Córdoba inauguró, contiguo a su palacete en la calle Fernando el Santo de Madrid, un circo de gallos con cuatro filas de gradas y una andanada, al que asistían sombreros de copa alta, gorras y sin sombreros.

En 1931, existían en el reñidero de Castro del Río, provincia de Córdoba, dos cuartos de taquilla, el de la izquierda y el de la derecha, según la ideología del gallero, por lo común asociada a su hacienda, y dos bancadas diferenciadas en el ruedo. En cambio, las reglas de la pelea eran, al revés que las de la vida, iguales para todos.

Rachid el Sirio era uno de esos muchachos que abundaban en el barrio con el cuerpo nervioso y la impaciencia a flor de piel. Llevaba unos pantalones de chándal negros que dejaban al descubierto la mitad superior de unos calzoncillos de marca, unas zapatillas también de marca y un reloj de oro con la esfera negra del tamaño de una ciruela. Tenía la tez pálida y el cabello rojizo por el que sus colegas lo habían bautizado el Churrito.

Santos se sentó a su lado en una de las rampas de cemento del parque de skate de la Paloma. Unos metros más allá había un lavabo de porcelana tirado al que alguien había arrancado el grifo y cuatro cubos de basura de distintos colores sobre los que zumbaban las moscas. En la pista, dos preadolescentes probaban su habilidad dentro de un medio tubo de hormigón cuyas curvas estaban cubiertas de ilustres firmas grafiteras del barrio: Viciaos, Seba-

Shooter, NoRunaway, La Corona, JeSuis. El ruido de los patinetes aterrizando en el tubo, el bochorno blanco de julio, el hedor de la basura pudriéndose en los cubos, el revoloteo de las moscas copulando en el aire, eso era todo.

—Rachid —saludó Santos.

—Qué pasa, tío, ¿cómo va la cruzada por la ciudad?

—Va. Es una cruzada que no tiene fin, ya sabes. Vas apagando fuegos aquí mientras otros fuegos se encienden por allá. Te pongas como te pongas, el incendio siempre está vivo.

—Me gusta esa frase, creo que te la voy a pillar para una letra, con tu permiso.

Rachid tenía aspiraciones artísticas y el don natural de la rima, a pesar de que su andadura escolar había acabado en segundo de la ESO y de una fina nervadura de pequeñas venas rojas siempre presente en sus ojos que delataba su afición a diversas sustancias.

—Toda tuya —dijo Santos—. Solo te pido que te acuerdes de mí cuando te den el Grammy, igual que yo me acordaré de ti y te compraré un bañador si me tocan los ciegos.

—Dalo por hecho, tío.

—Hablando de fuegos, ¿has escuchado algo del que se prendió anoche en Getafe?

—Algo de un cajero, sí.

—Se largaron con setenta mil euros.

—He oído decir que fueron más, como cien mil —dijo Rachid, encendiendo el canuto que se le había apagado a medio fumar.

—¿A quién se lo has oído?

—Todo cristo anda hablando de lo mismo desde que salió esta mañana en el telediario y cada uno suelta una cifra que dice que le ha llegado de mengano o del de más allá. Pero no te puedes fiar de la peña. La peña siempre exagera, para arriba o para abajo.

Rachid expulsó el humo y se quedó mirando la brasa del canuto.

—Si la cosa ha salido bien —dijo—, se tiran el pisto para que la gente se vaya quitando el sombrero por la calle a su paso, metafóricamente hablando, si me entiendes. Señores de Robin Hood, me descubro el cráneo, les habéis dado un tapaboca mítico a esos endiosados, habéis calcinado sus palacios, os habéis sentado en su trono, el barrio os saluda. Y si se tuerce y acaban en el trullo, empiezan a adornar la cosa hasta que el delito parece una pollada,

como si se hubiera cometido de pura coña cuando ellos pasaban por ahí. Por eso no hay que fiarse de nadie. Y cuantos más floreos, menos. Así lo veo yo, tío.

—También secuestraron a un mendigo que dormía allí.

—De eso no me ha llegado nada.

Santos se metió un chicle de regaliz en la boca y se quedó mirando las acrobacias de los chicos del patinete.

—No sé nada que no sepas tú, si vas por ahí —siguió Rachid—. O sea, que serán de por la costa, eso está claro, tío, porque Getafe queda como en su radio de acción, eso es así. Pero más allá de eso, ni mosca.

—En realidad no voy por ahí, es otra cosa lo que me tiene intrigado.

—Tú dirás.

—Hay alguien que está vendiendo explosivos, alguien que a lo mejor se deja caer por el barrio de vez en cuando. No estoy seguro, pero mi nariz me dice que sí, que hace sus visitas. Y alguien de La Línea o alrededores que se los está quitando de las manos.

—No me dice nada.

—¿No te suena algún Mohamed de por ahí abajo interesado en la materia?

—No tengo tratos con ellos.

—Vamos.

—Así como te lo digo, tío.

—¿Y la moto? Ese cacharro que gastas no es barato.

La moto de Rachid, una Suzuki de motocross amarilla cubierta de polvo y barro hasta el manillar, descansaba bajo el sol calcinante al otro extremo de la pista.

—Oye, tío, yo no te he dicho que ande comiendo aire. Hago mis trabajillos puntuales para no estar a media tripa, ¿vale? Pero ya no hago cuadrilla con los hermanos de ahí abajo. Desde que murió mi vieja me dedico a otras cosas, tío, se lo prometí, me hizo prometerle en el hospital que me quitaría de esas compañías y me sacaría una FP.

—¿Y qué tal va esa FP?

—Me matriculé en Mecánica. Pero te voy a contar lo que pasa. Pasa que yo sé más de mecánica que los tutores porque he echado los piños montando y desmontando motores.

—No me digas.

—Esa burra, ¿tú crees que me la encontré como la ves ahora? Eso era un puto andrajo que corría menos que un triciclo y ahora mismo podrías subirte con ella a un tejado. Me la he tuneado yo enterita, le hice un escaporro artesanal, le cambié los frenos, le puse los faldones guardabarros, y así todo. Así que paso de que unos pavos que no se han manchado las manos de grasa me den la chapa con mierdas tipo los circuitos de fluidos y los sistemas de arranque.

Del otro lado del parque, entre los bloques de seis plantas con los pijamas y las bragas tendidos al sol, salió un viejo que tiraba de un perro decrepito que se resistía a avanzar. El viejo lo arrastró por el suelo hasta llegar a un parterre donde solo sobrevivían dos plantas de lantana de racimos naranjas. Rachid y Santos los siguieron con la mirada. Cuando por fin logró remolcarlo hasta el parterre, el perro se sentó sobre la tierra y miró al viejo con la lengua afuera.

—Y luego me dedico al arte —siguió Rachid—. Eso me lleva un huevo de horas, tío. Como que con el tiempo he ido comprendiendo

las cosas que la vieja me decía y ahora trato de plasmarlo en mis letras, ¿sabes?, para abrirles los ojos a la gente.

—Como por ejemplo.

—Como por ejemplo, me decía la vieja que nosotros, los que trapicheamos, somos el último eslabón, la base de la pirámide. Pero que ahí arriba está la élite, los poderosos, que son los que permiten que entre la mierda que nosotros vendemos, las logias de los iluminati que lo controlan todo, la trata de blancas, el tráfico de armas y lo de las mascarillas, las vacunas, el encierro y toda esa mierda. Todo eso ha sido una prueba que han hecho ellos para ver hasta qué punto pueden someternos sin que nos revolbamos, ¿es o no?

—Yo solo te digo que me pillé el bicho y estuve a punto de casarla en una habitación donde había otros tres a punto de irse conmigo del barrio.

—¿Estabas vacunado?

—De la primera dosis.

—Pues ahí lo tienes. Te metieron el virus con la vacuna en tus propias narices. Esto es como lo de la Tierra, ¿sabes?

—¿Qué le pasa a la Tierra?

—Lo de que es redonda. A mí eso no me cabe. Si el final del mundo es la Antártida, si cuando llegas ahí lo que hay es un tocho de muralla de hielo que llega hasta las nubes, es que es plana, ¿me sigues? Y nos están diciendo todo el rato a la puta cara que es redonda y que ahí se acaba y vas tú y te lo crees.

—Lo veo y no lo veo, Sirio. Y el sol también llano, me imagino.

—Ya, eso yo también me lo he planteado, que el sol y la luna y demás se ven redondos. Ahora bien, si la Tierra no es plana, entonces es que detrás del tocho tiene que haber más continentes, a lo mejor con otras especies y otras energías y otros minerales que ellos están explotando y que no quieren que sepamos que existen. O sea que no es que sea plana, sino que los mapas que tenemos están incompletos, ¿sabes como te digo?

Santos chasqueó la lengua con aire de no estar plenamente convencido.

—Tienes que despertar, tío —dijo Rachid—. ¿Tú has escuchado al Canserbero?

—Primera vez que oigo ese nombre.

—Pues pónitelo. Ya verás que no te vas a arrepentir, tío.

—Escúchame, Rachid, entre verso y verso, hazme el favor de poner la oreja a ver si te enteras de un tipo, un minero, del norte, que anda colocando explosivos a la gente del Estrecho y posiblemente a alguien de la costa brava. Y yo, a cambio, en cuanto llegue a casa me descargo todo lo del Canserbero, a ver si veo la luz.

—Y aparte de escucharte al Canserbero, que es un favor que te haces a ti mismo, algo más, ¿no?

Ahora el viejo estaba intentando arrastrar al perro de nuevo hacia el portal de donde habían salido, pero el animal hincaba las patas delanteras en el suelo negándose a moverse. Santos sacó la cartera del bolsillo de los pantalones, escogió dos billetes de veinte y los dejó entre sus piernas y las de Rachid.

—Algo más —dijo.

Cruz está sentado en el Contreras con otros tres pensionistas. Una cuadrilla de albañiles sigue concentrada en una esquina de la plaza, ocupados en alguna pequeña reparación que debería poder terminarse, incluso con el grado más alto de perfección, en una mañana, pero que se ha prolongado ya dos semanas. Un chico negro con la piel reluciente de sudor está perforando ahora esa esquina mientras los demás, en corro a su alrededor, opinan, le hacen observaciones sobre el ángulo con que debe atacar el pavimento, o sobre la posibilidad de extender la zona de actuación unos palmos más, como si en lugar de tener que arreglar un tramo minúsculo de alcantarillado se hubieran topado con un templo romano que hubiera que tratar con extrema delicadeza.

La mesa está llena de botellines de cerveza vacíos. En el cenicero se amontonan las colillas. Son las siete de la tarde, pero los pensionistas ya están borrachos. Cada uno habla de una cosa distinta, sin prestar atención a lo que dice el otro. Solos en compañía. Cruz oye pero no habla. Lleva tres días pensando en que tiene que llamar a la madre de Marina, contarle cómo está, preguntarle si se le ocurre alguna idea para sacarla del hoyo, comentarle la posibilidad de ingresarla, dejar caer el dato de los sesenta euros diarios que cuesta el ingreso. Pero no sabe cómo escalar esa montaña después de diez años de silencio.

Tres horas después, cuando el dueño del Contreras ya ha encendido los focos, alguien ha pedido un gin-tonic, la conversación es más incoherente, los monólogos de cada cual se refieren a cosas cada vez más lejanas en el tiempo, el primer coche, la primera visita al Calderón, el olor de la yerba recién abonada y regada, la euforia infantil por ver jugar al Ratón Ayala allí mismo ante tus ojos, una

perra de caza que se llamaba Tundra, la noche en que alguien fue a cazar ranas con el remo de una barca al río Garciaz.

Los mosquitos se abalanzan desorientados sobre los dos círculos de luz que han formado los focos sobre la pared. Después, vuelan sin rumbo hasta quedarse inmovilizados contra la pared blanca del Contreras, o aterrizan en los vasos y terminan ahogados flotando en el alcohol.

—Tú —dice uno de los pensionistas, los ojos enrojecidos, la boca pastosa—, pásame tu cucharita para que saque a los bichos estos. Tengo la ginebra llena. Se han quedado pegados al limón los muy hijos de puta.

Cruz no dice nada. De vez en cuando pasa la mano mecánicamente por delante de sus ojos para apartar a los mosquitos. Piensa en cuántos serán los gramos que puede perder a la semana una persona que no come nada. O casi nada. Como mucho medio vaso de leche con dos galletas. Cuántas calorías son eso. Cuánto tarda un cuerpo en quemar las calorías de medio vaso de leche y dos galletas, aunque ese cuerpo no se mueva.

De vez en cuando uno de los pensionistas se vuelve hacia él, le recrimina que lleva tres horas sin hablar, pero enseguida se enfrasca de nuevo en la perra Tundra, una bastarda de podenco, la mejor perra que he tenido nunca, cómo levantaba las liebres ese animal.

Cruz piensa que si pudiera beber algo de alcohol quizás tendría el ímpetu suficiente para escalar la montaña. Piensa en lo que solía beber antes de la primera advertencia del cuerpo. En el whisky atravesando la garganta, dejando a su paso un ligero rastro encendido, un pequeño fuego en el pecho. Piensa en todo lo que ha cambiado desde esa primera advertencia, en la indiferencia inicial, en la sorpresa ante los avisos que se repiten, en la renuencia a ir al ambulatorio, en los interrogatorios médicos con el deje siempre condenatorio, fuma usted, bebe usted, hace usted algún tipo de

ejercicio, sí, sí, no. En todo lo que vino después, la pugna entre pensar en su cuerpo como un ente ajeno y enemigo y sentirse de pronto solo cuerpo. Piensa que por una noche puede permitirse encontrarse un poco peor si eso lo ayuda a trepar la montaña. Luego piensa que no. Por fin, se levanta.

—¿Ya te vas? —pregunta uno de los pensionistas.

—Vuelvo ahora —dice Cruz—. Tengo que hacer una llamada.

Se marcha hacia un rincón de la plaza, alejándose del abanico de voces y músicas que la llenan ese último día de julio. Llama a Estela. Una, dos, tres veces. Deja sonar el teléfono hasta que se corta. Piensa que tal vez haya cambiado de número. Llama una cuarta vez. Piensa que en realidad ni siquiera está seguro de que no esté muerta. Hace diez años que ni Marina ni él han hablado con ella. Abre la agenda del teléfono y busca nombre por nombre alguno que le pueda decir algo de Estela. Se detiene en el de un hombre. Piensa que ese nombre, que en otro tiempo le quemaba leer, ya no le altera. Se decide a marcar. Pero en ese momento su teléfono empieza a sonar y en la pantalla resplandece el nombre de Estela.

—Te devuelvo la llamada para que no me sigas molestando. ¿Qué te pasa? ¿Estás borracho y te has acordado de mí?

—Nada que ver. ¿Cómo estás?

—Estupendamente. ¿Algo más?

Unos segundos han bastado para que los dos estén en la cima de la montaña.

—Es Marina.

—Venga. Lo mismo de siempre. Tú y tus manipulaciones.

Y Estela cuelga.

Fraile no tardó en reconocerlos. Estaban en el aparcamiento al aire libre que había frente a la estación de tren de Torrelodones, junto a una furgoneta Mercedes Vito negra. Eran indistinguibles salvo por la diferencia de edad: rapados al cero, pectorales y abdominales endurecidos en el gimnasio, tatuajes de letras góticas que hablaban de honor y de sangre, de lealtad y de patria. El más joven tenía unos veinte años y vestía un polo gris con un caballero templario y una cruz de Santiago enmarcados dentro de un círculo rojo, pantalones vaqueros y botas Crispi. Avanzó unos pasos antes de que Fraile llegara hasta ellos y lo miró con suspicacia.

—¿Te has citado aquí con alguien? —preguntó el chico.

—Con tu tutor de primaria —dijo Fraile—. Dice que escribes el número tres del revés y que no progresas adecuadamente en la lectoescritura.

El chico miró a su compañero, unos diez años mayor, que no se había movido de su sitio. Ahora se acercó y el chico se resguardó detrás de él con todo su cargamento de furia.

—Hemos quedado aquí con un tipo que nos han dicho que vende una PlayStation 3 en perfecto estado a buen precio —dijo el mayor.

Tenía la piel de un blanco azulado y las pestañas casi traslúcidas, como algunos hombres eslavos, y las manos llenas de forúnculos.

—Entonces es posible que sea yo —contestó Fraile—. ¿Por qué aquí?

—¿Por qué no?

—No sé, esperaba un sitio más apropiado, tipo una cervecería de Múnich. O ese palacete de Velázquez que dicen en la tele que habéis ocupado. ¿Ahora también sois okupas?

—Somos de Las Rozas —dijo el mayor.

—Ya —dijo Fraile—, y yo de Córdoba, pero no os he citado en la mezquita.

Un relámpago de suspicacia atravesó la cara del hombre casi albino.

—Oye, tú no serás un mahometano de esos, ¿no? —dijo estrechando los ojos y observando cada poro de la piel atezada de Fraile, sus ojos oscuros, el pelo zaino engominado.

—Y tú no serás mi agente de la condicional, ¿no? No le voy preguntando a mi madre con quién se lo ha montado y tampoco te he preguntado a ti qué son esas tres haches que llevas en la muñeca.

—Te veo como muy moro.

—Mira, ¿sabes qué te digo?, que me voy a ir abriendo. He venido hasta aquí porque me han comentado que alguien estaba interesado en hacer negocios, no para andar de cháchara.

Fraile se dio media vuelta y echó a andar hacia la salida del aparcamiento.

—Estate un poco quieto, joder —dijo el mayor, cogiéndole del brazo —. Estamos hablando tranquilamente, ¿no? ¿Por cuánto vendes la Play?

—Depende.

—De qué depende.

—De si solo queréis la Play a pelo o la estáis buscando con dos mandos inalámbricos, micrófono y unos cuantos juegos ya cargados. ¿Para qué la queréis?

—Eso a ti no te importa —dijo el chico desde detrás.

—Bueno, me habían dicho que eráis de esos del Hogar Social Madrid —dijo Fraile—. Que os dedicabais a repartir ayudas para los nacionales, a apalear negros y maricas y a mantener una sana tensión en los partidos del Real Madrid. Si la queréis para otras cosas, el modelo se complica.

—¿Por cuánto las vendes con mando? —preguntó el mayor.

—¿Cuántas queréis?

—Por ahora solo una.

—Mil pavos.

—¿Mil euros?

—No, mil sestercios, si te parece. También acepto doblones y dracmas.

El mar de furia que se mantenía en segundo plano se encrespó.

—Las pelotas —dijo.

—Oye —dijo Fraile al mayor—, vamos a ver si nos organizamos. ¿Aquí quién tiene la última palabra, el disléxico o tú?

El chico hizo un amago de avanzar. El mayor se interpuso y le puso la palma de la mano sobre el pecho.

—Calma, Miguel, hostias.

Luego se giró de nuevo hacia Fraile.

—Te estás sobrando. Hablamos de una PlayStation 3 básica, sin complementos de ningún tipo, no de una PS 5 Pro. Te doy quinientos y aun así te la estoy pagando cara.

—Esto no es el zoco de Fez, ¿sabes? Vosotros me habéis llamado a mí para comprarme mi mercancía, y mi mercancía vale lo que vale. Me importa tres cojones si preferís buscar una consola más barata en Wallapop, así que si la queréis os rascáis el bolsillo y aflojáis la gallina, y si no, aire.

El chico lo miró fijamente y Fraile parpadeó.

—Y dile al nene que no me mire así, que me ruborizo.

Calma, Miguel, hostias. El chico clavó los ojos en el vacío y empezó a contar hacia atrás desde cincuenta.

—Está bien —dijo el mayor—. Nos vemos el sábado aquí mismo. Traeré el dinero.

—Dos puntualizaciones —dijo Fraile—. Uno: no nos veremos aquí. Te llamaré yo por teléfono el sábado por la tarde a las nueve y cuarto en punto, te diré dónde estoy y os esperaré exactamente quince minutos, hasta y media. Te recomiendo que esperes la llamada por la zona de General Ricardos. Si os retrasáis más de cinco minutos no me encontraréis ni os volveré a coger el teléfono, ¿entendido?

Fraile se recostó sobre el tronco del castaño que daba sombra a los coches esperando a que brotase del chico toda su cólera subterránea.

—¿Y la segunda? —dijo el mayor.

—La mitad por adelantado.

—¿Ahora?

—Si lo prefieres mañana, mañana. Pero entonces no la podré tener para el sábado, y el domingo tengo un partido de futbito. O sea, que no os la entregaría hasta la semana que viene.

El mayor se volvió hacia el chico e hizo un gesto de aprobación con la cabeza. El chico abrió la puerta de la furgoneta, revolvió en el compartimento lateral del asiento del copiloto y entregó al mayor un fajo protegido por un folio doblado. El mayor alzó la mano con el paquete y se lo mostró a Fraile en el aire. Fraile miró los forúnculos.

—Como nos tangles te arranco la cabeza. Te busco y te encuentro aunque estés en Córdoba —dijo.

—¿Quién te ha dicho que paro por Córdoba? —preguntó Fraile.

—Supongo que alguna vez irás de visita a ver a tu gente.

—Eso sería si yo fuera de Córdoba, camarada.

Cruz salió del piso y bajó resollando las cuatro plantas que lo separaban del bajo, deteniéndose en cada descansillo. Cuando llegó al portal, se apoyó en la pared más próxima a los buzones y esperó hasta recuperar el aliento. Del bajo salía un olor rancio a perros mojados. «La puta loca recoge perros», pensó. «Habría que meterla a ella en un albergue con todos esos chuchos lisiados y medio ciegos».

Esperó hasta que vio pasar las luces verdes y naranjas del camión de la basura y salió a la calle. En la acera de enfrente, Fraile lo esperaba en el Ford Focus plateado. Cruz se metió en el coche y encendió un pitillo.

—Tira —dijo.

—¿Dónde vamos, si puede saberse? —preguntó Fraile.

—A hablar. Arranca.

Fraile encendió el motor y empezó a circular lentamente por la calle.

—¿El señorito quiere que le lleve a algún sitio en particular? —preguntó Fraile—. ¿Le importa al señorito que apague el aire acondicionado y abra las ventanas para que mi coche no apeste a tabaco?

—Me da igual, vete hacia la avenida de los Poblados, callejea hasta la M-40 y te vuelves a meter al barrio por donde la estación de tren, por ejemplo. ¿Qué pasa, es que tú no fumas esos puritos de mierda de aficionado de barrera de sombra?

—Nunca en mi coche, nunca. Observa cómo lo tengo. Como recién salido del concesionario. Avenida de los Poblados, como desee el señorito.

Dos portales más allá, Garza puso en marcha su Clío.

—Síguelo como a tres coches de distancia, no menos —dijo Santos.

—Ya he reconocido al tal Cruz —dijo Garza—. Joder, ha adelgazado como treinta kilos, ¿no? Y tiene la piel como un limón seco.

—Me da que lleva un cañón de los gordos dentro del cuerpo.

—Si no me llegas a decir que es él, no lo hubiera reconocido. Antes estaba como un cachalote. Vaya asco de vida. Hoy estás bien, o te quieres creer que estás bien, y al día siguiente vas al médico con un resfriado y resulta que te tienes que poner a toda hostia a buscar a un notario.

—Así es la cosa —dijo Santos—. Oye, ¿hace cuánto que conduces esta jaula de ratones?

—Desde que me lo compré de segunda mano, hace diecisiete años. Fue mi primer coche y, por ahora, el último.

—Si alguna vez decides dejar de ser el único imbécil del cuerpo que se toma a pecho el lema ese de «dedicados a tu seguridad», tal vez puedas sustituirlo por algo que se pueda llamar propiamente un coche.

—El tema es que le he cogido cariño y además tengo un asunto más urgente que resolver con mi boca.

—Dudo que haya algo más impostergable que quitarse de encima esta tartana. No conozco a nadie que gaste hoy por hoy un Clío del año noventa con trescientos mil kilómetros en el cuerpo y que no acabe de bajarse de una patera.

—Tengo dos alternativas —dijo Garza—: cambiar de coche y comer huevos revueltos y compota de manzana cuando ya no me quede un solo diente, o pagarle a ese puto dentista venezolano los implantes y todo lo que cree que debe hacerme antes, durante y después de los implantes.

—Puedes ahorrar, ¿no?, tú no tienes a tres caníbales en casa.

—Todos los meses aparto un par de billetes, y todos los meses el venezolano se saca de la manga algo que debe hacerme sí o sí si no quiero acabar como el Risitas. Este mes me ha soplado ciento cincuenta euros por hacerme un curetaje que según él era imprescindible para la supervivencia de mis colmillos.

El Ford se detuvo en un semáforo en rojo frente al centro comercial de la avenida de los Poblados. Cuatro adolescentes cruzaron el paso de cebra tirándose los vasos de plástico vacíos del Burger King y disparándose a presión el ketchup de los sobres que les habían sobrado. El resto de la calle estaba desierto. Unos pocos coches circulaban despacio en los dos sentidos de la avenida, como aletargados por el calor.

—Ponte en paralelo por su izquierda si puedes —dijo Santos—, a ver si logro ver a quién lleva de compañía.

Garza aceleró ligeramente y se desplazó al carril de la izquierda, pero cuando el Clío estaba llegando a la altura del coche de Fraile, el semáforo se puso en verde y el Ford aceleró.

—¿Me puedes explicar a qué viene este paseo? —dijo Fraile—. ¿Tienes algún problema con las petacas que te vendí o es que quieres invitarme a cenar?

—Ningún problema —contestó Cruz—. Por eso quería hablar contigo: necesito tres más para el sábado.

—¿Para el sábado? Imposible. Mi contacto trabaja a destajo. Ahora mismo anda preparando los encargos que tiene que entregar dentro de diez días, así que lo que le pueda pedir hoy no estará listo hasta al menos la semana que viene, ¿me explico?

—Dile al julandra ese que le pagaremos una bonificación por pronta entrega —dijo Cruz—. Y si sigue haciéndose el estrecho le das a entender que le vamos a prender fuego al taller con toda la pólvora dentro o lo que se te ocurra. Pero las petacas tienen que estar listas para el sábado.

—Te digo que no es viable. Este tío trabaja solo, no tiene a ningún machaca que le pueda sacar curro adelante en unas prisas.

—¿Dónde está el puto cenicero en este coche? —Cruz tiró la colilla por la ventanilla y encendió otro cigarro—. No me cuentes tu vida, Fraile. Me las han pedido para pasado mañana y, si no las tengo, buscarán a alguien que me sustituya, que a su vez buscará a otro proveedor, que no serás tú. Y entonces yo dejaré de cobrar de unos clientes que pagan cuando dicen que van a pagar, pero tú también te vas a quedar sin tu sobresueldo.

De la cara de Fraile se había disipado de pronto el gesto de hombre bromista y complaciente.

El Ford y, cien metros atrás, el Clío de Garza dejaron atrás una gasolinera y el hospital para enfermos mentales del doctor Esquerdo y siguieron atravesando Aluche en dirección sur.

—¿Dónde coño van? —preguntó Garza.

—Diría que a pillar la M-40 en la rotonda —dijo Santos—. Otra cosa que puedes hacer es un renting. Tengo un conocido de la Guardia Civil que se dedica a la cosa, aunque la que pone la cara es la hija. Solo marcas alemanas, Mercedes, Volkswagen, Opel, buenos cacharros, kilómetro cero. Pégate un rato detrás de ese —dijo, señalando un camión hormigonera que se arrastraba fatigado por el

carril derecho—. Voy a sacar la cámara a ver si veo al bandarra que va al volante.

—Oye, si tuviera para un renting tendría para pagar una letra. Pero como te acabo de explicar, la calderilla que me sobra a fin de mes se la tengo que ingresar al venezolano, que se ve que lo necesita para que su señora mantenga su triple.

—¿Triple?

—Culo, tetas y labios, como las Kardashian. Eso es hasta cuando tienen treinta. A los cuarenta empiezan con los párpados, los rellenos y los estiramientos, y a los cincuenta ya son todas clavadas a Michael Jackson. O a Camilo Sexto, si prefieres un ejemplo nacional.

Garza redujo la velocidad y se colocó detrás de la hormigonera. Santos encendió la cámara.

—Volviendo a lo importante —dijo mientras ajustaba el zoom—: no es lo mismo, con un renting te despreocupas de todo, seguros, reparaciones, multas. Hasta te pasan la ITV, si quieres. Listo, vamos otra vez detrás del Ford.

Garza adelantó el camión y regresó al carril central. El Ford Focus pasó en verde el cruce entre la avenida de los Poblados y Eugenia de Montijo a la altura del parque. El Clío cruzó el semáforo en ámbar y se mantuvo de nuevo a unos cien metros del coche. Santos enfocó, disparó una ráfaga de fotos y las comprobó en el visor.

—Muy pixelado —dijo—. Pero no parece un jalugo. Lleva más patillas que en la alternativa de Paquiro.

—¿Calorro?

—Diría, sí. Métete la primera que puedas a la derecha, por hoy hemos acabado.

El Clío abandonó la calzada y el Ford se perdió entre el escaso tráfico de la avenida. Se incorporó a la M-40 en dirección este y circuló unos quince kilómetros hasta salir nuevamente hacia Orcasitas, dejando a su izquierda la inmensa planicie de nichos y tumbas que formaba la unión del cementerio del Sur y el de Carabanchel.

—Lo intentaré —dijo Fraile—, pero no prometo nada. Y otra cosa: el sábado tengo una cita a eso de las nueve.

—No hay problema, nos vemos a las siete donde la terraza de El Paso. ¿Es que te has echado novia?

—No tengo tiempo para novias.

—No me jodas que eres bujarrón.

—Soy misógino, pero dentro de un contexto general de misantropía.

—O sea, bujarrón —dijo Cruz—. No hace falta que me acerques a casa, no vaya a ser que aproveches para tocarme el paquete. Déjame en la esquina de El Marcapasos.

El hombre de la muñequera de púas tomó aire y giró brevemente la cabeza hacia el interior de la casa. Dentro, dos siluetas femeninas miraban en tinieblas y absortas una pantalla gigante, apenas iluminadas por los fogonazos de luz intermitentes del aparato. Un perro del tamaño de una liebre comenzó a brincar y a ladrar furiosamente desde el sofá donde estaban las mujeres. El hombre entornó la puerta, se volvió hacia quien acababa de llamar al timbre y largó el aire.

—¿Qué andas hociqueando por aquí? —preguntó—. ¿Cómo coño te has enterado de dónde vivo?

Llevaba el torso descubierto y unos pantalones de pintor de un blanco sucio. Tenía el esternón hundido, las costillas marcadas por encima de una barriga inmensa y redonda, tersa como el lomo de una ballena, y unas ojeras color ostra que le caían hasta los pómulos. A Fraile le pareció que llevaba varios días sin dormir.

—Vamos abajo —dijo el hombre—. Lo único que me falta es que empiecen a cruzarme a preguntas ahí adentro.

Era un chalet estrecho de dos plantas pintado de albero, con un pequeño porche sostenido sobre dos columnas de estuco con hojas de acanto y rodeado por una balaustrada también de estuco. Sobre la puerta de entrada, unos azulejos blancos con letras azules anunciaban el nombre de la propiedad: Villa Azahara.

El hombre y Fraile lo bordearon por un pequeño sendero de gravilla rodeado de gnomos, ponis, setas de porcelana y otras figuras que la oscuridad no permitía distinguir. Dejaron atrás la rampa donde estaba aparcada la furgoneta, junto a la puerta enrollable de un

garaje, y bajaron por una escalera de piedra empinada hacia el sótano.

—¿Dónde me llevas? —preguntó Fraile.

—¿Qué te pasa, Fraile, es que después de plantarte en mi casa a media noche de repente te ha bajado la regla?

El hombre abrió la puerta con un golpe seco del hombro y entró en la pieza a oscuras. Del interior surgió una bofetada de calor húmedo que olía a huevos podridos. Fraile esperó recostado en el umbral. Cuando la luz se encendió, el hombre le estaba apuntando con una escopeta recortada de dos cañones, la culata apoyada en el hombro y el cañón sujeto por la mano izquierda.

—Y ahora dime qué pollas haces en la casa donde vivo con mi familia y quién te ha dicho cómo llegar hasta aquí —dijo.

—No seas parana —contestó Fraile sin moverse—. No me lo ha dicho nadie. Simplemente la semana pasada quise cerciorarme de que no eras un aficionado que juntabas polvo de hadas en algún piso ocupado. Esas cosas pasan, ¿sabes?, y cuando pasan puedes meterte en un buen berenjenal, yo en primer lugar que soy quien da la cara. Así que cuando nos separamos en Los Rosales te seguí hasta aquí. No hay más.

—Bien, pues ahora ya sabes dónde trabajo.

En el sótano había una caldera de gasoil de quinientos litros, bidones de plástico de distintos tamaños y dos estanterías metálicas llenas de botes de cristal etiquetados, morteros, barras, cajetines de metal y algunas fotocopias encuadernadas, curvadas y amarilleadas por la humedad. En el centro, sobre una mesa de carpintero que ocupaba casi la mitad de la estancia, un transistor, una prensa hidráulica de acero rojo, una báscula eléctrica y varios paquetes de plástico a medio abrir llenos de polvos de distintos colores. Y, junto a la mesa, un taburete alto con el relleno de espuma asomando entre el sky.

—¿Te importaría bajar ese cacharro de una vez? —dijo Fraile.

—Me importaría, sí, hasta que no sepa a qué has venido —contestó el hombre.

—Necesito cuatro petacas para el sábado.

—El sábado es pasado mañana.

—Sí.

—Tú sueñas.

—Llevo la lana encima.

—Como si llevas un Ferrari en el bolsillo. Las que tengo a medio montar las tengo comprometidas, vienen mañana a por ellas.

—Puedes decirles que te has retrasado.

—No, no puedo, las necesitan para el domingo.

Fraile chasqueó la lengua.

—¿Te importa que entre? —preguntó.

El hombre bajó la escopeta hasta la cintura.

—Pasa, pero no toques nada.

Fraile entró en el sótano y repasó una a una las paredes de la habitación. Luego se volvió de nuevo hacia el hombre de la escopeta.

—Te voy a contar una cosa —dijo—, ahora que tenemos la ocasión de intimar un poco. Todo lo que he visto me dice que eres un hombre cuidadoso y responsable: tienes el jardín sin una mala hierba, la parabólica convenientemente orientada, guardas la furgo

en la rampa a pesar de tener sitio de sobra ahí afuera y a lo mejor hasta coses. ¿Coses?

—Vete a la mierda —dijo el hombre.

—No coses, vale. No pasa nada. No existe el marido perfecto. Pero eres un hombre de familia, así que creo que me vas a entender. Tengo una niña de ocho años y una ex con mucho carácter, ¿sabes? Como no le paso la pensión se cree con derecho a pedirme todo lo que se le ocurra, y si no se lo doy me amenaza con llevarme al juzgado y con no dejarme ver a la niña. El caso es que la niña ha estado yendo todo el curso a catequesis para preparar lo de la primera comunión esa de los cojones, aunque ni su madre ni yo hemos pisado una iglesia en nuestra puta vida.

Fraile comenzó a caminar a pasos largos y lentos alrededor de la mesa.

—Conque mi ex se pone a mirar vestidos de comunión para la niña y me pide cuatrocientos napos. Oye, le digo, ¿es que va a una coronación real o algo por el estilo? ¿No puedes buscar un trapo más asequible? Entonces se pone completamente fuera de sí y me dice que no es solo el traje, que hay que comprar una diadema, unos guantes, una pulsera con el nombre de la niña y la fecha del acontecimiento y no sé cuántas cosas más, que no está dispuesta a que su hija vaya como una pordiosera y se quede tarada para siempre por haber sido la única niña del colegio que apareció en su comunión vestida como una carmelita, que entonces sí que vamos a gastar dinero en psicólogos para que la saquen del pozo de inseguridades en el que va a caer. Total, que apoquino. Y al cabo del mes me viene con que necesita cuatro mil más.

—Oye —dijo el hombre—, no me interesan una mierda tus problemas domésticos. Si quiero problemas domésticos no tengo más que volver a entrar en esa casa y los tengo de todas las tallas y colores.

Fraile se detuvo un momento con los dedos de la mano abiertos sobre la mesa y miró al hombre a los ojos.

—¿Cuatro mil?, le digo, ¿tú te has vuelto completamente loca? Es lo peor que le puedes decir. La puedes llamar descerebrada, subnormal, hija de las mil putas, pero es llamarla loca y se pone como una avispa dentro de un frasco, empieza a pegar gritos y a romper todo lo que se le ponga por delante y a blasfemar como un estibador. Te la hago corta: según ella, después de la ceremonia hay que dar un banquete, no hay nadie que no organice un banquete para sus íntimos después de la comunión.

El hombre de la escopeta apoyó la espalda sobre la pared, cambió el peso de una pierna a otra y siguió hipnotizado el deambular de Fraile alrededor de la mesa.

—Cien personas, según ella, es el número mínimo de íntimos que tiene cualquiera, y eso que no tiene previsto invitarme a mí ni a nadie de mi familia. Y el cubierto son ochenta euros por persona; por debajo de eso te ponen una tortilla a la francesa con cacahuètes y una tarta helada de Hacendado. Y a cada una de esas personas, además de darles de comer y de beber hasta que revienten como el lagarto Jaén, hay que darle un recordatorio, y además hay que hacer un reportaje fotográfico para inmortalizar el gran día, que lo propio sería que fuera de vídeo, dice, pero como sabe que soy un agarrado de mierda se conforma con unas doscientas fotografías.

El hombre levantó ligeramente la escopeta y acercó la mano derecha al seguro. Fraile dejó la última palabra en el aire y alzó las cejas. Parecía más sorprendido que intimidado. Clavó un instante la mirada en el dedo índice del hombre posado sobre el seguro y luego continuó su paseo.

—Bien, el caso es que llega mayo, yo no tengo esos cuatro mil pavos, la niña no hace la comunión y se monta el dramón. Y entonces la tía me dice: «Mira, pedazo de hijo de la gran puta, te

voy a dar una última oportunidad, la última oportunidad de que tu hija no sea una desgraciada toda su vida y de que el juez no te embargue esos putos coches con los que apareces a recogerla cuando estás aburrido». Y la oportunidad consiste en que en septiembre organizan una especie de recuperación de la primera comunión para los que no han podido hacerla en mayo. Ya sabes que los curas no dejan pasar ni una ocasión para hacer caja.

—Muy interesante. ¿Me quieres contar algo más o ya has terminado de vaciar el estómago?

Fraile terminó de dar una nueva vuelta a la mesa, se detuvo frente a él, cerró el puño derecho y lo estampó contra su sien. El hombre cayó a plomo. Fraile recogió la escopeta y lo golpeó con la culata en la entrepierna. El hom-

bre se contorsionó en el suelo.

—Así que entenderás que no me quede más remedio que reunir esa pasta para septiembre o voy a tener serios problemas.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —gimió el hombre.

—¿Dónde están las petacas esas que tienes a medio montar?

—En la estantería de la derecha, debajo de un plástico.

—¿Y las varas?

—Ahí también.

Fraile se acercó a la estantería y levantó la bolsa de basura que cubría uno de los estantes. Cogió las cuatro petacas y las cuatro varas, las metió en la bolsa y se acercó de nuevo hasta donde estaba el hombre sujetándose la entrepierna. Levantó el pie derecho y alcanzó la boca del hombre, que empezó a escupir saliva y sangre.

—¿Qué significa eso de a medio montar?

—Falta una última mezcla.

—Pero ¿funcionarán tal como están?

—Estallarán, pero no sé cómo ni cuándo.

—Eso me vale. Aunque, como es un trabajo a medias y sin la debida garantía de calidad, entenderás que por el momento no te deje una señal.

Fraile miró a su alrededor, cogió el taburete de sky y lo arrastró con él hasta la puerta. Salió al exterior y trabó la puerta colocando el taburete entre ella y el hueco de la escalera que subía al jardín.

—Espero que sepas lo que haces —repitió el hombre desde dentro.

—La conozco desde el instituto, así que imagínate si lo sé —dijo Fraile.

Los datos condujeron hasta una nave ilegal en un poblado de San Fernando de Henares, en la carretera M-203. Se trataba un local construido sin licencia en el que había un reñidero, gradas en los laterales y un bar, además de un lugar donde se guardaba a los gallos.

(El País, 22 de junio de 2015)

La Policía Municipal de Madrid ha rescatado a dieciséis gallos encerrados en jaulas y ha confiscado trotadoras utilizadas para el entrenamiento previo a las peleas. También halló básculas de precisión y cuchillas, utilizadas para amputar las crestas y afilar los espolones.

(Telemadrid, 31 de mayo de 2021)

En las instalaciones había una plaza circular decorada a semejanza de una ruleta de casino, con números rojos y negros, para animar al público a hacer sus apuestas.

(El País, 3 de junio de 2024)

«Qué bueno eres, cabrón, tu primera pelea y matando a uno de los mejores gallos de España». Este mensaje en una conocida red social fue la pista definitiva que llevó a la Policía hasta las presuntas actividades ilícitas de maltrato animal.

(Levante, 17 de abril de 2024)

A estas peleas asistían, según considera la sentencia como hechos probados, un elevado número de personas, algunos de ellos menores de edad. Para aumentar su rendimiento y potencial lesivo, los acusados usaban cuchillas y otros elementos cortantes.

(Diario de Córdoba, 10 de marzo de 2024)

Santos entró al cerro del Tío Pío por la calle Benjamín Palencia, atravesó la pequeña explanada de tierra junto al quiosco y bajó las escaleras hasta llegar al mirador. Viruta ya le estaba esperando, sentado en el extremo de uno de los bancos corridos de hormigón y madera que rodeaban en semicírculo la plataforma del mirador. Fumaba mientras observaba con atención la escultura metálica que coronaba la plataforma.

—Según Google —dijo Viruta antes de que a Santos le hubiese dado tiempo a acomodarse a su lado—, esa mierda que han puesto ahí, ese pedazo de mierda que echa una flama que no veas, se titula «rectángulo real ilusorio». Si te acercas a medio metro de ella podrías asar una vaca, te lo juro.

Santos se caló la gorra y echó una ojeada distraída a la figura. Luego dejó vagar la mirada hacia los bloques de pisos de ladrillo rojo que ocupaban la primera línea del horizonte, hacia los edificios a medio construir con sus vigas, sus pilares y sus tirantes apuntando hacia el cielo, a las grúas y las retroexcavadoras con sus uñas metálicas al aire; más allá, hacia los rascacielos de Azca y la silueta inclinada de las torres KIO; y, por fin, hasta las estribaciones de la sierra, donde los grandes neveros brillaban aún al sol de caída.

—Tal vez yo me esté flipando, pero yo ahí no veo ningún rectángulo, sino una hoz con dos cachos de acero cruzados.

—Son licencias que se toman los artistas, Viruta. Te comes demasiado el tarro.

El cerro era un hervidero de fotógrafos, aspirantes a fotógrafos y fotógrafos de ocasión con el móvil en mano, de gente que caminaba

a paso rápido apoyada en bastones de marcha o que corría o pedaleaba sudando copiosamente en el calor feroz de la tarde, de parejas amarteladas y grupos bulliciosos de colombianos y ecuatorianos sentados sobre la hierba rodeados de arepas, empanadas y litros de cerveza.

—¿Tenemos alguna novedad? —preguntó Santos.

—Bueno, no sé si será una novedad, pero me ha parecido que podía interesarte. ¿Te acuerdas de que Vargas me dijo que un tipo me dejaría un recado para él?

—Sí.

—Pues escucha esto. Anoche tenía el pub petado. No sé por qué a la gente le ha dado por salir los jueves y no sé por qué todos los que salen los jueves deciden terminar en El Marcapasos cuando ya van puestos hasta las trancas.

—Puede que porque a esas alturas solo estás abierto tú, la gasolinera de Cepsa y los prostíbulos de Hermanos Capri.

—Puede. El caso es que no daba abasto porque al dueño, al chino de mierda que solo se pasa por allí a cobrar a fin de mes, no le sale de los cojones contratar a otra persona. Tiene siete garitos en el barrio y unas doscientas tiendas de esas de todo a cien y una consultoría o similar donde van los chinos cuando quieren sacarse la residencia o enterrar a un muerto sin papeles y ese tipo de rollos. Esos tíos tienen hasta sus propias comisarías clandestinas y sus propios tribunales secretos, por si no lo sabéis, ahí en la plaza de Legazpi y en el Ensanche, que yo sepa. Que yo sepa. Pero habrá más, fijo.

Santos empezó a restar mentalmente de la cantidad que había pensado darle.

—Total que ahí estoy, a punto de que me dé un ictus porque el puto chino cicatero me tiene trabajando por tres y estoy lidiando con toda la basca que ha perdido la cuenta de cuántas copas se ha tomado o que me discute las operaciones más elementales, tipo ocho por tres veinticuatro euros. Y además con los que me piden cambio para la máquina de tabaco o los dardos, y los que quieren la llave para entrar a los servicios, y los que de repente se han acordado de no sé qué canción que les conmueve especialmente y se ponen la mano en el corazón suplicándome que se la pinche. Desbordado, tío. Y en esas estoy, completamente desbordado, cuando me viene otra vez el tío de la tónica.

—El tío de la tónica.

—Ese mismo.

—No me has hablado de él.

—Claro que no te he hablado de él, porque no lo conocí hasta ayer.

—¿Es alguien de interés, o me estás haciendo la revista general de todos los que se pasaron ayer por el pub antes de entrar en materia?

—Santos, tío, a veces me pregunto cómo logras enterarte de cosas que podrían llegar a interesarte si no dejas a la gente expresarse. ¿Puedo seguir, con tu permiso?

—Venga, exprésate.

—Bien. El tío de la tónica lleva desde la una de la madrugada tomando tónicas, a palo seco. Le pongo unas banderillas y ni las toca. Se bebe la tónica, me pide otra, se me queda mirando muy fijo a los ojos, se la sirvo, le ofrezco unas patatas fritas y me dice no, gracias, voy a salir a echar un pitillo, luego cuando se calme un poco esto hablamos, dice, cuando tengas un momento. No entiendo qué quiere decir ni tampoco hago por entenderlo porque tengo que

discutir de rondas y de operaciones aritméticas básicas con los borrachos y además dar cambio a todo cristo, y el tipo sale a fumar. Luego vuelve a entrar para seguir bebiendo tónica, y a los cinco minutos vuelve a salir para seguir fumando, y así se tira toda la noche, fumando, bebiendo tónica y mirándome raro.

«A lo mejor si le pagara al principio me ahorraría la chapa», pensó Santos.

—A todo esto, está blanco como un resucitado, pero tiene la cara y las manos llenas de esas manchas marrones que se les ponen a los viejos y unos ojos, no sé cómo explicarte, amarillos, como los ojos de los zorros esos disecados que cuelgan en los restaurantes de carretera, ¿te haces una idea?

—A la perfección.

—No me gustaría tener ese careto, te lo digo, da malas vibraciones. El caso es que se acerca por enésima vez a la barra y cuando ya le estaba abriendo la lata de tónica número cien me dice que no, que lo que quiere es otra cosa, y me hace un gesto para que vaya con él hasta un rincón de la barra. Le sigo, aunque tengo a un cansino diciéndome que si no le doy la llave del baño va a echar una firma ahí mismo le sigo hasta el final de la barra, y me pide que le explique por qué no puede echar una partida al billar con el colega que le apetezca y qué es eso de la regla del rey.

Y yo vuelvo a explicar lo mismo que ya he contado seiscientas veces esa misma tarde y todos los putos días desde que se inauguró el garito: que el rey es el rey hasta que alguien lo destrona, y que si uno quiere jugar con su colega primero tiene que vencer al rey y entonces puede reinar en la mesa hasta que pierda contra alguien.

Santos reprimió un suspiro y apretó las mandíbulas.

—Me dice que cree que lo ha entendido y que una tarde se va a pasar con su colega. Tengo un colega que juega al billar como el

mismísimo Efrén Reyes, dice, es un espectáculo, estupendo, le digo, cuando quieras. Se llama Vargas, dice, cuando venga por aquí se lo comentas, Samuel Vargas, le preguntas tú mismo si es verdad que juega tan bien como Reyes. Le dices que yo voy contándolo por ahí y que ya tengo preparados dos tacos de marfil a estrenar para cuando destronemos al rey de la mesa, ¿me has entendido lo que le tienes que decir a Vargas?, dice.

—Interesante —dijo Santos—. Y tú no lo conocías.

—Pues no. Pero digo yo si no sería ese tío del que me habló Vargas, el tal Cruz.

—Y suponiendo que lo fuera, ¿le hiciste llegar el mensaje a Vargas?

—Sí, le llamé y le dije lo que te acabo de contar, que había un pollo que quería jugar al billar con él y que tenía preparados dos tacos de marfil.

Viruta se levantó y echó a andar hacia la proa de la plataforma. Santos se quedó mirándolo mientras daba vueltas en torno a la escultura. Luego se levantó y fue hacia él.

—Es todo una puta locura —dijo Viruta—. ¿Tú lo ves medio normal?

—¿Lo de la escultura? —preguntó Santos.

—No, no, lo de toda esta peña que va tirando fotos a todo lo que se les cruza por la vista. Te metes en Google, pones lo primero que se te pase por la cabeza y pinchas en imágenes y ahí lo tienes. Mirador del cerro, ahí está, escultura raruna del mirador del cerro, ahí está también, mierdas de perro no recogidas en el mirador del cerro, una galería entera, de todas las texturas y colores. Y luego todos estos tronados que van corriendo a todas partes con la que está cayendo. Estos tíos de tanta salud van a acabar muriendo. ¿Es así o no?

—Es —dijo Santos.

A las seis de la tarde, el eco de una tormenta seca rajaba el cielo. Santos salió de su apartamento confiado en que no rompería. A las seis y media, después de media hora de truenos que redoblaban tras los fogonazos de luz lívida de los relámpagos, una lluvia sucia empezó a caer a mares sobre la ciudad medio vacía. Santos entró empapado en la cafetería Dados, en la esquina de Laguna Negra con Montpellier. Llevaba un ejemplar del ABC debajo de la camiseta.

Detrás de la barra, un camarero de cara aniñada y pelo rasurado con una cresta central, a la moda de los futbolistas, trasladaba con una sola mano vajilla desde el friegaplatos hasta una balda metiendo los pulgares en los vasos vacíos, mientras sostenía en la otra su teléfono móvil.

—Garza —dijo Santos, sentándose a la mesa.

Se quitó las gafas de espejo y cogió varias servilletas de papel para secarse la cara. Garza, con el rostro hundido entre las palmas de las manos, se sujetaba la mandíbula con un atado de hielos envueltos en un pañuelo.

—Santos —respondió sin separar apenas los labios.

—Ya sé que estás de vacaciones, te agradezco que hayas venido. ¿No te vas a ningún sitio?

—Punto primero: no tengo un duro, como creo que ya te expliqué la última vez que nos vimos. Punto segundo, no tengo pueblo. Mis padres tuvieron la brillante idea de que naciera en Madrid, a unos cuatro kilómetros de aquí, y los padres de mis padres fueron igual de espabilados. Tengo un vecino taxista que le hace dieciséis horas

al taxi todos los días, curra como un auténtico cabrón. Pero los padres eran de Arévalo, que así a primera vista no parece el mejor sitio para nacer, y resulta que ahora tiene una casa en la que en agosto puede dormir siete horas seguidas sin ventilador.

Garza se pasó el pañuelo con los hielos al otro lado de su mandíbula.

—Luego tengo otro que trabaja en el tajo. Todos los días sale a las seis de la mañana y vuelve a las ocho de la tarde, y te juro que cuando lo ves llegar a casa te dan ganas de cogerlo en brazos y meterlo tú mismo en la cama. Pero es extremeño, de un sitio tan pequeño que cuesta localizarlo en el mapa. Villamesías, se llama. Ese también se ha ido y se pasará todo septiembre contándome cada vez que me lo cruce en el ascensor lo larga que es la piscina de su pueblo y lo bien que han estado las fiestas este año. Las fiestas de Santo Domingo. Como verás, Villamesías no tiene secretos para mí, gracias al ascensor. En resumen: en el bloque toda la clase obrera va al paraíso menos yo y una familia de dominicanos a la que el pueblo le pilla un poco lejos.

—Bonito panorama —dijo Santos—. Oye, ¿qué coño te ha pasado en la cara?

—¿Tú qué crees? Lanza una hipótesis, lo primero que se te pase por la cabeza.

—La Kardashian del dentista. Necesitaba otro retoque.

—A la primera. En fin, cuéntame para qué estamos aquí; no creo que pueda aguantar mucho, necesito un ibuprofeno de seiscientos como el comer.

—¿Te has enterado de lo que pasó anteayer?

—Soy hombre muerto desde el martes. La sanguijuela esa me arrancó media boca después de dos horas de martirio. Casi podría decir que de autopsia.

Santos abrió el periódico sobre la mesa y leyó:

—«Tres atracadores asaltan con explosivos una sucursal en Getafe. Los hechos sucedieron a las dos y media de la madrugada de ayer en una sucursal de la Caixa situada en la avenida de España de Getafe. Según fuentes de la Jefatura Superior de Policía, los tres individuos encapuchados llegaron hasta la citada localidad madrileña en un vehículo de alta gama previamente sustraído, introdujeron los explosivos en el cajero automático utilizando un procedimiento conocido como «la pala del pizzero» y huyeron a toda velocidad en dirección norte. Se llevaron con ellos a una persona que pernoctaba en el cajero de la entidad, además de un botín cercano a los setenta mil euros. El vehículo fue localizado horas después, completamente calcinado, en la localidad madrileña de Villaverde. Según fuentes policiales, el grupo XXI de la Policía Nacional, especializado en robos con alunizaje, está intentando averiguar la identidad y el paradero del indigente secuestrado por los atracadores».

Santos cerró el periódico.

—Y tú crees que detrás de este carajal puede estar el hijo de la Tata
—dijo Garza.

—Yo creo que hoy por hoy solo hay una gente en todo Madrid que tenga las pelotas suficientes para volar cajeros con explosivos y pasta de sobra para comprarlos, y que esa gente es de la costa brava. Mi nariz me dice que detrás de todo esto está Goyo Maya, y que Maya siempre trabaja con los mismos tíos, la peña con la que se ha criado. Entre ellos, varios de los hijos de la Tata, sí.

—Coño —dijo Garza—, ¿con cuánta gente se ha criado? Yo solo tengo un hermano. Se podría decir que medio, teniendo en cuenta que solo me dirigía la palabra para decirme que le dejara libre el baño. Sigue siendo medio mudo, según me dicen.

—Estos no funcionan así. Aquí hay que incluir los primos, los primos de los primos y los sobrinos hasta el grado quince.

Santos dejó el periódico en el suelo y cruzó los brazos sobre la mesa.

—Mira esto —dijo—: tiene un taller mecánico a nombre de un hijo donde nunca ves más de dos coches, seguramente suyos o de su gente. No le ha cambiado ni el rótulo, lo tiene tal cual lo compró hace la torta de años. Bueno, pues el taller tiene en nómina a seis tíos. Seis tíos que son primos o lo que sea y de los cuales probablemente ninguno sabe distinguir una bujía de un retrovisor. Para no complicarse la vida y por si acaso se deja caer por ahí un inspector, se asegura de que una vez al mes aparezca alguien que solo podría ser el sultán de Brunéi, alguien con un Aston Martin al que de repente hay que operar de urgencia.

Santos levantó la mano para llamar la atención del camarero, que estaba apoyado sobre la barra inmerso en la pantalla de su móvil y comiendo pipas. El camarero escupió la cáscara en el suelo y se acercó con expresión ausente. Llevaba un tatuaje reciente en el cuello, una serpiente que se enroscaba en su carne y le dejaba el cascabel a la altura de la nuez.

—Un doble de cerveza bien frío —dijo Santos—. ¿Tú no tomas nada, Garza?

—Hielo solo.

—Y un vaso bien cargado de hielos.

El camarero asintió y volvió a desaparecer detrás de la barra.

Santos siguió explicando el plan de Goyo Maya para acabar con el desempleo:

—Luego tiene una pastelería en el Puente del tamaño de una cabina de teléfonos, a nombre de la mujer. No hacen nada, me refiero a hornear y esas cosas. Toda la mierda que tienen en el escaparate, dos bambas de nata y una tarta de colores momificada, lo han

pillado en alguna otra pastelería y debe de haber caducado hace unos diez años. ¿Me sigues?

Garza asintió y se arrepintió inmediatamente con un gesto de dolor.

—Para disimular, han puesto allí cuatro paquetes de café de marca, tipo Black Ivory y demás, un molinillo vintage de hierro fundido y una máquina de esas italianas que hacen un café lleno de espuma que te dobla a retortijones con solo olerlo. Allí tiene en nómina a otros cuatro, que por supuesto jamás pisan el local. Y lo mismo: a finales de mes empieza a aparecer por allí gente que se empeña en pagar cantidades astronómicas por merendar.

—¿Averiguaste algo de lo del minero con el Sirio? —preguntó Garza reacomodando los hielos dentro del pañuelo goteante.

—El Sirio ha sufrido una transmutación. Ahora dice que quiere ser artista, o que ya lo es, y que en su nueva condición profesional y espiritual ha dejado de tener contacto con sus hermanos musulmanes de ahí abajo. Había oído algo de lo de Getafe, pero tampoco sabía quién andaba detrás, o eso me dijo. Hablé con otro tío que tiene pinta de saber bastante más de lo que cuenta.

—¿Qué tío?

—Diego Valle, más conocido como Viruta. Trabaja en un pub en Palomeras y estuvo implicado hace ocho años en un vuelco que organizaron los Vargas. Se libró del trullo porque no tenía antecedentes y porque su abogado consiguió venderle al juez que el día del vuelco estaba con su novia en el centro comercial La Gavia cenando hamburguesas y aros de cebolla.

—Y el juez tragó.

—Como un campeón. Testificó la novia y testificó un boliviano que trabajaba en cocinas, así que difícilmente podía haberlos visto comiendo. La tía no era su novia, por supuesto, sino la hermana del

boliviano, que le debía algunas posturas al Viruta o similar. Después de aquello ha logrado que no lo trinquen, y eso que por el pub pasa toda la delincuencia desorganizada de la costa brava.

—Por su estrella Michelin, supongo.

Había dejado de llover. Los edificios, los coches, las marquesinas goteaban ahora el agua contaminada que había llegado del oeste y el sol empezaba a perforar unas nubes cada vez más afiladas y claras.

—Exacto, por la calidad suprema de sus tapas. A lo que iba: este Viruta que te digo es un colgado que tiene una capacidad asombrosa para coger un hilo y no parar hasta que no lo ha desenrollado por completo. Es como esas pesadillas en que estás en una casa buscando la salida y das con una puerta pensando que ahí está el final y resulta que la abres y te encuentras con otra habitación y así todo el rato, puertas y más puertas que dan a habitaciones y más habitaciones, ¿sabes lo que te digo?

—No. Nunca he tenido esa pesadilla. No tengo pesadillas.

—Porque duermes como un bebé de teta.

—No, porque padezco de insomnio.

—No duermes nunca.

—Correcto.

—No duermes ni dos horas al día.

—Así es; a lo sumo dormito.

—Y nunca has tenido una pesadilla dormitando.

—No.

—Bueno, es igual. Habla sin parar. Si en todo lo que me cuenta hubiera un uno por ciento de verdad ya habríamos dejado aquello niquelado, la costa brava sería hoy un paraíso de jóvenes dedicados a desarrollar la inteligencia artificial y de viejos escribiendo sus memorias y haciendo running, y nosotros nos habríamos quedado sin trabajo.

Santos señaló al camarero con el índice varias veces su jarra vacía, pero el chico estaba concentrado en cubrir generosamente su tatuaje con protector solar.

—Este empanado se ha olvidado de mi cerveza —dijo—. La cosa es que, según Viruta, Vargas, que es primo quinto o sexto de Maya, anda buscando a Cruz, y Cruz anda buscando a Vargas. Y lo que yo me pregunto es para qué y por qué utilizan a Viruta de correveidile, y si no serán Goyo Maya y Vargas quienes han organizado el palo de Getafe.

—Y si no será que es Cruz quien se ocupa de conseguirles las palas esas de pizzeria con los explosivos —dijo Garza.

El hostel El Paso estaba pegado a una gasolinera de Cepsa. Hasta la terraza llegaba el estruendo de la depuradora que había detrás de la gasolinera y el rugido intermitente de los camiones que circulaban rumbo al norte. Las mesas de plástico, cortesía de Estrella Galicia, estaban ocupadas por camioneros solitarios, una prostituta con un cliente que le triplicaba la edad y varios borrachos de los pueblos de alrededor para quienes El Paso era el último sitio en el que matar la sed que los consumía.

Cruz inhaló aire, lo retuvo cuatro segundos y lo expulsó lentamente. Repitió el ejercicio tres veces más hasta que el dolor, que había estado agazapado toda la tarde en un punto concreto de su estómago, pareció empañarse.

Fraile llegó pegado a la fachada de la depuradora con una bolsa de basura al hombro. A medio camino se cruzó con la camarera y le pidió algo.

—¿Es que nadie puede tener la deferencia de citarme en un sitio que no me obligue a hacer más kilómetros que Willy Fog? —dijo al llegar a la mesa.

—¿Me las has traído? —preguntó Cruz.

—Te las he traído.

Fraile se sentó, dejó la bolsa a sus pies y se secó el sudor del cuello.

—Cuántas —dijo Cruz.

—Las que me pediste, tres. Eso sí, como ha sido un encargo rápido me han salido un poco más caras.

—Cuánto más.

—Para ti, mil cada una. Y no me llores, que esta vez no hay descuento posible.

—¿Mismo proveedor y misma calidad?

—Mismos.

—De acuerdo.

La camarera, una mulata de carnes saltarinas que respondía al nombre de Isis, se contoneó entre las mesas hasta llegar a ellos. Dejó la bandeja sobre la mesa y se palpó el culo en busca del teléfono.

—Un segundito —pidió.

—Un segundito —dijo Fraile sonriendo a Cruz—, que le ha entrado una puta notificación y si no la verifica de inmediato su vida puede correr peligro.

Pero los ojos amarillos de Cruz estaban examinando lo que había a su alrededor: la península rodeada de carreteras que encerraba el hostel, la gasolinera, la depuradora, una fábrica de piensos y una parcela en la que se apilaban piscinas prefabricadas de distintos tamaños con forma de riñón. En mitad de la parcela se alzaba un anuncio con letras de neón azules: Linqvist S.L. El paraíso de las piscinas. Cuando la parte superior se apagaba, se iluminaban en rojo las letras de la parte inferior: Construcción. Mantenimiento. Productos químicos. Análisis de agua. El resplandor azul y rojo parpadeaba intermitente sobre la superficie de la terraza.

—Ya —dijo Isis.

—¿Todo en orden en Instagram, querida? —preguntó Fraile.

La mulata sonrió, colocó en el centro de la mesa el café y el vaso con hielos que había pedido Fraile y la tónica huérfana de Cruz y se marchó con los mismos andares felinos y pausados con los que había llegado. Fraile echó el café en el vaso y revolvió los hielos con el meñique.

—Perdona que sea tan directo —dijo—, pero hoy llevo un poco de prisa. A las nueve y media tengo que estar en la plaza de toros de Vistalegre. ¿Has traído la pasta?

—He traído dos mil quinientos cincuenta porque creía que me ibas a cobrar lo que me cobraste por las primeras —contestó Cruz.

—Me las encargaste con muy poco tiempo, ya te lo he dicho. Tuve que pedirle a mi contacto que hiciera horas extras para tenerlas a punto para hoy. Me lo ha hecho de favor. Prácticamente se lo tuve que suplicar de rodillas.

—Está bien, no estoy discutiéndote el precio. Solo te digo lo que llevo encima.

—Dame eso que llevas y el domingo que viene paso por el Contreras a por los otros cuatrocientos cincuenta.

Cruz sacó la cartera de la guayabera y extrajo un fajo de billetes.

—Van cincuenta billetes de cincuenta. El domingo, dos en punto, te doy el resto —dijo—. Enséñamelas.

Fraile se agachó y abrió la bolsa de basura.

—Hay cuatro —dijo Cruz.

—La cuarta es para otra gente —respondió Fraile.

—¿Los de La Línea?

—No, otros.

—¿Esos con los que has quedado en Vistalegre?

—Oye, yo entiendo que te pique la curiosidad, es una cosa muy humana. Yo también me pregunto a veces quién coño te encarga a ti estos cacharros y qué hacen con ellos, y a veces, cuando abro el periódico y leo una noticia de sucesos, me pregunto si los protagonistas no serán mis desconocidos clientes, pero me muerdo la lengua porque no es mi problema. Mi problema es hacértelos llegar y que tú me los pagues, ¿me explico?

Fraile se pasó la mano por la mejilla para contener una gota de sudor que bajaba a toda prisa hacia su boca y miró el móvil.

—Treinta y seis grados, joder —dijo—. Siete y cuarto de la tarde y treinta y seis putos grados africanos.

Pero Cruz estaba de nuevo ensimismado, con la mirada extraviada en un pleito de gorriones que se rifaban un trozo de patata frita al pie de la mesa. Cuando volvió en sí, dijo:

—Espera un momento. Tengo que hacer una llamada urgente.

Fraile asintió. Cruz se alejó hacia la gasolinera y buscó el número en su teléfono móvil.

—Santos —dijo cuando descolgaron—. Soy Cruz. ¿Te acuerdas de lo que hablamos? Sí, lo oigo, oigo niños chillando por ahí como si fueran cochinitos y los estuvieran degollando, cuándo resucitará el bendito Herodes. ¿Estás en la piscina? No, si me devuelves la llamada cuando llegues a casa no serviría de nada. ¿Puedes separarte un poco de los críos de los cojones o decirles que paren de hacer la bomba un solo minuto?, no puedo ponerme a gritar aquí en medio de toda la peña. Así mejor. Toma nota: a las nueve y media, plaza de Vistalegre, va a haber un intercambio de dinero por explosivos. ¿Qué coño importa cómo se llama el tío? Seguro que lo podéis averiguar luego. Flaco, muy moreno, pelo engominado, patillas tipo banderillero. Lleva un Ford Focus plateado. No, no sé

qué matrícula. No tengo ni zorra, no me dedico a fijarme en cómo visten los tíos, creo que lleva una camisa azul claro, o tal vez verde claro. Ni idea, a lo mejor son yijadistas, a lo mejor son los de La Línea, a lo mejor es simplemente alguien que quiere morir muy rápido y con mucho ruido. Espero que esto no te parezcan vaguedades. Vale. No te parecen vaguedades, ¿no? Bien. Ya me dirás.

Cruz colgó el teléfono, regresó a la mesa y se sentó. Inhaló, retuvo el aire cuatro segundos y lo expulsó como si se estuviera desinflando poco a poco.

—Joder, sí que te has enrollado, ¿eh? —dijo Fraile—. Espero que por lo menos esté buena.

—Aunque no te lo creas, no es lo que se dice mi tipo.

Una hora después de la llamada de Cruz, Santos aparcó su Audi Sedan negro en la calle Cortada, frente a un supermercado Hipercor y junto a una de las escaleras laterales que daban acceso a la plaza de toros.

El cielo se había llenado de nubes encarnadas, cargadas de polvo que los alisios habían transportado desde el Sáhara. Los bancos de madera y los coches estaban cubiertos por una fina capa rojiza. Los escasos transeúntes que caminaban por la calle cubiertos en sudor parecían bañados por una luz anaranjada como de los primeros años del technicolor. En la acera, dos niñas de unos once años, las dos vestidas con pantalones cortos y camisetas de tirantes, hablaban sin respirar, interrumpiéndose la una a la otra. La niña de la camiseta rosa tenía un pie sobre un patinete y otro en el suelo. La otra llevaba un perro mil leches que tiraba de la correa intentando alcanzar algo que olía en un alcorque, a los pies de una acacia joven que alguien había tratado de enderezar atándola a un tutor con cinta elástica.

Santos miró el navegador del coche y recorrió con el dedo el perímetro de la plaza.

—Podrían aparcar en cualquiera de estos sitios.

Garza estaba observando desde el asiento del acompañante la mole de ladrillo salpicada de ventanas rectangulares y estrechas, los bajos de hormigón ocupados por dependencias de El Corte Inglés y por el gimnasio Alfatit.

—¿Este bodrio es una plaza de toros? —dijo—. Los mejores productos frescos. Gym Club. ¿Es que no podían dejar La Chata

como estaba?, ¿era mucho pedir? ¿Es mucho pedir que se estén quietecitos y dejen de arrasar con todo para levantar adefesios?

—Ya no es solo una plaza de toros. Ahora lo llaman palacio multiusos o algo así.

—Palacio multiusos. Atajo de vándalos, todo lo fagocitan y todo lo corrompen. Pensar que aquí estuvo Sofía Loren. Y Hemingway, y el Che Guevara. Y Orson Welles cuando vino a ver al maestro Bienvenida. Qué podredumbre de mundo.

—Nos centramos, por favor —dijo Santos.

—Nos centramos: no veo ningún Ford Focus.

—Aún no son y media. ¿Puedes ver a los otros?

Garza miró a su alrededor.

—Creo que Pardo está allí —dijo señalando hacia la confluencia con la avenida, en otro de los laterales de la plaza—, es el que tiene las luces de avería puestas. No sé quién va con él. Un tipo muy emperejilado que se parece a Alfonso XIII. ¿Te dice algo?

—Me dice que es Ivancito, Ivancito Sánchez. Hice las prácticas de tiro con él. Si te digo que en los dos meses que coincidimos le dio al muñeco una sola vez y de refilón a lo mejor me estoy pasando. Es un auténtico especialista en mover el agua antes de tiempo y en disparar cuando no tiene que disparar a quien no tiene que disparar.

—Muy tranquilizador —dijo Garza—. Me encanta pasar la noche del sábado contigo.

Fraile había cambiado el Ford Focus por el Toyota en el aparcamiento de Príncipe Pío. Poco después de las nueve, atravesó el puente de la M-30 por encima del río y circuló lentamente por la calle General Ricardos hacia el sur. A las nueve y diez, aparcó en una

bocacalle y se quedó pensando si debía coger o no la bolsa de basura que había metido bajo la alfombrilla del coche. Decidió que corría más riesgos moviéndola que dejándola allí quieta. Cruzó General Ricardos hasta la cafetería Tebas y pidió de nuevo un café con hielo.

La Mercedes Vito negra llegó a la glorieta del Marqués de Vadillo y se detuvo en la parada de taxis, frente a un quiosco de prensa.

—Hora —dijo el hombre rapado de los forúnculos.

—Nueve y diez —dijo el chico al volante.

—¡Eh! —gritó el único taxista que había en la parada asomándose por la ventanilla—. ¿Qué pasa, que no sabemos leer las señales?

El chico le mostró el dedo corazón por el parabrisas. El taxista se agachó en busca de algo, se apeó y se dirigió hacia la Mercedes con una barra antirrobo de acero en la mano derecha.

—Saca ese dedito otra vez, guapo, y te vas a pasar el resto de tu vida haciéndote las pajas con la mano izquierda.

—Me cago en la puta, Miguel —dijo el mayor—, ¿es que cada vez que te cruzas con alguien te entran ganas de jugarte la ingle? Baja tu ventanilla y déjame a mí.

El chico obedeció y el mayor se inclinó sobre el freno de mano y asomó la cabeza.

—Nos vamos en cero coma —dijo.

—Acaban de dar las cero coma. Os vais ya —dijo el taxista.

—¿Es que te molesta mucho, puto menguado? —preguntó el chico—. Eres el único pelas de la fila, no te vamos a quitar la pole position.

El taxista alzó la barra y la estrelló contra la ventanilla trasera de la furgoneta. Se oyó un golpe seco, pero el cristal aguantó. El taxista volvió a levantar la barra. El chico se disponía a abrir la puerta de su lado cuando sonó el móvil de su acompañante.

—Es él —dijo el mayor—. Arranca de una puta vez antes de que nos destroe la furgo y da una vuelta a la glorieta mientras me dice dónde tenemos que ir.

La barra golpeó de nuevo en el centro de la ventanilla y esta vez apareció en ella una estrella que estalló en un cúmulo de diminutas esquirlas de cristal. El chico cerró la ventanilla, volvió a enseñar el dedo corazón al taxista y arrancó.

—Eh, tú, qué pasa —respondió el mayor al teléfono—. Estamos en Marqués de Vadillo. Bien —dijo después de escuchar instrucciones—, a las nueve y media en punto estamos ahí.

Fraile pagó su café y atravesó a paso ligero la calle. Arrancó el coche, salió de nuevo a General Ricardos y se detuvo en el carril bus con el motor encendido. Miró por el espejo retrovisor hasta que vio llegar por detrás la Mercedes Vito. La dejó pasar para cerciorarse de que en la cabina solo estaban los dos hombres con los que había hablado en la estación de tren, metió la marcha y la siguió a unos cincuenta metros de distancia.

A las nueve y veinticinco, Pardo bajó del coche, apoyó un pie en el parachoques y miró a un lado y otro de la calle. Cuando descubrió a Santos y a Garza en la esquina, inclinó levemente la barbilla en señal de reconocimiento y encendió un cigarrillo. Vestido con unos pantalones de chándal oscuros, una camiseta blanca con la lengua roja de los Rolling Stones y una zapatillas Reebok también blancas, su aspecto pasaba completamente desapercibido entre los peatones, si no fuera porque llevaba una chaquetilla que nadie en sus cabales habría sacado del armario el último día de julio y, debajo de ella, en el costado izquierdo, el bulto.

Después de Pardo salió Iván Sánchez. Llevaba todo lo que uno podría ponerse para no pasar inadvertido salvo en una cafetería de la calle Jorge Juan: unas Ray-Ban polarizadas de montura dorada, pantalones chinos claros, camisa de lino rosa palo, mocasines con borla y, para rematar, una pulsera de tela con la bandera de España en la muñeca. El único punto descuidado de su atuendo eran los faldones de la camisa, que no había remetido del todo en los pantalones para camuflar una Glock de nueve milímetros.

—Este tío es tonto por muy temprano que se levante —dijo Santos al verlo—. Llámale y diles que alguno de los dos se dé una vuelta por la paralela, no vaya a ser que el del Focus haya aparcado allí.

Las dos niñas estaban ahora intentando subir al perro al patinete, entre risas y órdenes confusas que el animal no parecía dispuesto a acatar, porque su interés por lo que olía bajo la acacia no había decaído lo más mínimo.

Poco antes de las nueve y media, la Mercedes Vito giró hacia la izquierda para dejar General Ricardos y tomar la avenida de la Plaza de Toros y se detuvo frente al número ocho. Fraile optó por bajar por la calle Cortada y aparcó en el primer hueco libre que vio, justo detrás de un Audi negro. Santos miró por el retrovisor.

—Se nos ha colocado detrás un Toyota —dijo—. No me gusta. Hubiera preferido tener hueco libre por si hay que salir con prisas detrás de alguien.

—Las carreras de coches son mi perdición —dijo Garza.

—Ya, tú hubieras preferido estar en tu casa con las persianas bajadas y los ojos cerrados. Como viviendo en una película de ese que te gusta. ¿Cómo se llamaba? No paraste hasta que me tragué la del viejo que se monta un viaje con la nuera justo antes de palmarla y se pone a recordar toda su infancia. La hostia, qué turra de película.

—Exacto, ese es mi ideal de vida, silencio y oscuridad, pero no me dejan perseguirlo. Bergman, se llama.

—Bergman, eso. Viviendo como en una película de Bergman mientras esperas a que Dios se comuniqué contigo de vez en cuando.

—Estás hiriendo mis delicados sentimientos —dijo Garza.

El móvil de Santos sonó. Era Pardo.

—Me he dado la vuelta entera a la manzana y no hay un Ford Focus por ninguna parte —dijo—, pero tengo a veinte metros de mí una Mercedes Vito negra con dos pavos raros de cojones que además lleva la ventanilla trasera rota.

—No los pierdas de vista —respondió Santos.

A las nueve y media en punto, Fraile avisó a los dos rapados de que solo esperaría cinco minutos más.

—Nosotros ya estamos aquí —respondió el mayor—. ¿Dónde estás aparcado?

Fraile miró por la ventanilla hacia la acera, donde las niñas habían logrado montar al mil leches sobre el patinete y estaban ahora intentando atar la correa al manillar.

—Número siete de la calle Cortada. Voy con un Toyota rojo.

—Vamos para allá.

Santos y Garza vieron a los dos rapados aparecer detrás de la esquina y avanzar hacia ellos. Detrás de los dos hombres, a unos cinco metros de distancia, caminaba Pardo.

Un poco más allá, con el codo izquierdo apoyado en el techo del coche, Iván Sánchez frunció el ceño y se llevó la mano derecha a la

altura de la cadera.

—¿Dónde coño van? —preguntó Garza.

—Eso me gustaría saber a mí —respondió Santos.

Cuando los dos rapados estuvieron a dos árboles de distancia del coche de Santos se oyó el primer tiro, que fue a parar a la cinta elástica. La joven acacia perdió su estabilidad y se inclinó bruscamente hacia la calzada. Las niñas se quedaron mirándola paralizadas. El perro aprovechó el instante de distracción para deshacerse de la correa que lo sujetaba al monopatín y se dirigió al tronco vencido. Los rapados se cubrieron la cabeza con las manos y echaron a correr semiagachados en la dirección contraria a donde creían que procedía la bala. Un segundo disparo pasó a pocos centímetros de la oreja de la niña de la camiseta rosa. Pardo se resguardó en la rampa de entrada a un garaje. Santos y Garza se agazaparon dentro del coche. El tercero le entró por el pecho al perro, que quedó tendido en un charco de sangre a los pies del alcorque.

Fraile decidió que lo más prudente era quedarse quieto y pasar por un damnificado más por los impulsos del sargento Sánchez.

Una rata del tamaño de un gato atraviesa la plaza mal iluminada. El Contreras está hoy cerrado. Hay una hoja pegada con dos trozos de celo sobre el cierre que dice: Por vacaciones. Solo significa que esa noche no abrirán, por cualquier motivo. Las razones de Contreras son imprevisibles. Los horarios del Contreras son imprevisibles.

Cruz quiere llegar a casa, tumbarse en el sofá a oscuras, hacer un par de ejercicios de respiración, tal vez animar a Marina a que vea con él un episodio de esa serie de moda sobre un soldado que ha vuelto trastornado de Irak y una rubia de la CIA que está también medio ida. Mira la hora en su teléfono. Las once y media. Hace ya dos horas y no ha sabido nada de Santos. Decide dar un poco más de tiempo.

Atraviesa la plaza y camina tres manzanas hasta la calle Moreja. Llama al telefonillo y se identifica. Una nube de humo cuelga alrededor de la bombilla pelada. Solo hay un hombre en la habitación al que no ha visto nunca, uno al que los otros llaman Cuervo, fibroso, musculado, del color del cobre. Tiene la cara afilada, la nariz aguileña y el pelo encrespado y oscuro, pero lleva un flequillo teñido de color champán. Engominado, el flequillo se yergue en el aire y parece el pico de un Tucán.

Cruz hace el gesto de tenderle la mano, pero se detiene cuando lo ve inclinar la cabeza a modo de saludo, sin apenas mirarle.

—Este es que es así —le dice Yónatan—. No habla ni para dar las buenas tardes.

A los demás los conoce desde que eran críos: el Chóped, el Pirula, Falete, Yónatan, el Niño Luis. Todos llevan gorra, tatuajes en los

brazos, en el cuello, en el pecho, grandes relojes de pulsera, esclavas y cadenas de oro, anillos de sello del tamaño de una nuez. Todos ocupan algún lugar en el árbol genealógico de Maya, algo también del de Vargas, aunque a veces a mucha distancia del tronco común.

Han puesto un tapete verde sobre la mesa camilla y unos posavasos de cartón con propaganda de Red Bull para los cubalibres, y estrenan baraja. Porque aunque ellos también se conocen desde hace tiempo, nadie se fía de nadie. Cualquiera de ellos sería capaz de liarse a tiros por el otro, de convertir a quien se cruce por el camino de su colega en un colador, pero también de marcar los reyes con tal de ganar la timba no por la guita, sino por el honor, por el renombre, por restregárselo en las narices al otro. El Chóped, además, fue el primer novio que Cruz le conoció a Marina. El Chóped se ha sentado a su mesa. Ha dormido en su casa.

Los naipes van y vienen. Las fichas rojas y azules se amontonan en el centro de la mesa. Hablan del Yamaha Banshee, del Honda Rancher, del Polaris, de los quads de las grandes proezas con los escapes recortados, los que inundan las calles del barrio con sus rugidos, sus frenazos y su olor a goma quemada algunas madrugadas.

—¿No quieres jugar, Isra?

Cruz no se fía de sí mismo. Tiene la pensión recién cobrada en el bolsillo de los pantalones.

—No, gracias —dice—, prefiero miraros.

Está detrás del Pirula, que lleva color. El Pirula se limita a igualar la ciega como si llevase una mano floja. Falete coloca diez fichas rojas en el centro del tapete.

—Solo para que me lo veáis —dice.

—No voy —dice Yónatan.

El Cuervo niega con la cabeza y aparta sus cartas.

En la mesa hay esparcida ceniza, restos de tabaco, polvo blanco, tiras de papel de plata.

—Venga, solo por vértelo —dice el Niño Luis, poniendo también diez fichas rojas.

Yónatan ha abierto un vídeo en el móvil. Se escucha el ruido de un motor acelerando y desacelerando.

—Mira —le dice Yónatan al Cuervo—, esto es un Wazuma. Flípalo. Ahora vas y me dices si puede con él un Banshee, por muy maqueado que lo tengas.

El Cuervo gira la cabeza hacia la pantalla y observa sin decir nada.

El Chóped está mirando al Pirula, con sus cartas boca abajo sobre la mesa.

—Bueno, qué, que es para hoy, hermano —dice el Pirula.

El Chóped juega con sus fichas entre los dedos.

—¿Y cómo está Marina, Isra? —le pregunta a Cruz mientras sigue pasándose las fichas entre el anular y el índice.

—Ahí está.

—A ver si subo un día de estos a verla —dice el Chóped.

—Cuando quieras, ya sabes —dice Cruz.

—Joooooder —dice el Niño Luis.

—Venga, tú —dice el Pirula.

El Chóped coge cuatro de sus seis columnas de fichas y las coloca cuidadosamente en el centro del tapete.

Cruz mira el reloj: la una. Ya no hay que esperar noticias de Santos esta noche.

—Lo que habéis puesto, por cuatro —dice el Chóped.

—Vamos, no me jodas, siempre igual, me tenéis hasta los huevos —dice Falete—. ¿Es que no podemos jugar una mano sin que saquéis los pies del tiesto? No voy.

El Pirula sonrío. El Niño Luis tira sus cartas hacia donde está el mazo.

—Yo tampoco —dice—. Putos fantasmas.

—Cuando veas lo que llevo, hablas, bocachancas —dice el Pirula. Luego, volviéndose al Chóped con media sonrisa—: Por cuatro, ¿eh?

Con mucho teatro, coge todo su montón de fichas y lo acerca hacia el centro.

—*Pues que sea all in* —dice.

—*All in —masculla el Chóped—. All in. Qué tendrá la tarara. ¿Llevará cuatro iguales la tarara?*

—La tarara sí, la tarara no —dice el Niño Luis, riéndose y dando palmas por bulerías.

—No empieces, Luis —dice Yónatan.

—Venga, lo veo —dice el Chóped.

El Pirula despliega su color de diamantes. Se empieza a reír, se frota las manos, levanta el signo de la victoria en las dos manos.

—Vamos que nos vamos —dice.

—Espera, cagaprisas —dice el Chóped.

Y va dando vuelta una a una a sus cartas, dejando primero ver el trío y reservando la pareja para el final.

—Full —dice.

El Pirula se levanta, los ojos relumbrando de ira como brasas, y pega un manotazo en la mesa. Las fichas y la ceniza saltan. El Niño Luis se ríe y canta:

—La tarara sí, la tarara no, ibocachancas, a ver quién es ahora el bocachancas!

El Pirula se va hacia él y Yónatan y Falete lo sujetan. El Niño Luis sigue dando palmas. El quad sigue tomando curvas en el teléfono de Yónatan.

—Pues lo mismo mañana mismo me paso a verla, Isra —dice el Chóped.

—Mañana es domingo —dice Cruz.

—¿Mal día?

—No, no, solo estaba pensando en voz alta.

—Mañana es domingo, sí, y 1 de agosto todo el día —dice el Niño Luis.

—Puedes bajar del coche sin cuidado, lo tengo atado —dijo la voz en la oscuridad.

Cruz vio a Vargas a contraluz bajo el umbral de la nave, descalzo y vestido solo con unas bermudas estampadas. La barriga monumental le nacía justo debajo del pecho y al llegar al ombligo se desplegaba en rollos de carne que caían hasta las ingles.

El rottweiler, fuera de sí, soltaba dentelladas al aire y trataba de zafarse de la cadena de hierro. La estaca de madera a la que estaba amarrado se removi6 en la tierra.

—¿Estás seguro de que este hijo de Satanás no puede soltarse? —preguntó Cruz.

—Y si se suelta lo fulmino, porque nos iba a hacer alb6ndigas a los dos. No me hace ni puto caso. El muy cabronazo solo le guarda el aire a la Tata.

—¿Cómo se llama? Lo digo por si en alg6n momento no me queda más remedio que hablar con él.

—Thor —dijo Vargas.

Cruz sali6 del coche, sac6 una mochila del maletero y aliger6 el paso vigilando de reojo al animal hasta llegar a la puerta.

La nave, construida con bloques de hormig6n y techada de uralita, era un espacio diáfano sin ventanas que olía a leche rancia, a sudor avinagrado, a ropa húmeda y, en un plano más alejado y ligero, como si en alg6n tiempo hubiera servido de almacén de heno, a pajar. En un extremo había dos colchones tirados en el suelo,

separados por una cortina de ducha que colgaba de un perchero. En el otro, junto a una hilera de bombonas de butano, un Campingaz, un fregadero sin conectar con un barreño de cinc dentro, una nevera pequeña y un aparador desvencijado por donde asomaba una vajilla escasa y desigual. Desde la esquina, un televisor enmudecido retransmitía un concurso en el que el equipo de azul trataba de atravesar el plató con una bandeja llena de copas mientras era perseguido por una vaquilla y jaleado por los espectadores.

La Tata y el Niño Luis estaban sentados alrededor de una mesa camilla de contrachapado colocada en el centro de la nave. La Tata, con los pechos vacunos posados encima de la mesa, leía en silencio algo que tenía apuntado en una pequeña libreta, siguiendo las palabras con un movimiento de los labios. El Niño Luis, fino como un poste y de poco más de metro setenta de estatura, la miraba expectante con el móvil en la mano.

—Apunta esto que te voy a decir, niño —dijo la Tata—. Blue Moon Eyes en la primera. Orión en la de las once y media. Hola, Isra.

—Tata, gusto en verte —dijo Cruz, acercándose a la mesa.

—¿Orión? —dijo el Niño Luis—. Está veinte a uno. Se te ha olvidado que Orión hace lo menos año y medio que no gana ni el premio de consolación, desde que se partió la pata en Sanlúcar.

—No se me ha olvidado nada —dijo la Tata—, es lo que me han dicho y es lo que vamos a hacer. Métele doscientos a cada uno.

—Estás completamente loca, mama —dijo el Niño Luis.

—Hablan de caballos —dijo Vargas a Cruz—. Apuestas. Siéntate.

Cruz le entregó la mochila a Vargas.

—Las tres que me pediste —dijo Cruz, sentándose—. ¿Cómo vas, Tata?

—Que se los metas, te digo —dijo la Tata—. Estaría mucho mejor si fatiguitas no se pasara el día enmendándome la plana. Samuel, ponme otra Coca-Cola y más patatas con mejillones.

—No quedan más patatas fritas, madre —dijo Vargas—, te las has comido todas.

—Pues los mejillones. ¿Queda pan?

—Queda.

—Ea, pues con pan.

La Tata estaba más cerca de los sesenta que de los cincuenta. Rondaba los noventa kilos de peso y había pasado por tantas cirugías que era difícil descifrar cómo había sido su rostro original. De tan maquillada, se diría que la acababan de embalsamar.

El Niño Luis miró embelesado los labios gruesos pintados de rojo carmesí, las cejas trabajosamente depiladas, los párpados pulverizados de malva y las largas pestañas postizas, tan cargadas de rímel que parecían alquitranadas.

—Mama —dijo extasiado—. Déjame darte un beso.

La Tata inclinó su mejilla ligeramente hacia él sin apartar la vista de la libreta.

—Con cuidado, no vayas a correrme el maquillaje.

—Mama, mama —imitó Vargas con voz plañidera mientras volvía con el encargo y lo ponía en el centro de la mesa. Luego miró a Cruz—. Mi queridísimo hermano nos ha salido medio maricón, ¿sabes?

—No soy maricón —dijo el Niño Luis.

—Y como buen marica está enamorado de su madre, de nuestra madre —siguió Vargas—. Duerme con ella y todo.

—No soy maricón. Tuve una novia.

—Tuvo una novia, es verdad. Una que lo dejó por un camionero. Figúrate lo desesperadita que estaba de no follar en condiciones que lo plantó y se buscó a un tipo que se pasa la mitad del año currando fuera de casa.

—No fue así. Ella dijo que no se veía viviendo toda su vida en una nave. Y que tampoco le apetecía casarse con una familia al completo.

—¿Eso dijo? Era una buena chica —dijo Vargas—, por eso le dijo lo que le dijo.

—Una mentira piadosa —apuntó Cruz.

—¿A ti quién te ha dado vela en este entierro? —dijo el Niño Luis.

Cruz miró alrededor en busca de algo hacia lo que desviar la vista y terminó fijándola en la única ventana de la nave. La ventana estaba abierta. Dentro del pequeño rectángulo apaisado, una única estrella parpadeaba débilmente en el cielo apenas clareado por la luz amarillosa de la luna.

—Eh, niño, a ver este, Yellow Skies —dijo la Tata, limpiándose con el dorso de la mano un hilo del aceite anaranjado de los mejillones que le empezaba a caer hacia la barbilla—, segundo en la cuarta carrera.

—Pero la realidad es que no soportaba más estar con un impotente —dijo Vargas—. Por eso necesitaba echar de vez en cuando una cana al aire.

—De qué estás hablando —dijo el Niño Luis.

—El único pringado del barrio que no se la tiraba era este melón, nuestra Niña de los Peines, el perejil de todas las salsas.

El Niño Luis bajó la voz y habló muy despacio:

—Nadie se la tiraba. Lo hubiera matado y te voy a matar a ti como sigas hablando así de ella.

—Nadie no se la tiraba, quiere decir. Lo que pasa es que el pasmao este no se enteraba de nada. En su tónica.

—Me entero más de lo que tú piensas, listo.

—Vivía en su mundo de fantasía, con su mama, su guitarrita y su novia mal follada. ¿Te puedes creer, Isra, que estuvo viviendo con nosotros ocho meses y no me acuerdo ni de cómo se llamaba? Tenía un nombre exótico, como esos que se ponen las putas caras que se lo montan con los empresarios de provincias que vienen a hacer negocios a Madrid. Lilly o algo así.

—Bella —corrigió el Niño Luis.

—Eso, Bella, pero dicho Bela, como en francés —le explicó Vargas a Cruz—. Hasta llegaron a anunciarnos la fecha de boda.

—Quería casarse. Me dijo que sí en cuanto se lo propuse.

Vargas sacó un Corona grueso del bolsillo de la camisa, mordió la cabeza del puro y la escupió en el barreño. Luego miró a Cruz, que seguía con los ojos clavados en la estrella.

—Él le compró un vestido blanco de treinta mil euros y ella hizo una lista de regalos con la que podría haber montado un duty free en el aeropuerto y se puso a escribir invitados en un cuaderno hasta que se le acabaron las hojas.

—Lo íbamos a celebrar en Casa Mónico —dijo el Niño Luis, pensativo.

—Toda la realeza de la costa brava estaba invitada a la boda. Pero la verdad es que la chica nunca tuvo la menor intención de casarse.

—¿Ah, no?, ¿y entonces para qué hacía organizando las listas esas?

—Tiempo, hacía tiempo. Estaba siempre despanzurrada en el colchón haciéndose selfis con el móvil con los morritos así y en el momento en el que le sugerías que no cabía un tenedor más en el fregadero o que algún día, para variar, podría cocinarse algo para los que traíamos el dinero a casa le entraba una jaqueca que no podía ni mover los párpados. Siempre según ella.

—Padecía de jaquecas, es verdad. Me acuerdo de que tenía que ir a comprarle unas aspirinas especiales para la cabeza.

—O sea, una parásita que vivía a costa de nosotros sin mover un músculo, ¿sabes? Lo único, los labios, eso sí, para el tema de los selfis.

—Que te den por culo, Samuel.

—Y un buen día, a dos semanas de la boda, aire. Se esfumó. Con todos los regalos, por supuesto, salvo un robot aspirador que supongo no pensaba conectar en su vida. Y con el vestido que pagamos nosotros, la familia, que lo habrá estrenado para casarse con el camionero.

—Que te den.

—¿Queda algo de gazpacho de huevo? —dijo la Tata.

—Con el camionero o con cualquiera que sepa manejar decentemente la tranca y no sea un puto eunuco —dijo Vargas.

El Niño Luis se levantó bruscamente, subió el volumen del televisor al máximo y se sentó en silencio frente a él en una butaca roñosa. La vaquilla seguía persiguiendo a los concursantes. Los gritos del

presentador y las carcajadas del público inundaron la nave de ecos. Vargas se quedó mirándolo un instante mientras se rascaba uno de los rollos de carne. Cruz sacó un clínex y se limpió el sudor de la frente.

—Bueno, al turrón —dijo Vargas—. Las de la semana pasada fueron como la seda, así que el lunes repetimos plan pero en dos sitios distintos, los dos en la milla de oro.

Cruz se volvió hacia él.

—Oye, ¿no es un poco chungo concentrarlo todo en la misma zona? —preguntó—. Si algo se tuerce en el primer sitio vais a tener a la pasma detrás en un pispás.

—Cero riesgos. El primer sitio es una óptica. Está petada de gafas de marca. No nos interesa todo el material, vamos directamente a por las Chopard y las Maybach. Las limpiamos del escaparate y ya. Dos minutos, máximo. Luego nos plantamos en el otro extremo de la milla y repetimos la jugada de Getafe. Hay dos cajeros, uno fuera y otro dentro de la pecera de entrada al banco. Otros tres minutos. En nada y menos estamos volando por el túnel de O'Donnell.

—¿Y la tercera pizza?

—Los Yébenes, el jueves.

Vargas se acercó a la nevera y sacó dos latas de cerveza.

—Brindemos por esas benditas petacas —dijo.

Cruz negó con la cabeza.

—¿Nada? —preguntó Vargas.

—Nada —dijo Cruz.

El gallo de pelea tiene por arma natural su espuela o puya, una estructura cónica formada, a semejanza del cuerno de los toros, por un núcleo óseo rodeado de tejido esponjoso que crece y se desgasta con el tiempo. No obstante, bien porque la espuela original sea demasiado pequeña o presente algún defecto, bien por brindar a los espectadores un espectáculo más excitante, por cruento, es frecuente el recurso a armas postizas.

La espuela postiza puede ser de hueso natural procedente de otro gallo, o fabricarse en carey, plata, resina, diente de lobo, cuerno de venado o espina de pescado, y su elaboración es un trabajo de artesanía fina muy apreciado y cotizado.

Según cuenta Gallino Negro, la intervención de los maestros más virtuosos en este arte, como los recordados Francisco Dorta (Pancho el Músico), Adolfo Santana (el Pichón), Pablo Amador (Pola Vieja), Aureliano Negrín o Asdrúbal Bethencourt, puede suponer una inversión de miles de euros para una gallera. La espuela de plástico ha venido a abaratar este coste.

Mención aparte merece la navaja montada en acero. Si cualquier espuela postiza permite al ave herir más fácilmente a su contrincante y abrevia el combate, en la riña con acero el golpe certero es con frecuencia mortal.

Cuando era joven le decían el Fuet. Luego empezó poco a poco a cargarse de kilos, primero solo en la barriga, más tarde en los brazos y finalmente en la cara, hasta que la nuez le desapareció tras una papada de carne blanda y temblorosa y le empezaron a llamar Chóped.

El Chóped se ha levantado al filo del mediodía en el piso que comparte con su madre. Ha sacado de la nevera una cuña de queso, un trozo de pan seco de la bolsa de tela que cuelga en el tendedero, y luego ha seguido desayunando desordenadamente, dejándose tentar por lo que se le aparece a la vista, una salchicha cocida, un trago de leche, un puñado de cereales. Cuando se sienta, casi saciado, ve en el calendario que hay frente a la mesa que hoy es domingo, 1 de agosto, festividad de san Alfonso María de Ligorio, de san Severo de Aquitania y de san Secundino mártir, entre otros muchos homenajeados que no caben bajo la fecha, y recuerda entonces que ayer le dijo a Cruz que tal vez hoy iría a visitar a Marina.

El Chóped pasa el día en su cuarto jugando al Grand Theft Auto, dormitando, masturbándose y volviendo a dormir, y repite este ciclo varias veces hasta las ocho de la tarde, cuando sale de casa y se dirige hacia la calle Tolosa Latour.

La puerta de entrada está abierta, como si alguien acabara de salir apresuradamente y no hubiera tenido tiempo de cerrarla. En el sofá están sentados Cruz y, sobre el reposacabezas, el gato, que entreabre los ojos de color ámbar y alza ligeramente una oreja al ver entrar al Chóped antes de sumirse de nuevo en su letargo. En la mesa baja hay un plato repleto de colillas, un bote de bicarbonato sódico, una taza con restos secos de café y la revista de una agencia

inmobiliaria que promete vender tu piso en una semana, o financiar el cien por cien de tu compra sin necesidad de nómina ni aval. «Tu primera vivienda por el importe de un alquiler», anuncian entre signos de exclamación las grandes letras azules que cruzan la portada.

Esa mesa es lo único que conserva cierto orden en la casa. El resto es un aquelarre de armarios abiertos, cajones vaciados y ropa, cajas de medicinas, álbumes de fotos, tomos de una vieja revista de toros encuadernada y cintas de vídeo tiradas por todas las habitaciones. Hasta ha arrancado de cuajo la estufa del baño y arrojado uno a uno los platos y los vasos al suelo para comprobar lo que se escondía en el fondo.

Pero de Marina no hay rastro.

—¿Estás haciendo mudanza, Isra, o es que acaba de pasar por aquí una manada de ñus? —pregunta el Chóped.

Cruz se encoge de hombros y dice con media voz:

—Esto es lo que hay.

El Chóped empieza a recoger todo lo desparramado por el suelo mientras sigue hablándole. Pero, aunque Cruz sigue sus movimientos con la mirada, no capta más que palabras sueltas. De pronto se ha acordado de don Emilio, en cuarto de EGB, colegio Zumalacárregui, hoy Jaime Vera, gramos, voluntad, salir de la cama, el dolor merodeando en algún punto alrededor del ombligo, como un animal mal enterrado que estuviese removiendo las zarpas ahí dentro para salir a respirar a la superficie, don Emilio iba para cura y se salió del seminario, rehabilitación, dinero, hacer vida normal, préstamo, les hablaba del árbol del bien y del mal, de la serpiente y la manzana, de la expulsión del jardín, Proyecto Hombre, sin intereses, vida ordenada, que nadie se piense que en el jardín había solo dos árboles, había higueras, olivos, palmeras, granados, por eso dice Dios de todo árbol del jardín comerás, Génesis 2, porque por todos

lados había árboles, tratamiento, viejos tiempos, afecto, imagínense que tenía cuatro ríos, cuatro, el Pisón, el Hidekel, el Guijón, el Perat, con sus correspondientes vegas, dos meses nada más, nueva, como nueva, limpia, luego se trata solo de mantenerlo, y seguramente es una mala traducción, seguramente no era un manzano, sino una higuera, el árbol de la vida sí, eso lo entendía, si eres inmortal te conviertes en Dios, el animal se retuerce y Cruz quiere alcanzar el bicarbonato, pero el árbol se interpone como una transparencia entre sus ojos y lo que lo rodea, la mesa, la salita de estar, el cuerpo seboso del Chóped agachándose sobre las cosas tiradas en el suelo, el árbol del bien y del mal, eso es lo que nunca logró entender, rehabilitación, voluntad, limpia, cómo es posible que el mal estuviera ahí mismo pero no lo conocieran, no lo conocieron hasta que no se comieron la manzana, o el higo.

—¿Me estás escuchando, Isra? —pregunta el Chóped.

Cruz levanta los ojos hacia él y asiente.

—Yo me ocupo —dice el Chóped—. Hablo con ella. Conozco a gente en ese centro. Yo me encargo de la cosa.

Y cuando me lo puedas devolver, me lo devuelves.

Viruta tampoco tenía ese día nada importante que contar, algo de lo que dependiese la vida de nadie.

—Así que estamos aquí por el gusto de vernos —dijo Santos.

—Bueno, me dijiste que estabas interesado en los jugadores de dardos y tengo algún dato de ellos. No sé si te aportará algo, pero por mí que no quede.

Estaban sentados en un banco frente a un estanco y una administración de lotería, en la acera de los pares de los números altos de Alcalá, contemplando el ajetreo de clientes que entraban y salían de los dos locales. Eran las siete de la tarde y el termómetro digital de la puerta del estanco marcaba treinta y cuatro grados.

—Esta esquina —dijo Viruta— es una puta mina de diamantes. Estos tíos se levantan al mes seis mil pavos sin despeinarse, con solo pronunciar las palabras mágicas qué desea, son equis euros y pase usted un buen día. ¿Tú sabes la de peña que pasa por aquí entre las nueve de la mañana y las ocho de la tarde?

Resguardado tras las gafas de espejo, Santos miró con aprensión el desfile de pieles escamosas, carnes convertidas en pellejos colgantes y piernas llenas de varices.

—Primero van a comprar la lotería del tabaco porque están desesperados y todo les importa una mierda, las campañas de Sanidad y las broncas del médico del ambulatorio y los avisos de las cajetillas anunciándote que te va a salir una coliflor negra en la garganta del tamaño de una pelota de tenis, y según salen se meten

al local de al lado a echar la otra, la Bonoloto o el Euromillón, a ver si así pueden vivir por fin tranquilos y superar lo del tabaco.

Santos suspiró. Ese día no tenía previsto pagarle nada a Viruta, y sin embargo ahí estaba, soportando sus delirios.

—Si te fijas, los ricos ya no fuman, si acaso un Partagás en las ocasiones especiales. Y además están delgados. ¿Has visto la cantidad de gordos que han entrado ahí dentro en el tiempo que llevamos aquí?

—Llevamos un minuto aquí, Viruta.

—Bien, sí. Pero hay una cosa que se llama extrapolar.

Por un momento, ambos se quedaron observando, como para comprobar las tesis de Viruta sobre los índices de adicción, ludopatía y obesidad en el barrio, a los clientes que desaparecían tras las puertas del estanco y de la administración de lotería.

—Algo así me tendría que haber pillado yo —dijo Viruta—. Si todas las horas que le he echado a trabajar para el chino en El Marcapasos las hubiera invertido en currarme un local de estos, ahora mismo sería multimillonario. De hecho, habría trabajado dos o tres años y luego, con la cosa ya encarrilada, habría contratado a un par de empleados. Yo los llamaría una vez a la semana desde un chiringuito en el Pedregalejo para ver qué tal ha ido la facturación y darles todos los ánimos.

—No te jode —contestó Santos—. La cosa está en cómo te las habrías apañado para reunir el dinero con el que pillar el local. Un traspaso de estos no baja de doscientos mil pavos.

—Pues ahora que estamos tranquilamente sentados y en confianza, te lo voy a decir: pegando un buen palo. Tuve una ocasión de oro y la desperdicié como buen gilipollas que soy, porque en lugar de estar razonando sobre mi futuro laboral y vital me pasé de los quince a los

veinticinco tacos probando todas las variedades de hachís que existen entre el Rif y Alhucemas.

Una anciana vestida con una bata de guatiné y unas zapatillas de estar por casa se acercó al banco y ató a la pata un gozque pequeño y deforme al que solo se le veía la hilera de los dientes de abajo.

—No se preocupen. Aunque lo vean así, es un ángel —dijo.

El ángel prognato les dirigió una mirada velada por las cataratas y emitió un largo gruñido. Cuando la mujer desapareció dentro de la administración de lotería, Viruta lo desplazó con el pie hacia la otra esquina del banco.

—Así es la cosa, tío —siguió—: de joven, cuando estás como un gorila y tienes el cerebro como un chicle, no sabes distinguir un cuadrado de un rombo, y cuando ya empiezas a percibir las diferencias y podrías empezar a exprimir tus conocimientos, se te ha atrofiado el cacumen y vas derecho al hoyo. Mira, en cambio, los rumanos aquellos.

—Qué rumanos, Viruta, por Dios.

—Los del palo que te digo, joder. Se levantaron un camión lleno de perfumes en una gasolinera de Alcalá de Henares y se llevaron cuatrocientas mil por barba. Pesetas, ¿eh?, de 1998. Eso era un porrón de pasta; con cuatrocientas mil pelas te pillabas entonces un piso guapo. Con ascensor y todo. Uno se volvió a su país y no se ha vuelto a meter en la ducha a las siete de la mañana en su puta vida. Y el Florin se quedó aquí, sacó a una puta del Flowers ese de la carretera de La Coruña, la convirtió en su señora y se puso a invertir en diversos negocios.

—¿Qué negocios?

—De eso, si no te importa, prefiero no hablar.

—Okey —dijo Santos.

Se quitó las gafas de espejo, las limpió en el borde de su camiseta y se las volvió a poner:

—Hablemos de los dardistas.

—Los dardistas.

—Los de la diana.

Viruta se reacomodó en el banco y comenzó a liarse un pitillo.

—Hay un dardista, como tú los llamas, que tiene una tienda de esas donde venden sartenes, ventiladores, radiadores eléctricos y cosas por el estilo. Rabanal, se llama.

—Él.

—Él y la ferretería. En realidad, se tira todo el día metido en esa ratonera de ocho a ocho para no vender una poca mierda, porque todo lo que tiene lo venden los chinos a mitad de precio. Luego lo tienes que tirar a la basura a los dos meses porque te quedas con el asa en la mano o te peta el motor. Pero, claro, por lo que te pide Rabanal te puedes comprar veinticinco en los chinos. En resumen, sustituimos calidad por cantidad. Es la fase salvaje del capitalismo de la que hablaba Marx, creo.

Santos suspiró.

—¿Ya estamos con las prisas de los cojones? —dijo Viruta—. «Informante» viene de «informar», ¿sabes?, y es exactamente lo que estoy haciendo.

Viruta encendió el pitillo y cruzó una pierna sobre otra.

—Total, que el lunes Rabanal llegó a eso de las cuatro al pub. No me preguntes qué había hecho desde que cerró la tienda a mediodía,

pero venía con una curda fenomenal. Y, como no había nadie, se me vino a la barra a darme la matraca y contarme lo mal que le va el negocio, que si un día de estos va a tener que cerrar, que si su mujer se ha marchado a cabo de Palos con la hija y el yerno, que si vive como el marajá de Kapurtala mientras él sigue vendiendo bombillas de cuarenta vatios para pagarle la pensión..., el rollo clásico de divorciado, vaya. Y de repente me pregunta si conozco a Israel Cruz. Le digo que no mucho, que estuvo el otro día en el pub y le tuve que contar cómo funciona lo de los turnos del billar y tal, pero que no es un habitual.

Santos disimuló su interés y Viruta fingió no darse cuenta.

—Así que me dice: ese gitano anda metido en algo que le está rentando, porque siempre anda a la cuarta pregunta y el otro día entró en la tienda y se largó con medio almacén. Yo creo que no vendía tanto en una sola tarde desde los años ochenta, me dice, me sentí como los Almacenes Madrid-París. ¿Tú llegaste a conocer los Madrid-París?, me dice. No, le digo, yo ya nací en el siglo veinte, ¿qué es eso?

—Si no te importa —dijo Santos—, haz un paréntesis sobre los almacenes esos y me lo cuentas otro día que vayamos con más tiempo y estemos por debajo de los treinta y cinco grados.

—Bien, para que entiendas las cosas como son, a mí esos almacenes me la sudan completamente, ¿eh?, solo le estaba dando cuerda porque sé que te interesa el sujeto en cuestión. En definitiva, que el tal Cruz se llevó género como para montar de cero una casa. Vasos de agua, copas para vino, cubiertos, perchas, una estufita de esas que se cuelgan en el baño y más cosas que no me acuerdo, que según él se le habían roto todas a la vez la semana pasada. Total, más de doscientos euros.

El móvil de Santos comenzó a sonar. Lo sacó del bolsillo y lo silenció.

—¿Has oído alguna vez lo de la familia al rescate?

—dijo—. Pues lo mío es la familia al ataque. Sigue.

—Eso te pasa por meterla sin calcular ni razonar —dijo Viruta—. Bueno, pues en esas estamos cuando entra por fin uno de los que juega con el Rabanal, y yo pienso, gracias, Señor, por esta intervención providencial. Porque aunque sigo con el oído pegado por ti, tengo otras cosas bastante más urgentes que hacer, ¿sabes?, como poner las banderillas en sus bandejas y cuajar las tortillas y un huevo más de cosas que tienen que estar listas antes de que empiece a llegar la peña.

—¿Hemos acabado? —preguntó Santos.

—Por el momento, sí.

—Mira, Viruta, todo esto nos lo podríamos haber ahorrado si, cuando nos sentamos en este puto banco hace quince minutos, me hubieras dicho simplemente: «Me ha llegado que Cruz se dejó doscientos euros en vajilla, a pesar de que todo el mundo sabe que está más tieso que la mojama». Así, en una frase sencilla que se pronuncia en diez segundos.

—A ver si lo comprendo bien: yo pierdo tres cuartos de hora de mi intensa jornada de trabajo escuchando a una ruina de ser humano hablarme de cosas que ni me van ni me vienen para tenerte a ti al día, o sea, por mi sentido de la responsabilidad, y tú lo que pretendes es que yo te resuma una información densa de cojones en diez segundos. Es eso, ¿no?

—Lo has clavado.

—Estupendo.

—Ahora —dijo Santos—, lo que me gustaría es que estuvieses un poco al loro para ver de dónde ha sacado la pasta Cruz.

—Claro, a sus órdenes, general Patton —dijo Viruta—. Sabes quién era Patton, ¿no?

De las calles negras de la costa brava surgieron dos coches con los cristales tintados, la carrocería impoluta, las lunas resplandecientes y las llantas con olor a caucho recién salido del almacén. Bajo las farolas rotas, entre bolsas de basura y muebles desechados en las esquinas, ante la mirada curiosa de los habitantes desvelados por el calor que se asomaban al balcón en busca de una bocanada de aire, dejaron atrás el reino de la sombra y se dirigieron hacia el norte, hacia la zona patricia de la ciudad. En cada coche viajaban dos hombres que se habían desprendido de sus gorras y de sus oros y habían cubierto sus tatuajes con camisas de manga larga abrochadas hasta el cuello.

Eran las dos de la madrugada.

Los dos coches atravesaron despacio las calles nobles entre edificios con pasos de carruaje y portería en los bajos, entre pisos donde se hablaba de castas, variedades de uva y mejores añadas, de bolas embocadas, approaches y backswings, de esloras, derivas y precios de los amarres. Pero ahora, todos esos pisos en los que los hombres de los coches se iban fijando mientras avanzaban estaban a oscuras y vacíos, y sus moradores en Menorca, fondeados en un velero, o tal vez en Sotogrande, caminando por una pradera con una bolsa de palos de golf al hombro. El conductor del Tesla entró en la calle Castelló desde Hermosilla y se detuvo a tres metros de la esquina con el motor al ralentí.

Cuando vio al Megane RS ocupar el paso de cebra y taponar la entrada a la calle, el Tesla avanzó despacio media manzana, frenó y apagó las luces.

El conductor del Tesla y su acompañante bajaron del coche y abrieron el maletero. Los hombres del Megane cruzado en la esquina vieron a las dos sombras hablar animadamente, reírse, rebuscar algo en el maletero, seguir charlando, volver a reír.

—Pero ¿qué cojones hacen, están contándose chistes o qué? —dijo nervioso el copiloto del Megane—. Como sigamos aquí parados, alguien nos va a pintar un bonito retrato.

—Cálmate un poco, ¿quieres? —dijo el conductor—. Mira, parece que ya espabilan.

Las dos sombras se bajaron las bragas hasta el cuello y se calzaron en las manos unos finos guantes de plástico. Luego, sacaron del maletero una maza, una ganzúa y varios sacos de rafia vacíos y se acercaron a la acera. El más alto empezó a golpear el escaparate de la óptica Vetulonia sujetando la maza con las dos manos, mientras el otro lo observaba con la ganzúa preparada. Cuando la maza rebotó por cuarta vez sobre el cristal con un sonido sordo, el hombre que la manejaba intercambió el instrumento con el de la ganzúa. Este dio un paso atrás para concentrar toda la potencia en sus músculos y descargó su peso sobre el escaparate. Una sola embestida bastó para abrir un agujero desde el que el resto del cristal empezó a desprenderse como nieve, a pequeños golpes con el revés de la maza, hasta dejar un hueco por el que los hombres empezaron a sacar la mercancía y llenar los sacos.

—El Chóped es lo que tiene —dijo el copiloto del Megane—. Cuando se pone es una bestia parda.

—Ya. Solo tiene un pequeño problema: necesita que alguien piense por él —respondió el conductor.

Las dos sombras metieron los sacos cargados y las herramientas en el maletero y el hombre grueso se volvió y levantó el dedo pulgar hacia el Megane. En ese momento, la alarma saltó y llenó la calle de un aullido estridente que empezó a propagarse en olas.

—Tira millas —dijo el hombre grueso, entrando en el coche—, los maderos están aquí en un minuto.

Los dos coches bajaron hasta la calle Serrano y dejaron atrás Goya. Antes de entrar por Jorge Juan, el Megane se puso por delante del Tesla.

—Ahora ellos cierran la calle y bajamos nosotros —dijo el conductor del Megane.

—Sí, sí, lo sé —dijo el copiloto, agitado.

—Oye, ¿qué coño te pasa? ¿Por qué estás como una mariposita? ¿Lo sabes o no lo sabes?

—¿Qué van a hacer los maderos cuando lleguen a Castelló?

—Van a oler nuestro rastro, Luis. Los nacionales van a soltar por la ciudad a ciento ochenta san hubertos que van a olisquear la fragancia de frutos del bosque que te pones en los huevos y las orejas y nos van a pillar con los pantalones por las rodillas cuando estemos en Hermanos Capri.

—Yo no pienso ir a Hermanos Capri.

—Para lo que ibas a hacer allí, mejor que no vayas. Te puedes quedar con la mama jugando a la escoba, es mucho más excitante. ¿Sabes sumar hasta quince? Pilla la pizza.

—Los san hubertos tienen el mejor olfato del mundo después de los basset hound —dijo el copiloto—, lo leí en una enciclopedia canina. Pueden seguir un rastro hasta quince días seguidos sin descansar y tienen más de trescientos millones de células receptoras en el hocico, setenta millones más que cualquier otro perro. Que no sea un sabueso, claro.

—Estupendo —dijo el conductor—. ¿Algo más que me quede por saber de ellos? ¿Alzada a la cruz? ¿Mordida en tijera, en pinza? ¿Displasia de cadera? Saca la jodida pizza.

—¿Dónde está?

—Donde la has puesto hace treinta minutos: debajo de tus putos pies.

El copiloto se agachó, cogió la petaca por la varilla y se la puso sobre los muslos. El Megane se internó por Jorge Juan y el Tesla que lo seguía se detuvo en el cruce adoquinado de la calle Lagasca. El Megane siguió avanzando unos metros por Jorge Juan hasta llegar al número diecinueve, donde estaba el cajero de Cajamar.

Eder Amarilla y Dylan Cedeño habían llegado a las cuatro del mediodía en el Seat Ibiza de Eder a las obras del mercado del Alto de Extremadura. Con la pequeña bolsa de deportes al hombro, atravesaron la explanada esquivando las retroexcavadoras y los volquetes que se movían de un lado a otro abriendo zanjas y trasladando escombros, trozos de tuberías viejas y mallas de hierro retorcidas hasta los contenedores. En el aire lleno de ruido metálico, de las conversaciones apagadas de los hombres que acababan el turno o lo empezaban, de las máquinas en constante movimiento, había algo de campo de batalla.

Las cuadrillas se habían dividido en tres, una por cada planta del mercado. A ellos les habían asignado el sótano, donde se estaba construyendo una cámara de sebos y una trituradora de residuos. Eder y Dylan trabajaron en silencio y, a las doce de la noche, se cambiaron de ropa y bajaron en el coche hasta la Puerta del Ángel.

En el Rincón Latino pidieron dos canelazos y se los bebieron en silencio. Cuando acabaron, calcularon cuánto faltaba para que pudieran ocupar su turno en el piso alquilado por horas y pidieron otros dos canelazos y, a los diez minutos, dos más. A la una de la madrugada, cambiaron de acera y se apostaron en la barra de la

Perla Ecuatoriana. Bebieron dos anisados y, a los quince minutos, otros dos.

A la una y media, montaron de nuevo en el coche. Dylan apoyó la nuca en el reposacabezas con los ojos cerrados y empezó a tararear una canción. Eder condujo, al comienzo sin rumbo y luego intentando callejear hacia el norte, hacia el barrio de Hortaleza donde les esperaba el piso, pero el efecto de los anisados lo llevó hasta el barrio de Salamanca. «Empeñado el sombrerito, me voy volviendo», canturreaba Dylan, «y a la capital yo vuelvo por tu cariño».

A las dos y diez, Eder se metió en sentido contrario por Jorge Juan y frenó cuando encontró de frente un Megane.

—Pero ¿qué pollas hacen estos colgados? —preguntó el conductor del Megane.

—Van a ser poligomas de paisano —dijo el copiloto, nervioso.

—¿En un Seat Ibiza de cuando los juegos olímpicos de Cobi? —contestó el conductor mientras abría su puerta.

—Dylan, la Policía —dijo Eder.

—«Porque chagra soy y de los buenos, pero estando en esta tierra quiteño soy» —murmuró Dylan sin abrir los ojos.

El conductor del Megane se puso la braga y caminó hacia el Seat Ibiza.

—Dylan —repitió Eder—, no son policías, son atracadores. Vienen a por nosotros.

—Pues y eso cómo va a ser, si aún no hemos cobrado —dijo Dylan a punto de quedarse dormido.

Eder maniobró con la palanca de cambios, pero la neblina de la cogorza aún no se había disipado y, en lugar de dar marcha atrás para huir, metió la primera y aceleró. El Seat Ibiza saltó los dos metros que lo separaban del Megane y se topó con su parachoques. Una explosión sorda y breve hizo temblar al Megane. La aleta derecha cayó en la calzada y entre el motor y la rueda empezó a salir un humo blanco que olía a fruta y a amoníaco. A lo lejos, se escucharon las primeras sirenas de los coches de Policía.

El conductor del Megane volvió rápidamente al coche, se quitó la braga y recorrió la calle marcha atrás a toda velocidad hasta llegar a Lagasca.

—¡Putos panchitos! —dijo—. Vámonos de aquí echando mistos.

—Mi mano —dijo el copiloto, extendiendo la mano izquierda y mirándola como si no fuese suya.

El Tesla se unió a la fuga y los dos coches relucientes circularon a toda velocidad hasta O'Donnell para tomar el túnel y regresar al sur de la ciudad.

—¿Qué le pasa ahora a tu mano? —dijo el conductor.

—Me ha rebanado el meñique —dijo el copiloto.

Cruz bebía un agua con gas en El Brillante de la calle Atocha y observaba la puerta de cristal del local. Estaba sentado al fondo, junto al pasillo de los servicios, de donde de vez en cuando llegaba una tufarada mezcla de desinfectante y orín. Eran las cuatro de la tarde y en la glorieta solo había grupos dispersos de turistas que arrastraban sus maletas de ruedas a la salida de la estación y una pareja de policías a caballo que se dirigía al paso hacia la parada de taxis. Los caballos iban dejando un reguero de plastas que se secaban nada más posarse sobre el asfalto ardiente.

El bar, en cambio, estaba lleno de gente que había corrido a refugiarse bajo el chorro de aire acondicionado. Las conversaciones se cruzaban de una mesa a otra y de un taburete a otro, y las palabras de unos cabalgaban sobre las de los demás y se confundían con el ruido de las sillas arrastradas, los cubiertos que escarbaban en el fondo del plato, el estruendo de las cacerolas, las risotadas, las comandas cantadas a gritos por los camareros.

Cruz se apretó las sienes con los dedos y cerró los ojos para intentar detener las punzadas que amenazaban con convertirse en jaqueca. Luego, sacó el bicarbonato de su riñonera y esparció un puñado sobre una servilleta.

Santos entró en el local, pidió en la barra una cerveza helada y vio la mano levantada al fondo. Cuando se la sirvieron, se abrió camino entre la multitud por el suelo de terrazo cubierto de palillos de dientes y servilletas de papel hasta llegar a la mesa.

—Aquí estoy —dijo, sentándose.

—Estuve esperando toda la noche del sábado a que llamaras —dijo Cruz mirando a las gafas de espejo—. Y luego todo el puto domingo y todo el puto lunes.

—La cosa no salió como esperábamos —contestaron las gafas de espejo.

—¿A qué te refieres?

—El tipo que me dijiste no apareció por allí. Se presentaron otros dos, unos bigardos con pintas de gorilas de discoteca que parecían andar buscando a alguien. Pero del tal alguien, suponiendo que fuese el que buscábamos, ni rastro. Oye, ¿qué coño es eso que te estás metiendo? ¿No podrías esperar a que yo no esté delante?

—Es bicarbonato, joder. ¿Tú has visto a alguien metiéndose nieve por la boca? ¿Qué otros? ¿Eran los moriscos?

Santos negó con la cabeza.

—Españoles de la cepa más pura. De esos a los que les gustaría tener un arcabuz o una ballesta y alistarse en los tercios de Flandes, de haber nacido en la época correcta.

—Y os los dejasteis ir, como si lo viera.

—No. Los trincamos y nos los llevamos a comisaría, pero no hubo forma de sacarles a quién esperaban. Según ellos, a nadie. Nos dijeron que se les había antojado ir a Carabanchel a darse un garbeo y que luego tenían previsto ir a la discoteca Kapital. Que era lo que hacían todos los sábados. Lo de la Kapital, no lo de dar vueltas por Carabanchel. —Santos se bebió media jarra de cerveza de un trago y se secó la boca con el dorso de la mano—. Que podíamos preguntar a los porteros de la Kapital, si queríamos salir de dudas. De ahí no los sacamos.

—Deberías haberlos apretado.

—Oye, ¿te crees que no lo hice? Les leí hasta las multas de aparcamiento que tenían pendientes y me saqué de la manga unas cuantas denuncias por tenencia de armas blancas y desórdenes públicos. Ni por esas. Luego me encerré media hora a solas con el mayor, pero no le hice sudar ni gota y él a mí sí. Un hueso de narices, correoso como su puta madre. Al final lo dejé por imposible y probé a dejar cascar al más jovencito, que parecía como más explosivo.

Santos giró su gorra hasta dejar la visera encima de su nuca y cruzó los brazos. Parecía aburrido y con prisas, o las dos cosas.

—¿Y?

—Que cascó de cojones. Se puso a rajar como un lunático de un tal Álvar Fáñez, de un Al-Mutamín, de los infantes de no sé qué y de la batalla de Golpejera.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Cruz.

—Un pequeño revés en la vida del Cid Campeador que por lo visto aún los tiene atormentados. Y de ahí pasamos a las murallas de Zamora, a la herencia de doña Urraca y a la traición cometida por un tal Vellido Belfos o Bolfos o Dolfos.

—No tengo ni puta idea de lo que me estás hablando.

—Ni yo, porque no quise entrar en los detalles. Solo sé que parecen tener una pequeña fijación con la Edad Media, década más, década menos. Y con los menas. Están convencidos de que los menas están a punto de tomar la Alhambra.

—Joder.

—Ya. Los soltamos por agotamiento.

—¿Y ahora qué?

—¿Cómo que ahora qué?

Cruz clavó los ojos en las gafas de espejo y vio reflejada en ellas su cara verdosa, salpicada de manchas marrones a la altura de los pómulos.

—Yo he cumplido con mi parte. Querías algo concreto y te lo he dado, ¿no? Esos tíos iban a pillar pólvora. Y debían de llevar la pasta encima.

—Llevaban quinientos pavos encima, sí. Y qué. Era sábado, se iban de marcha. Es mucho más fácil de lo que te crees gastarse quinientos pavos entre dos en una noche de marcha, ¿sabes? Cuarenta euros para las entradas, un poco de alpiste, un poco de cristal, unas rayas y unas pibas y ya no tienes ni para pillar el búho de vuelta a casa. En este país, por ahora, no puedes meter a un tío en el calabozo porque lleve pasta en el bolsillo.

—¿Me estás diciendo que lo que te he pasado no sirve de nada?

—Te estoy diciendo —respondieron las gafas de espejo— que allí no apareció ningún Focus ni ningún banderillero con explosivos y que, una vez más, tu soplo no nos ha llevado a ningún sitio interesante. A lo mejor es que te has pasado de fantasías esta vez.

—De cuál fantasía hablas.

—De cuál. De la del minero, la pólvora, las collas y su puta madre.

—No es ninguna fantasía.

—Tendrás que esforzarte un poco más para que me lo crea.

—Eres un capullo, Santos.

—No eres el primero que me lo dices hoy, mi mujer se te ha adelantado. ¿Has oído algo del sarao de anoche?

—De qué sarao.

—Barrio de Salamanca. Robaron en una óptica y unas calles más allá estalló un coche. ¿Te dice algo? Es raro que estalle un coche así como así, ¿no?

—Depende de dónde.

—Claro, no estoy pensando en Kabul o en Culiacán, sino aquí mismo, en pleno centro de Madrid.

Santos apuró la jarra de cerveza, dejó un billete de cinco euros encima de la mesa y se levantó.

—Me voy —dijo—. Juega el Madrid. Poca cosa, un torneíto de verano. Si no hay novedades en el frente, no te molestes en llamarme.

Goyo Maya, pantalones de pinza negros con la raya marcada como a cuchillo, camisa negra y mocasines negros, se había bebido un whisky de dos tragos en silencio mientras los otros dos hombres lo miraban. Rondaba los sesenta años, pero el alcohol, el pulso en las calles y las temporadas en la cárcel le habían echado al cuerpo algunos más. Se encorvó sobre la barra para alcanzar el segundo vaso de whisky y los omoplatos afloraron como las alas de un grifo, la carne del cuello se replegó tras la clavícula, y donde esa poca carne estaba surgieron dos bolsas de pellejo. Era puro hueso roído por la artrosis, que formaba en sus manos ángulos extraños.

Bebió de un solo trago el segundo whisky y se volvió hacia los hermanos.

—Bueno, Luis, qué me dices.

—Yo no toqué la pizza —contestó el Niño Luis—. La tenía encima de las piernas. ¿Pensáis que soy gilipollas?

Estaban en la penumbra del Tréboles y Maya había pedido a Wang que no dejase pasar a nadie al salón de apuestas hasta que acabasen de hablar. Allí dentro siempre era de noche. Afuera, el sol caía vertical como una bomba de calor sobre Madrid.

—Estalló ella solita —dijo Samuel Vargas—, como un globo.

—Pareces muy seguro, Luis —dijo Maya.

—Pues así se formó el universo, lo vi en un documental de La 2 —dijo el Niño Luis—. Una galaxia, un agujero negro o algo por el estilo se desintegró o lo que sea y de ahí se empezaron a formar los planetas. Nada que ver con eso que cuenta el pastor, eso de que

primero fueron la luz y las tinieblas, y luego el cielo, los animales y demás hasta llegar a nosotros. Y no fue en siete días ni en uno, sino en un instante, así.

El Niño Luis chasqueó los dedos.

—Virgen santa —dijo Vargas.

—Di, ¿estás seguro? —volvió a preguntar Maya.

—Bastante seguro, sí —dijo el Niño Luis—. Decidme una cosa, se torció algo en Getafe, ¿eh? ¿Estalló también sola la pizza en Getafe, o la accioné en el momento adecuado?

—En el momento adecuado gracias a que estábamos a dos centímetros de ti y te dijimos cuándo tenías que apretar el botón con el dedito —dijo Vargas—. Esa fue toda tu participación en el asunto, pedazo de subnormal, poner el dedito cuando te lo dijimos.

Maya miró a los dos hermanos y dejó escapar un breve eructo.

—Si la cacharra esa estaba defectuosa —dijo—, no podemos utilizar la otra en Los Yébenes.

—La cacharra es clavada a la que utilizamos en Getafe —respondió Vargas—. El problema es que cuando yo salí del coche para tratar con los panchitos de los cojones que venían por prohibida, al mariquita de mi hermano le entró el pánico y se le fue la mano.

—En apariencia —dijo el Niño Luis.

—¿Eh? —preguntó Maya.

—Que se parece a la otra, pero no sabemos lo que lleva dentro.

—No sabemos lo que lleva dentro, ¿eh, Luis? —dijo Vargas—. Mírate el sitio donde tenías un meñique la semana pasada, a ver si haces la conexión.

—¿Qué quieres decir con que no sabemos? —preguntó Maya al Niño Luis.

—Pienso que a lo mejor quien las preparó no lo hizo de la misma manera —dijo el Niño Luis, distraído por los destellos de las tragaperras—, o que a lo mejor no ha salido de las mismas manos.

—No pienses —dijo Vargas—, te las has apañado perfectamente durante veintiocho años sin hacerlo.

—¿A quién compró Cruz esta última tanda? —preguntó Maya.

—Al mismo tío al que le compró las primeras —dijo Vargas.

Maya guardó silencio. Por fin, dijo:

—Bien, mantenemos lo de mañana. Pero tú —ordenó volviéndose al Niño Luis—, tú te quedas en casita guardando reposo.

—¿Cómo va esa carrera artística, Sirio, vemos ya el Grammy en el horizonte? —preguntó Santos.

—Ahí estamos —dijo Rachid—. Cuando me dejan en paz, va. Cuando la gente se empeña en contarme su puta vida y en hacerme perder mi precioso tiempo, deja de ir.

—¿No has compuesto aún el rap ese de los incendios que nos va a lanzar a la fama?

—No, y te voy a decir por qué.

—Cuéntamelo.

—Los funcionarios esos del INEM, ese es el porqué. Esos mamones se pasan el día llamándome, y cada vez que suena el móvil y son ellos tengo que dejar cualquier cosa que esté haciendo y plantarme allí, porque si no pierdo el subsidio por excarcelación.

Estaban sentados en una terraza de la calle Antonio López, entre un contenedor lleno de cascotes y un hombre de unos setenta años con gorra y bermudas que hacía lo que parecía ser un crucigrama o un sudoku en un periódico. Un plátano crecido daba una sombra exigua a las tres mesas de plástico de la terraza. Unas hebras blancas, dejadas allí por el paso de un avión, atravesaban el cielo bochornoso. El sol aún colgaba por encima de las fachadas.

—La semana pasada me llaman —siguió Rachid—, salgo con un petardo en el culo y me dicen que tienen un curro que se adapta perfectamente a mi perfil. Y la cosa es siempre tipo esto. Mira, Rachid, en Valdemoro están buscando mozos de almacén para una empresa de materiales de construcción. De diez de la noche a seis

de la mañana, setecientos cincuenta brutos. Nos hemos acordado enseguida de ti. ¿Qué te parece? De putísima madre, les digo. Para empezar, ¿a qué lumbreras se le ha ocurrido ese turno? Bueno, me dicen, la cosa es que los camiones pasan a primera hora a por los materiales para llevárselos a Andalucía, así que por las noches alguien tiene que estar en las naves revisando los pedidos y organizando los palés para que nada más llegar los putos camiones puedan cargar y echarse a la carretera.

»Les digo, ¿y dónde están esas naves? Las naves están en la vía de servicio de la carretera de Andalucía, donde el polígono industrial. ¿Y cómo se supone que voy a llegar a la vía de servicio de Valdemoro desde Orcasitas a las diez de la noche y me voy a volver a las seis de la mañana? Necesitas un coche, me dicen. Vale, un coche, cojonudo: no tengo un coche. Si tuviera un coche sería porque tengo dinero, y entonces no necesitaría la boñiga esa que me dais. Pero ellos no desisten. Son como esos perros de presa a los que se les traba la mandíbula. Te agarran del tobillo y no te quieren soltar hasta que les dices que te parece una propuesta maravillosa y que hace años que esperabas una oportunidad así.

»También podrías irte a vivir a Valdemoro, me dicen, es una alternativa que deberías contemplar. Claro, claro que podría irme a vivir al puto Valdemoro para trabajar en una nave de madrugada, por ponernos también me puedo largar a Orihuela del Tremedal, pero volvemos a lo mismo. No tengo pasta, vivo en una habitación en casa de un colega. ¿Me queréis decir cómo hago para mudarme con los trescientos pavos del subsidio? ¿Me vais a adelantar vosotros el primer mes de alquiler y la fianza y toda la pesca, o cómo va la cosa?

Santos tuvo la tentación de sugerirle que con todo lo que le estaba contando podía escribir un rap, pero decidió no hacer más largo el camino que llevaba.

—En resumen, no, no he empezado a escribir el rap porque echo el día entre vender alguna cosilla para complementar el subsidio y mis encuentros semanales con los cansinos del INEM.

—Ya. La cosa está jodida —dijo Santos—. El otro día leí que estábamos a la cabeza del paro juvenil de toda Europa. A la cabeza del paro, en general. Con menos de treinta y con más de cincuenta palos, olvídate de encontrar un curro en condiciones en este país. Queda una ventana de veinte años en los que es imposible cotizar lo suficiente para jubilarse algún día, cualquier día, aunque sea a los ochenta y siete.

—Tal cual —respondió Rachid.

—Oye, volviendo a lo mío, porque supongo que me has llamado para algo, ¿alguna novedad?

—Alguna.

Rachid se quedó en silencio y desvió la mirada hacia las ocho plantas de ladrillo del hotel Praga, hacia las cristaleras de las puertas correderas que destellaban bajo la luz lívida, de donde de vez en cuando salían o entraban hombres encorvados y cabizbajos en trajes de chaqueta arrugados, posiblemente comerciales. Encendió el canuto que tenía ya liado y su pierna derecha se empezó a agitar con un movimiento rápido y espasmódico.

Santos sacó de su riñonera un bote de chicles de regaliz, vertió tres sobre la palma de su mano, se los metió en la boca y se quedó mirando en la misma dirección que Rachid.

—Imagino que quieres algo a cambio —dijo Santos.

—Los municipales me están tocando los huevos todo el día, no puedo comprar ni vender nada sin tenerlos encima al minuto.

—Puedo ocuparme de eso, si lo que me cuentas tiene chicha.

Rachid asintió.

—Tiene —dijo—. ¿Sabes quién es el Niño Luis?

—¿Luis Vargas? ¿El hijo pequeño de la Tata?

—El tarado ese, sí. Ayer tuve una conversación interesante con él. No me encontró de casualidad. Anduvo husmeando y preguntando a todo quisqui hasta que dio conmigo. Esos hijos de puta de los Vargas me la tienen jurada, ¿sabes?, porque voy por libre y no les pillo nada a ellos, así que pensé que venía a dejarme algún recadito. Pero no.

—¿Y qué te quería?

El Niño Luis, después de olfatear por todo el barrio, lo había localizado a la caída de la tarde, sentado en la grada del polideportivo con una lata de cerveza en la mano mientras seguía sin demasiado interés un partido de fútbol que enfrentaba a veteranos de Orcasur con veteranos de Usera. Estaba sudoroso, pálido como un cadáver y tan acelerado que a Rachid le pareció que acababa de meterse algo. Llevaba la mano vendada. Le pidió permiso para sentarse y le preguntó si trabajaba, si seguía en casa del Torete o se había mudado ya a otro sitio, si había metido mano a la moto o se la había encontrado así, precipitando unas palabras sobre otras mientras del campo de hierba llegaban apagados los gritos de los jugadores, el sonido seco cuando alguien pateaba el cuero, el sonido hueco cuando el balón pegaba en un poste, el ruido lejano del tráfico de la avenida que parecía en la distancia el mugido del mar.

Rachid había contestado a todo con monosílabos, desconfiado de tanto interés, tantas preguntas, más palabras en cinco minutos que en los últimos cinco años. Y entonces el Niño Luis le había preguntado si le hacía dar una vuelta por el parque Segura, ahora que había acabado el partido.

—Por el parque, me dice, como si fuéramos enamorados. Conque le digo que nones, que ando pillado de tiempo y que mejor seguimos donde estamos, a ser posible sin cogernos de la mano.

Santos pegó los chicles en el bajo de la mesa, dio un trago a su cerveza y se limpió con un dedo la espuma que se le había quedado pegada al labio superior.

—Me olí que no andaba bicheando por todo el barrio para saber cómo me va la vida, ¿me sigues?

—Sino para qué.

—El Niño Luis sabe que yo tengo contacto contigo y con algún que otro colega tuyo, así que verde y con asas.

—Supongo que alguna tribu les está comiendo la tostada a los Vargas en algo que se traen entre manos —dijo Santos—, y que no les vendría mal que nosotros hiciéramos una expedición a esa tribu.

—No va por ahí. Como no quise ir al parque, dejó de preguntarme sobre mi vida y me empezó a contar de la suya. Dejó caer nombres de varios primos, los josués, los samueles, los yerai y demás, así como quien no quiere la cosa, y habló de algo que anda organizando su gente. ¿Te acuerdas de lo del cajero de Getafe?

—Me acuerdo.

—Bueno, pues al parecer hay alguien que está muy satisfecho con cómo salió aquello y quiere repetir experiencia en Los Yébenes.

—¿Los mismos?

—Los mismos o de los mismos.

—¿Y te dijo en concreto quiénes de esos mismos?

—No, pero me dijo que irían a hacer una visita al chalet de un tal Bravo, un pavo que tiene cuatro gasolineras en la comarca y un concesionario de coches en Sonseca.

—¿Cuándo va a ser eso?

—El jueves después de cenar. Bastante después de cenar.

—¿Y por qué te contaría todo esto el Niño Luis?

—Te he dicho ya antes que no me gusta que la gente me cuente su vida, ¿verdad?

Cruz se asoma a la calle desde la cocina, la mirada ausente, los dedos de uñas mordidas sobre el marco de la ventana, las palmas de las manos sudorosas. Su corazón late deprisa, su estómago se contrae como si alguien le golpease a intervalos en el costado. En la esquina, ocupando las escaleras que suben a un portal idéntico al suyo, media docena de adolescentes beben cerveza en vasos de litro y comparten un cigarrillo que va pasando de mano en mano. Han colocado sobre el asfalto recalentado un altavoz del que sale un reguetón que hace retumbar los cristales de los cinco pisos.

Hace números. Cuánto ha sacado de las compras a Fraile, cuánto a los Vargas por el enlace, cuánto más podría sacar si a Maya, Vargas y sus cachorros les siguen yendo bien las cosas, cuánto puede costar el ingreso de Marina, qué pasaría si aceptara la oferta del Chóped, cómo devolvería el préstamo, cuánto tiempo tiene para devolver un préstamo, cualquier préstamo. Necesita tiempo. Cualquier condena y ya no habrá tiempo, no podrá seguir haciendo números, no podrá devolver ningún dinero.

Las farolas han comenzado a encenderse y desprenden una luz ambarina que apenas ilumina la calle. Entre las hojas de las acacias, los gorriones y los estorninos pelean por el territorio al que han venido a refugiarse de la noche y llenan el aire de batidos de alas y chillidos.

Decide llamar a Santos, a ese hijo de la grandísima puta de Santos, nunca nada le parece suficiente, ofrecerle algo que le baste, algo a cambio de tiempo. Respira hondo dos veces, se seca las palmas en el trapo de la cocina y marca su número en el teléfono.

—Dime —contesta Santos—, voy con prisa, ando trasladando bultos de casa al maletero como una bestia de carga y luego tengo que llevar a la familia a la estación.

—¿Sigue en pie la oferta? —dice Cruz.

—¿Qué oferta?

—Algo concreto a cambio de una pequeña intervención tuya para evitarme el juicio.

Al otro lado del teléfono, Cruz escucha un golpe seco seguido de unos maullidos de gato y los gritos de una mujer.

—¡Me cago en Dios con el puto gato! Se me ha caído el trasportín al suelo porque tengo el móvil en una oreja, una maleta de treinta kilos como si emigrasen a Australia en una mano y el puto trasportín en la otra, y va la dama y se pone a chillarme. ¿Qué me has dicho?

—¿Quieres saber quiénes andan detrás de lo de Getafe y de lo de la óptica de ayer?

—¿Para qué coño me preguntas otra vez lo mismo? Ya sabes que me interesa, pero estoy hasta los huevos de tus fullerías, Cruz.

—Te voy a dar nombres, Santos. Esta vez te voy a dar los nombres.

—Veremos.

—Mañana a las ocho en el quiosco del lago de la Casa de Campo.

Los maullidos del gato se hacen más agudos y penetrantes.

—Ahora se ha salido del trasportín el puto bicho demoníaco este —dice Santos—. Repítame la hora.

—Ocho.

—Ocho, mañana. Bien. Te dejo.

Antes de que la comunicación se interrumpa, se oye otro grito de mujer y una nueva blasfemia de Santos, y luego silencio.

Cruz deja el teléfono sobre la encimera de la cocina y regresa a la ventana. Un vecino ha salido del portal y está discutiendo a voces con los chicos en las escaleras del portal. Los chicos se ríen de él. El vecino los amenaza con llamar a la Policía. Los chicos se ríen aún más de él. El vecino pega una patada al altavoz. Ahora se escuchan insultos y amenazas mezclados con los bajos del reguetón. Cruz hace cuentas. De cuántas personas conocen los nombres, de qué posibilidades tiene de seguir navegando las mismas aguas subterráneas sin ser detectado, de cuál podría ser la reacción de la Tata. Su corazón se encabrita de nuevo, su estómago se contrae como si un peso pesado le acabara de hundir el puño en el costado.

(Resumen de una crónica leída en el periódico El Nazareno)

En 1957, en Alcalá de Guadaira, se alza con la victoria el gallo de color tabaco de nombre «Mulato», propiedad y orgullo de Joselito el de la Mejorá. Es favorito en las apuestas pues, aunque tuerto a consecuencia de un lance anterior, ha ganado catorce peleas seguidas. Queda emparejado, por peso y puya, con Chamaco, otro sonado ejemplar de Murcia que trae también numerosos seguidores.

A los pocos segundos de saltar al ruedo, un certero puyazo de Chamaco lo deja ciego del todo. Mulato recula. Las apuestas dan un vuelco. Nadie confía ya en un gallo que no ve. La cuadrilla de Joselito espera en silencio la derrota.

Pero la casta de Mulato es tal que se orienta por el oído. Avanza de frente en su nueva oscuridad, hachea y embiste tres veces al aire. A la cuarta, engancha por el papillo a Chamaco, que se aleja hacia las gradas.

Los espectadores miran al juez. Cuando un gallo ataca y el otro rehúye el duelo, se otorga un minuto más. Si ninguno de los dos ataca, pierde el que conserva la vista.

El juez da vuelta al reloj de arena y pide silencio para que el ciego pueda escuchar las pisadas de su contrincante. El minuto sobra: Chamaco se echa y Mulato, en tinieblas en el centro del ruedo, hincha las plumas del pecho y lanza un quiquiriquí. Joselito llora emocionado. El griterío es ensordecedor.

Acababa de anochecer cuando Samuel Vargas aparcó junto al instituto de educación secundaria Guadalerzas, a las afueras de Los Yébenes. Frente al instituto, una construcción de dos plantas de los años noventa pintada de un color claro, se extendía una hilera de árboles raquíuticos con las hojas desvaídas y fruncidas, variedades japonesas de crecimiento rápido que sin embargo no lograban prosperar en aquel páramo agostado. Detrás de los árboles, en el pequeño descampado ralo, un cartel anunciaba la recalificación del terreno y una promoción de chalets de lujo. En el cartel, una pareja joven jugaba en el patio trasero de su nuevo hogar con un niño pequeño, al borde de una piscina rodeada de césped y con un alborozado cocker spaniel brincando a su alrededor.

Vargas se apoyó en el maletero del coche con un pitillo entre los dientes y vio llegar a Yónatan y al Pirula en un Mercedes plateado clase C. El Mercedes, con las ventanillas bajadas y el «Ciego, sordo y mudo» de El Jincho reverberando en la carrocería a todo trapo, rebotó sobre los surcos que las lluvias del invierno habían dejado en el asfalto y frenó a la altura de Vargas. La voz áspera de El Jincho, que hablaba de quinquilleros y sicarionas, del arrepentimiento y la supervivencia, llenó el aire.

Los dos jóvenes bajaron del coche.

—¿Qué parte de la palabra «discreción» no pillasteis ayer? — preguntó Vargas—. Apagad la puta música. Como sigáis así vais a quedar para el cobre o para la aceituna.

El Pirula metió medio cuerpo por la ventana del Mercedes y se hizo el silencio.

—¿Vamos a ir en los dos coches? —preguntó Yónatan.

—Solo en el Mercedes —respondió Vargas—. Conduzco yo. Cuando acabemos volvemos aquí, damos mecha a este y nos vamos en el mío.

—Como tú digas, Samu —dijo el Pirula.

—Sí, lo que nos digas —dijo Yónatan.

Los tres hombres subieron al Mercedes. Vargas se volvió hacia los dos jóvenes.

—¿Qué es lo que pasa con Viruta? —preguntó Vargas.

—Anda mosca con Cruz —dijo el Pirula.

—Eso ya lo sé, águila. Digo que por qué.

—Al parecer, se está moviendo bastante por encima de sus posibilidades teóricas.

Vargas arrancó el motor. El coche avanzó por la avenida de Europa, dejó atrás una nave de ladrillo visto cubierta de chapa metálica que se anunciaba como el teatro auditorio de la localidad y se dirigió hacia el centro del pueblo.

—Concreta eso de las posibilidades teóricas —dijo Vargas.

—Antes solo bajaba al Contreras los jueves y los días de mercadillo —dijo el Pirula—, se tomaba una tónica a palo seco y se subía para casa a tragarse episodios de esos de Jara y Sedal.

—Sí, le gusta la pesca —dijo Vargas—. Una vez fui con él a pescar al embalse de Orellana, hace la tira.

Fue a comienzos del otoño, hacía al menos veinte años, cuando ninguno de los dos había cumplido los treinta. Después de caminar

hasta la cola del embalse, habían sacado los aparejos y cebado los anzuelos, se habían sentado en unas pequeñas sillas de tijera y habían echado la caña. Ya entonces, antes de que Estela se marchara de casa, Cruz era de pocas palabras. Así que Vargas había abierto una revista de crucigramas mientras Cruz empalmaba un cigarrillo con otro y observaba las lenguas de tierra que se metían en el agua, como si quisiera memorizarlas para alzar un mapa topográfico, y los bandos de grullas que cruzaban chillando el cielo. De vez en cuando, Vargas se volvía hacia él y le decía «Muy limpio, seis letras», o «Con forma de huevo, ocho letras», para recibir siempre el mismo encogimiento de hombros de Cruz.

—Me picaron dos lucios y una carpa del tamaño de un castor. Veintiocho kilos de bicho —dijo Vargas, extendiendo el brazo derecho lleno de colgantes mientras sujetaba el volante con la mano izquierda—. Él no pilló ni un pez de colores. Es un hombre que ha nacido con la suerte del revés, Cruz. Bueno, ¿y?

—Pues que ahora, según Viruta —dijo el Pirula—, baja todos los días a mediodía y se está ahí hasta que considera que ha comido con la tapita que le ponen con cada tónica. Dos triángulos de queso con unos picos de pan, un puñado de patatas fritas, un dado de ensaladilla y listo hasta la hora de la cena.

—Y por la noche —añadió Yónatan— se acerca a El Marcapasos o al bareto ese de sillas naranjas y verdes que ha abierto el Torete y se toma un barril de tónica con tres gotas de ginebra.

—Ese que parece un parque de bolas infantil —dijo el Pirula.

—Ese —dijo Yónatan.

El coche dobló hacia la derecha para meterse en el dédalo de calles desiertas del centro del pueblo y se detuvo frente a un caserón con las ventanas y la puerta clausuradas con ladrillos que también esperaba a transformarse algún día en chalet con césped artificial, barbacoa y piscina.

—Poneos las medias. Según este bicho, estamos a tres minutos —dijo Vargas—. A ver si me aclaro. ¿O sea

que Cruz, según Viruta, está viviendo por encima de sus posibilidades porque bebe dos litros más de tónica al día?

—También se gastó doscientos pavos en menaje el otro día —dijo el Pirula.

—Coño, ¿que se compró unos tenedores? Eso ya es otra cosa. Eso ya es la hostia —dijo Vargas—. Mira, sigue sin parecerme suficiente. Y, además, si anduviera largando ya nos habríamos enterado.

—De todas formas, ¿qué sabe? —dijo Yónatan.

—Lo de la milla de oro —dijo Vargas—. La cosa se torció, pero por otras razones. De esto no sabe nada. O sabe que íbamos a acercarnos aquí, pero ni a dónde ni a qué. O sea, nada.

Los tres hombres se cubrieron el rostro con las medias y el Mercedes siguió avanzando hasta llegar a una de las últimas calles del pueblo. Allí, lindando con el campo, se alzaba el chalet de tres plantas, rodeado por una parcela cercada que ocupaba dos manzanas y por la que asomaban palmeras canarias y pinos romanos. Junto a la verja de hierro de la entrada, una chapa metálica anunciaba una alarma conectada con la Policía, y otra, un perro peligroso.

—Joder con la choza —dijo Yónatan—. Fijo que tienen piscina. Hostia, un chapuzón ahora, lo que es entrar y salir, ¿eh?

—Ya ves —dijo el Pirula.

—¿Estamos seguros de que no hay nadie? —dijo Yónatan.

—Están en Campello —dijo el Pirula—. Ahora mismo deben de andar tomándose unos vinos blancos frente al mar, esperando a que les sirvan el bogavante.

—Y nosotros aquí, en el tajo.

—Ya ves.

—¿Habéis acabado la conversación? —preguntó Vargas.

Los dos jóvenes asintieron.

—Bien —dijo Vargas—. La caja fuerte la tienen en uno de los baños de la primera planta, detrás de una falsa ducha. Entramos por la puerta de la cocina, subimos al primer piso, desmontamos la plancha de azulejos, metemos la petaca y a correr.

—¿Alarma? —dijo el Pirula, mirando las placas metálicas.

—Ya la han desactivado por nosotros esta tarde.

—¿Y el perro?

—Los perros. Son tres. Están durmiendo y no creo que despierten hasta mañana. A mitad de tarde, justo cuando se ha desconectado la alarma, les ha entrado una soñarrera del copón.

Un hombre de unos treinta años con unos vaqueros llenos de lamparones y una camiseta agujereada apareció detrás de la esquina y se acercó hasta el muro del chalet tambaleándose y murmurando por lo bajo frases ininteligibles. Colocó la palma extendida de la mano izquierda sobre el muro y maniobró con la derecha hasta que logró sacar el miembro y apuntar torpemente hacia la tapia. Cuando terminó de orinar, apoyó el antebrazo y permaneció allí, dormido o adormecido.

—Joder —dijo Yónatan—. Va borrachísimo.

—¿Qué hacemos con él, Samu? —dijo el Pirula.

—No hacemos nada, porque en este momento no se acuerda ni de cómo volver a meter la polla en los calzoncillos —dijo Vargas—.

Vamos.

Los tres hombres bajaron del coche, rodearon el chalet hasta llegar a la linde con el campo y saltaron por el muro norte de la parcela.

El borracho, recostado aún sobre el muro con el antebrazo izquierdo, se echó la mano a la cadera derecha, cogió el radiotransmisor y liberó el botón.

—Acaban de saltar —dijo acercando el aparato a la boca.

Los tres hombres atravesaron corriendo la hierba en paralelo al camino de grava, dejaron atrás la piscina y el porche con la mesa de ping-pong y llegaron hasta la puerta trasera de la cocina. Yónatan introdujo la llave de tensión en la ranura y levantó uno a uno los bulones con la ganzúa hasta que la cerradura cedió. Cuando entraron en la estancia a oscuras, las cortinas de lino de las ventanas se llenaron del aire cálido de la noche que entraba por las ventanas. Los tres hombres con el rostro deformado por las medias se miraron entre sí.

—¿Qué hacen las ventanas abiertas? —preguntó el Pirula.

—Teníamos calor y hemos querido que corriera un poco el aire —dijo una voz en la oscuridad.

La luz se encendió y vieron a cuatro policías que los apuntaban con sus armas.

—Las piernas bien separaditas y las manos encima de la mesa —dijo uno de ellos.

El Pirula y Yónatan miraron con la cabeza baja a Vargas, los puños tensos, la ola de ira que le había afilado la cara, la respiración cada vez más agitada.

—Me cago en su puta vida —boqueó Vargas como una carpa fuera del agua.

—Te lo dije —dijo el Pirula.

Garza se había quedado dormido en el sofá a media mañana con la radio encendida, acunado por las voces sensuales de unas locutoras que hablaban de la comunicación entre las plantas y la inteligencia colectiva de los bosques, y había soñado con el circo Price. A las doce, el teléfono empezó a sonar y lo sacó de aquel sueño banal y plácido.

Se limpió el hilo de saliva que le caía de la comisura de los labios y buscó a tientas entre el mar de objetos de la mesa baja pegada al sofá hasta que localizó el teléfono. Era Santos.

—¿Qué haces? —dijo la voz.

—No te lo vas a creer —dijo Garza con la voz ronca y el cuerpo aún envuelto en un bostezo—, pero has interrumpido el primer sueño que he tenido en mi vida.

—¿Con quién te lo estabas montando?

—Con un camello del circo Price.

—Siempre he pensado que necesitabas algún tipo de ayuda psiquiátrica. ¿Subo o bajas?

—¿Eh?

—Estoy aquí abajo, en tu portal.

El timbre del telefonillo sonó estridente durante muchos más segundos de los necesarios. Garza abrió la puerta en calzoncillos y camiseta. No se había puesto aún las gafas y sus ojos opacos y miopes se fruncieron para enfocar la figura en el umbral. Santos

entró a tientas y recibió una bofetada de olor a almohadas sudadas y aceite frito. Las luces estaban apagadas y las persianas echadas.

—¿Puedes hacer algo de luz en tu cueva para que sepa con quién estoy hablando?

Garza subió un palmo una de las persianas y una franja translúcida en la que bailaban partículas de polvo atravesó el salón hasta chocar con la pared de la cocina. La luz descubrió un suelo cubierto de carátulas de DVD, animales de papel, viejos calendarios ilustrados, húsares de plomo y guerreros samurái del tamaño de un peón de ajedrez. Una maqueta de tren recorría toda la estancia, partiendo del centro para internarse debajo del sofá, reaparecer al otro lado y enfilar hacia la pequeña cocina, donde daba la vuelta completa pegado a la pared antes de regresar al salón.

Santos se agachó, cogió uno de los calendarios y empezó a pasar las páginas mientras leía en voz alta.

—«Lavanderas a la orilla del Manzanares», «Aguadores en la plaza de Puerta Cerrada», «Castañera en la plaza de Tirso de Molina».

—Oficios desaparecidos para siempre —dijo Garza—. El progreso, que dicen. O sea, el afán aniquilador del ser humano. ¿Cuándo vamos a darnos cuenta de que hay que detener el progreso?

Garza tanteó encima de la mesa hasta dar con sus gafas y se las puso.

—Es una pregunta retórica, no hace falta que te molestes en contestarme.

Santos volvió a dejar el calendario en el suelo y miró a su alrededor.

—Virgen santa, ¿eres capaz de encontrarte a ti mismo aquí dentro cuando necesitas ir a mear?

—No, prefiero hacérmelo en el pañal —dijo Garza—. Bueno, qué.

Santos se sentó en el brazo del sofá con una mueca de asco.

—Ayer por la tarde me llamó Cruz para que nos viésemos —dijo.

—Gracias por venir a despertarme con la primicia. No me hubiera parecido bien enterarme por la televisión.

Garza desapareció en el minúsculo pasillo que llevaba hasta el dormitorio y regresó con unos pantalones vaqueros en las manos.

—¿Y? —dijo mientras se los ponía.

—Me preguntó que si estaba interesado en saber quiénes son los que se dedican a reventar cajeros con el método ese de la pala del pizzero.

—¿Qué coño es eso?

—¿Quieres que te lo cuente otra vez?

—En realidad, no.

—Es una patente italiana, un invento de un tal Pigi Sartori.

Sartori, según contaba él mismo a quien quisiera oírle, incluidos los miembros del Cuerpo Nacional de Policía, era un genovés confinado en una generación equivocada. De haber sido joven en los años veinte, explicaba, hubiera sido un Ascao o un Vanzetti. En los cuarenta habría correteado por los Abruzos con la brigada Maitella y en los setenta habría sido miembro de las Brigadas Rojas, como su madre. Pero había nacido en 1988 y se tuvo que conformar con lo que él llamaba los tiempos sin causa, los años vacíos posteriores a la caída del Muro de Berlín y a la disolución de la Unión Soviética.

Sin ideal al que sacrificar su vida, había dado el salto hacia una comuna de jipis de Ibiza, donde en dos años se había convertido

primero en el principal consumidor y luego en el mayor suministrador de hachís de cáñamo de alta calidad de la isla. Ochenta kilos de esa joya orgánica libre de pesticidas y herbicidas, cargados en una lancha deportiva y enterrados después bajo las dunas de Sa Pedrera, lo habían llevado a la cárcel, que era donde había proyectado el método.

—En cuanto salió de Can Fita se marchó a Málaga y lo puso en práctica —siguió Santos—. Y con bastante éxito, hay que reconocerlo. Tardaron años en trincarlo y meterlo en Alhaurín de la Torre con un ladrillo de ocho años. Allí coincidió con uno de los Vargas y lo adiestró en el uso de la pala.

—Estamos hablando de los Vargas en sentido amplio, supongo.

—Amplísimo. Un primo de un resobrino de la Tata.

—¿Todo esto te lo ha contado Cruz hoy?

—No, me lo ha contado Sanchidrián, que estuvo destinado en Benalmádena los dos primeros años, justo en la época en que Sartori estaba en todo su golfo.

—Sanchidrián el cojo de Estupefacientes.

Santos asintió.

—Te voy a contar lo que me ha hecho el hijo de puta de Cruz —dijo—, el hijo de la reverendísima gran chingada. Me llama ayer preguntándome si me interesaría saber quiénes andan detrás de los últimos palos, el de Getafe y el de la óptica, según él son los mismos prendas, y prometiéndome nombres y apellidos. Le digo que sí, claro.

—¿La óptica?

—Si salieras de vez en cuando de la clausura te habrías enterado de que el martes por la noche vaciaron una en la calle Castelló.

Santos se levantó y trató de llegar hasta la ventana esquivando figuritas, calendarios y vías de tren.

—Total, que quedo con él para el día siguiente, o sea para hoy, a la hora que a él le sale de los cojones y donde a él le sale de los cojones, que suele ser a tomar por el culo. Y el muy cabrón ni se presenta ni contesta al teléfono. Pero no solo eso: esta madrugada han pillado a Samuel Vargas metido con dos de sus lacayitos en un chalet en Los Yébenes.

—Bueno, una de sus trapacerías de costumbre, ¿no?

—Pues esta vez le ha salido el tiro por la culata. El Sirio ya nos había puesto sobre aviso.

Santos subió completamente la persiana, abrió la ventana de par en par y la luz blanca de fuera, una luz como de metal, inundó la sala.

—Dios santo, Garza, tienes que ventilar un poco esta mazmorra y recoger toda esta mierda que tienes por el suelo. No digo yo que te conviertas en un discípulo de la china esa ordénalo todo, pero unos mínimos.

—Oye, ¿dónde estamos?

—¿A qué te refieres?

—¿Estamos en la comisaría? ¿En tu casa? No: estamos en mi santa casa, en mi bendito refugio, porque has venido a decirme que Cruz te ha dado plantón y, de paso, a contarme la vida de un tipo que aspiraba a ser Juan Martín el Empecinado pero que ha terminado de atracador de bancos. Así que deja de sermonearme.

—Tata, querida Tata.

Goyo Maya, seco y derecho como una estaca, vestido con su habitual terno de negro luto, caminó con pasos decididos y breves hasta el centro de la nave y la besó en la frente. La Tata se dejó hacer sin levantar los ojos del espejito de la polvera mientras seguía repasándose las pestañas con rímel. Cuando terminó con las pestañas, se retocó las cejas con un lápiz hasta darles la forma de un delgado acento circunflejo. El Niño Luis estaba sentado a su lado, más callado que de costumbre, con la mitad de la mano izquierda aún envuelta en una venda de color carne y la derecha manipulando su teléfono móvil.

Fuera, en el rectángulo de luz enmarcado por la puerta, esperaba el Chóped. El rottweiler ladraba y rugía en la sombra como un animal salvaje, tratando de zafarse de la cadena para alcanzar el rectángulo.

—Está el Chóped conmigo, como me pediste —dijo Maya.

—Que pase —dijo la Tata.

Maya hizo un gesto con la mano hacia la puerta y el Chóped entró, cerró la puerta metálica y avanzó bamboleando sus rollos de carne de un costado a otro. Se detuvo a unos metros de la mesa y permaneció inmóvil con los brazos cruzados sobre la barriga y el mentón en el pecho.

Fuera, Thor continuaba ladrando enloquecido a cualquier olor sospechoso que le llegase al hocico.

—¡Thor, silencio! —dijo la Tata, expulsando la voz hacia la puerta.

El perro enmudeció. La Tata cerró el polvo, suspiró pesadamente y se recostó sobre el respaldo de la silla, llevándose con ella sus dos inmensas ubres.

—Niño, mi Baileys —dijo—. Con unos cacahuetses o algo para el moje.

El Niño Luis se levantó y fue hacia la nevera. Sacó una botella de Baileys y una cubitera, vertió los hielos en un vaso bajo y comenzó a echar el licor. La Tata ladeó un instante la cabeza para mirarlo.

—Hasta ahí —dijo cuando el vaso estuvo lleno hasta la mitad.

Maya, de pie junto a ella con una boquilla entre los dientes, se balanceó hacia adelante y hacia atrás sobre los talones, con los ojos entrecerrados fijos en la puerta de la nave.

—¿Quiénes iban con mi Samuel? —preguntó la Tata.

—El Pirula y Yónatan —dijo Maya.

La Tata dio un trago al líquido de color vainilla, dejando en el borde del vaso un ribete de carmín con la forma de sus labios. Luego tomó un puñado de cacahuetses, se los metió en la boca y se pasó una larga uña esmaltada por las comisuras para limpiar los restos.

—¿Y quiénes más lo sabían, además de ellos? —dijo la Tata mientras trituraba los cacahuetses dentro de la boca abierta.

—Tú y yo —dijo Maya—. Bueno, y el Niño Luis.

El Niño Luis levantó unos ojos atentos hacia Maya.

—Y el empleado que desactivó la alarma y puso a dormir a los chuchos, ¿no? —dijo la Tata.

Los tres hombres la observaron mientras entornaba los ojos y hacía girar en su dedo corazón una enorme sortija ovalada con un

diamante incrustado en el nácar.

—Cierto —dijo Maya—. Pero le pagamos bien y tenía un billete para Guayaquil anoche.

—Con permiso —dijo el Chóped desde la distancia.

La Tata y Maya se volvieron hacia él.

—También podría haberse ido de la lengua una vez en el aeropuerto.

—Por poder, podría —dijo Maya, buscando un encendedor en el bolsillo de su americana negra—. Pero no veo qué habría sacado con hacerlo. Además, tiene aquí una hermana y varios sobrinos. No creo que se arriesgara a ponerlos en peligro.

—¿Los tenemos localizados? —preguntó la Tata.

Maya sacó un cigarro de su pitillera y lo metió en la boquilla. Lo encendió, aspiró fuerte y soltó un chorro de humo por la nariz.

—Localizadísimos. Vital Aza 47, tercero derecha. También llevan el local de pollos asados que hay en el bajo.

—¿Eso dónde está? —dijo la Tata.

—Pueblo Nuevo.

La Tata asintió y se metió un puñado más de cacahuets en la boca mientras los hombres esperaban expectantes.

—Hay alguien más que lo sabía —dijo el Niño Luis a media voz y sin apartar la vista del teléfono.

La Tata miró a Maya en busca de confirmación.

—¿Había alguien más? —preguntó.

—No que yo sepa —dijo Maya.

El Niño Luis dejó el móvil sobre la mesa y dirigió a su madre una mirada cándida.

—Isra nos hizo una visita la semana pasada —dijo.

Los ojos fríos de la mujer se posaron en él. El Niño Luis parpadeó.

—Mama, ¿no te acuerdas de que Samu le habló de lo del chalet de Los Yébenes?

—Yo me acuerdo de todo —sentenció la Tata.

Se hizo un largo silencio, solo interrumpido por los ruidos de fondo que llenaban la nave a todas horas: el ronroneo del motor de la nevera, el zumbido de alas de algún insecto, el goteo persistente de una cisterna, los correteos de pequeños roedores sobre las planchas de uralita. Una ráfaga de aire caliente se coló por debajo de la puerta y depositó a los pies del Chóped una nube de polvo.

Por fin, la Tata se volvió hacia Maya:

—Bien, pues ya sabes lo que hay que hacer.

Maya asintió.

—Chóped se ocupará. Si necesitas ayuda —dijo Maya, mirando al Chóped—, que te acompañe el Cuervo.

El Chóped asintió.

En el bar no quedaba nadie. Contreras había bajado el cierre y les había dicho que tendrían que marcharse cuando la suya fuera la última mesa que quedara por apilar. Había pasado los vasos por el pitorro del agua a presión sin mucho entusiasmo y ni una gota de detergente, los había colocado boca abajo en un extremo de la barra de estaño y ahora estaba barriendo el suelo de toda la inmundicia acumulada desde el desayuno, en la que predominaban los huesos de aceitunas, las cabezas de gambas y los palillos de dientes.

—En qué momento empezó a estar mal visto el serrín —masculló mientras acumulaba montoncitos de basura en distintos puntos del local—. En cinco minutos mal contados estaba todo barrido. Ahora tengo que ir rebuscando de mierda en mierda por cada esquina y cada reborde.

—Paco, joder —dijo el Chóped.

—Paco nada. Paco está hasta los huevos. Paco un día va a cerrar esto y a ver qué pasa. A ver qué pasa entonces.

El Chóped se volvió hacia Cruz.

—Entonces, es a gallo ganador —dijo Cruz.

—Exacto. Solo lo sabemos cuatro personas —dijo el Chóped—. Ahora cinco, contando contigo. Viene la gente de Cádiz y de Sevilla, alguno de Almería y hasta los de Canarias, aparte de los habituales de Madrid y alrededores. Calculo que unas cien personas en total, y todas apuntarán el nombre equivocado. Así que, si no he echado mal las cuentas, salimos a tres mil por barba.

—Eso es un huevo de pasta.

—He pensado que te vendría bien para lo que tú sabes.

—Me viene como minga al culo.

—¿Te acuerdas del préstamo del que te hablé?

—Me acuerdo.

—Bien, pues si todo sale bien te quedas con mi parte. Para lo de Marina.

El Chóped, un poco achispado sin llegar a estar borracho, se levantó y fue hasta la barra. Abrió el grifo de la cerveza y volvió a llenar su vaso de caña. Contreras se volvió hacia él con la fregona en la mano.

—Eh, que llevo quince horas aquí y yo también tengo una vida, ¿sabes?

—Claro, tío, en cuanto termines de recoger nos abrimos.

Contreras cogió el cubo con el que había repasado el suelo de los servicios y utilizó la misma agua sucia con olor a orín para esparcirla esmeradamente por el resto del local.

—¿Quién lo sabe, aparte de nosotros? —preguntó Cruz.

—Los dueños de los dos gallos y el Cuervo, que es quien llegó al acuerdo.

—Cuéntame del nuestro.

—Es un navajero prieto, completamente negro. Fino como un peso pluma, rápido como una cobra y un auténtico cabrón cuando huele sangre. Lo trajeron ayer de Zahara de los Atunes. Los peruanos son los mejores gallos, por mucho que les ofenda a los dominicanos y a los mexicanos, aunque a veces haya que refrescarles un poco la sangre con algún ejemplar jerezano o inglés.

—¿Cómo se llama?

—Eclipse.

—Me mola —dijo Cruz—. Soy muy supersticioso con el asunto de los nombres. Me puedes enseñar al mismísimo campeón de Gran Canaria, que si se llama Joker o War Machine o esas mierdas que les ponen ahora no le pongo ni dos euros. ¿Y el otro?

—Zeus. Es un malayo pinto. Un taco de cuatro kilos y medio nacido para matar, además de que va siempre puesto de anabólicos hasta el rabo. Lleva quince peleas sin perder. Qué digo sin perder, sin recibir más que algún espolonazo sin consecuencias, imagínate si nadie va a creer que va a poder con él el finito ese de tres kilos escasos. Lo que no saben es que el malayo va a salir al ring sin haber bebido ni una gota.

Cruz se echó a reír.

—Qué cabrones. ¿Desde cuándo?

—Desde que llegó ayer de Zahara hasta que salga mañana a pelear. Bueno, ¿qué me dices?

—Tiene buena pinta. ¿Dónde está el reñidero?

—En una finca a las afueras de Navalcarnero. Empieza a las diez, pero la cosa sería que estuviéramos ahí un poco antes para meternos unos lingotazos y ver al Eclipse donde tienen las jaulas. Te paso a recoger por casa con el Cuervo a las ocho.

Cruz asintió.

—Eres un buen tío, Chóped. Gracias por esto.

—Hoy por ti y mañana por mí.

—No lo dudes.

El Chóped acabó la cerveza y los dos se levantaron. Cruz levantó la mano hacia Contreras. Contreras devolvió la despedida y los dos hombres salieron a la plaza desierta y en penumbra, donde los recibió una bocanada de aire caliente, la montaña de escombros aún sin retirar de las obras de la esquina y el efluvio compacto y maloliente que escapaba por debajo del cierre del Contreras.

Una rata plateada sorprendida en plena estampida, Cruz no estaba seguro de si era la misma de siempre, se incorporó sobre sus patas traseras, movió velozmente las delanteras sobre el pecho, como un púgil en actitud retadora, y emitió un chillido agudo antes de continuar su carrera hacia lo oscuro.

Cinco son las formas en que el gallo de pelea pierde en combate: por echada natural, cuando el cansancio o la cobardía le llevan a tocar el esparto o la arena con el pecho; por caída a consecuencia de un golpe, siempre que el derribo dure más de un minuto; por huir con las alas recogidas y rehusar la pelea; por cantar la gallina, esto es, por cacarear anunciando la retirada, lo que los costarricenses llaman «pedir cacao»; y por muerte.

Así pues, volviendo a nuestra disquisición inicial, la casta hay que definirla por exclusión:

El gallo de casta, fino o de ley, es aquel que, por muy malherido que esté, solo se dará por derrotado si es muerto por su adversario.

El gallo de poca casta, en cambio, aceptará el envite, pero sacará el pañuelo blanco cuando se sepa vencido. Nació para pelear. Para pelear sabiendo que perderá.

Cuervo tomó un desvío de la autovía de Extremadura cinco kilómetros antes de llegar a Navalcarnero y paró el coche frente a una construcción circular destartada. Un rótulo rezaba Eurosofad. Siempre abiertos, otro anunciaba la liquidación permanente de sofás y un tercer cartel los contradecía y ofrecía aquella ruina como edificio comercial en alquiler. El calor implacable había empezado a ceder y la luz encarnada del final de la tarde emborronaba los contornos y oscurecía los volúmenes. Cuervo miró al frente con las manos sobre el volante.

—Y ahora qué —dijo.

—Este es el carril toledano —dijo el Chóped—. Seguimos recto por ahí.

El Chóped señaló hacia la pista de tierra que corría en paralelo al Guadarrama. El coche avanzó en una nube de polvo, brincando sobre los baches.

Con la cara pegada a la ventanilla del asiento trasero y los ojos muy abiertos, Cruz vio pasar una cerca donde unos caballos escuálidos holicaban la tierra, una fábrica de papel rodeada de un perímetro de hormigón, una hípica abandonada, una subestación eléctrica. A la derecha del camino se levantaban construcciones escuálidas que habían ido creciendo a retazos desde una caseta de aperos o un chiquero, semiocultas detrás de los setos de boj con los que sus propietarios habían tratado de darles un aire de decencia y respetabilidad. Más allá, la pista se estrechaba, las edificaciones se iban espaciando y a los lados empezaban a aparecer algunos chaparros de encina y pequeños rectángulos de tierra labrada.

El Chóped repasaba una y otra vez en voz alta los cálculos que le habían llevado el día anterior a la cifra de tres mil por cabeza mientras Cruz y Cuervo escuchaban en silencio.

—Todo esto, suponiendo cien apostantes —dijo—. Que si fueran más, a más tocamos.

Detrás de una curva, a cien metros de la pista sobre una parcela elevada, apareció la nave.

—Es esa. Gira aquí a la derecha —dijo el Chóped.

Cuervo condujo por el estrecho carril de tierra hasta la valla de alambre que rodeaba la parcela. Los coches que habían llegado antes que ellos habían aparcado en la explanada que se abría al franquear la entrada. Los hombres hablaban en corrillos, paseaban en parejas o se apartaban solitarios con una hoja de papel en la mano para diseñar sus estrategias. Junto a la puerta de la nave, un hombre de piel aceitunada con un sombrero de paja y una cachaba de junco de la que colgaban unos flecos negros hablaba brevemente con los visitantes antes de dejarlos pasar.

—Aquí hay más de cien tíos —dijo Cruz.

—Y más de doscientos —dijo el Chóped.

Los tres hombres bajaron del coche y caminaron entre la multitud por la explanada llena de hierbajos, colillas y charcos pestilentes que la lluvia había formado la noche anterior. De la nave llegaban los cantos lejanos de los gallos y, de vez en cuando, un quiquiriquí que se imponía a los demás.

—Ese es el Eclipse, fijo —dijo el Chóped mientras saludaba con el pulgar en alto a los conocidos—. Está rabioso de que lo tengan encerrado y quiere salir a comerse a quien se le ponga delante.

El hombre del sombrero de paja reconoció inmediatamente al Chóped y a Cuervo, y miró a Cruz.

—Viene con nosotros —dijo el Chóped—. Es colega.

En el centro de la nave estaba el reñidero, un círculo de tierra batida de diez metros de diámetro rodeado de tres filas de gradas levantadas con bloques de hormigón. En uno de los laterales, un marcador electrónico encendido mostraba dos ceros en números rojos. Detrás de las gradas, haciendo una ele junto a la esquina, una fila de tres congeladores con publicidad de cornetes de helado y tónica Schweppes hacía las veces de barra. Varios hombres bebían cubalibres y cerveza. Las moscas iban y venían sobre la barra improvisada, posándose sobre las caras sudorosas y los congeladores.

—¿Qué os apetece? —preguntó el Chóped.

—Nada —dijo Cuervo.

—Voy a pedir un whisky —dijo Cruz.

El Chóped lo miró con extrañeza.

—Sí, joder —dijo Cruz—, un día es un día.

Cruz se acercó a la barra y regresó con un vaso de plástico en la mano. Cerró los ojos y pegó un trago largo.

—Dios bendito. Se me había olvidado lo bien que sabe este enjuague. Vamos para allá, estoy deseando ver a esos bichos.

El hombre que vigilaba la zona donde estaban aislados los gallos se apartó para dejarlos pasar. Era una habitación rectangular con dos filas paralelas de jaulas individuales a ambos lados. Los animales, agitados en el poco espacio, cacareaban, picoteaban frenéticamente las barras, daban dos pasos hasta toparse con el extremo de la

jaula, regresaban al centro, giraban sus cabezas en rápidos movimientos en ángulo recto para observar a quienes los observaban y volvían a caminar hasta el otro extremo. Tenían las crestas y las barbillas mutiladas.

El Chóped señaló dos jaulas contiguas.

—Aquí los tienes.

El Eclipse se movía inquieto de un lado a otro de la jaula, sacando el pecho para exhibir sus resplandecientes plumas negras, que brillaban en la esclavina con un tono azulado. Zeus, parado en el centro de su jaula, los observó con la mirada apagada y el pico entreabierto.

Dos hombres entraron en la habitación y uno de ellos cantó los nombres y los números de los primeros contendientes.

—¡Número catorce, Zeus! ¡Número veintidós, Eclipse!

El segundo hombre se enfundó unos guantes gruesos y sacó a Eclipse, que empezó a picotear furiosamente los guantes mientras batía con exasperación las alas. El hombre le agarró las dos patas con una sola mano, lo puso cabeza abajo y colocó con habilidad una funda de acero cortante sobre cada uno de los huesos de los espolones. Entregó el animal a su acompañante y repitió la operación con Zeus, que no opuso apenas resistencia. Con la cabeza mirando al suelo, el malayo se giró ligeramente y fijó en Cruz dos ojos pequeños como botones de ónice, rodeados de un anillo de piel roja. Cruz sintió un hueco en el estómago y, en su centro, una flecha de fuego que amenazaba con desprenderse e incendiar el espacio.

Afuera, el marcador electrónico se encendió con los números de los contrincantes y la cuota de las apuestas: dieciocho a uno.

Todo sucede muy rápido.

Gritos, blasfemias, polvo que se levanta del centro del ruedo, los espolones de acero desgarrando la piel, los picos buscando los ojos, la sangre que cae de la carilla, de las patas, de la cresta truncada, y motea las batas blancas de los espectadores sentados en la primera fila. Las plumas de colores del malayo revolotean sobre la tierra, el pecho negro de Eclipse golpea al rival, que trata de alejarse, más blasfemias, miradas de incredulidad. Cuervo fuma en silencio. El Chóped se levanta con los brazos en alto, grita a pleno pulmón, abraza a Cruz, lo besa en la frente, los hombres que están a su alrededor los miran, envidiosos, suspicaces. Cruz termina su cuarto whisky.

Salen al aire de la noche. Cruz trastabilla, se desprende de las manos que lo sujetan por los brazos.

—Puedo solo, dejadme suelto, que es peor. Es la falta de costumbre, mi estómago se ha hecho a la tónica y al agua con gas y ya no soporta otra cosa. Con lo que yo he sido, joder.

Cuervo y el Chóped lo dejan caminar solo hacia el coche.

—Súbete tú ahora delante —ofrece el Chóped—, si miras a la carretera se te pasará el mareo. Yo me pongo detrás.

—Abrid las ventanas, a ver si se me pasa un poco.

El coche brinca sobre el carril toledano en la oscuridad. El Chóped saca de debajo de la chaqueta una Beretta y la deja sobre el asiento junto a su mano derecha. Cruz apoya el brazo sobre la ventanilla y recuesta la cabeza. Cuervo mira por el retrovisor al Chóped.

—Tres mil ochocientos pavos —murmura Cruz—, joder. Joder.

Los caballos, las patas envueltas en las gasas de niebla que nacen del río, levantan las cabezas al paso del coche. El Chóped coloca la Beretta a un palmo de la nuca inclinada de Cruz y vacía el cargador.

A las dos del mediodía, Fraile se sentó en una de las mesas del Contreras y sacó un purito Panther del bolsillo de la camisa. El chico negro seguía taladrando la esquina, y al coro de albañiles que le daba todo tipo de indicaciones se había sumado ese día un grupo de jubilados quejosos que tenía su propio criterio sobre cómo atajar el problema.

La terraza del Contreras estaba llena de gente que había terminado sus compras en el mercadillo y ahora se peleaba por las tapas que Paco Contreras, ataviado con un mandil grasiento y con cara de hastío, iba distribuyendo con la bebida. El doctor Eduardo iba de mesa en mesa enseñando su estetoscopio como un monaguillo que pasara entre los fieles la canasta de la ofrenda. Tres ecuatorianos se acercaron a la terraza, colocaron su amplificador en el suelo y empezaron a interpretar una melodía andina con una guitarra, una quena y unos bongos. Los compases melancólicos de la canción se disolvieron en el aire con la rumba que algún vendedor del mercadillo había puesto mientras recogía la mercancía.

Fraile encendió su purito y consultó el reloj para confirmar que esta vez había llegado puntual. En la mesa de al lado, cuatro pensionistas de mediana edad bebían botellines de cerveza mientras uno de ellos trataba de mezclar las cartas de una baraja mugrienta con las puntas abiertas.

—A ver, coño —dijo—, que aquí solo trabajo yo: los arrumacos.

Dos de los pensionistas empezaron a sacar monedas de cinco y diez céntimos de los bolsillos de sus pantalones y las pusieron en el centro de la mesa.

—Fue el miércoles cuando le vi —dijo uno de ellos—. Subía hacia su casa con una pila de paquetes y bolsas. Estaba como siempre.

—Como siempre no estaría, si había comprado tantas cosas —dijo otro—. A saber de dónde salió la pasta para tanto homenaje.

—Te digo como yo lo vi. En su cerebro no estuve.

—Últimamente andaba mezclado con la manada esa de chicos esos que trabajan para los Vargas.

—Trabajan.

—Es un decir, coño.

El hombre de la baraja dio a cortar el mazo al que estaba a su izquierda y repartió cuatro cartas a cada uno.

—Se habrá metido en algún lío y ha decidido desaparecer un tiempo.

—¿Cruz abrirse dejando a la hija ahí? No, no me cuadra. Dos a la grande y cuatro a la chica, para abrir boca.

Fraile, que había empezado a expulsar el humo del puro formando una sucesión de círculos, cerró la boca de repente e inclinó la cabeza para escuchar mejor.

—Veo la grande y subo cinco a la chica con las cartas de mi compañero. ¿Os acordáis de lo que le pasó a ese que llamaban el Ecijano hace seis o siete años?

—Para ti la chica. No llevo pares. ¿Qué le pasó?

—Que desapareció y la mujer se creía que se había marchado con otra. ¿Con qué otra se iba a haber marchado, si tenía cien años en cada pata?

—¿Y?

—Pues que no se había marchado con nadie. Estaba tirado en una cuneta ahí por Las Barranquillas y tardaron medio año en encontrarle y otro medio en identificarle.

Fraile se levantó y echó a andar despacio hacia la calle donde había dejado el Corolla. Las ondas de la música y las voces se hicieron cada vez más lejanas. Montó en el coche y se quedó sentado con una mano en cada muslo y los ojos clavados en el cubo de basura que tenía enfrente.

Pensó que por fin sabía a qué manos habían ido a parar las petacas. Los Vargas. Pensó en quién de ellos habría tomado la decisión y por qué. Pensó en la noche en que Cruz lo había dejado esperando mientras hablaba con alguien por teléfono, en las niñas chillando agarradas al patinete y en el perro vaciándose junto a la acacia. Luego se dijo que nada de eso era cosa suya pero que, por prudencia, le convendría no dejarse ver durante una temporada. Arrancó y se alejó.

Iba tan concentrado en no pensar que no vio que una Mercedes Vito negra, con dos cabezas rapadas dentro, había comenzado a seguirlo.

Los dos coches se perdieron por las estrechas calles de la costa brava.

AGRADECIMIENTOS

A Marcelo Luján, por el lujo de su generosidad, y a pesar de nuestras diferencias sobre las comillas latinas.

INFORMACIÓN PARA CLUBS DE LECTURA

Querido lector, nos tomamos la libertad de tutearte porque tienes entre tus manos uno de nuestros libros y, por tanto, ahora tú también eres ya miembro de Alrevés.

Y, como tal, queremos comentarte que, pensando en el placer que supone la lectura compartida, hemos añadido una pestaña en nuestra web (www.alreveseditorial.com) donde encontrarás la ficha de lectura de este libro, por si sintieras el irrefrenable deseo de intercambiar tus impresiones sobre él en un club de lectura. Allí encontrarás también nuestros contactos para facilitar la participación de nuestros autores en las charlas, recibir información, organizar actividades, etc.

Te estaremos muy agradecidos si difundes esta iniciativa porque, como dijo un gran sabio a quien conocimos bien, leer nos salva del olvido.

«Sobre este escritorio y sobre la mesilla de noche había siempre novelas baratas de misterio (...) Yo las devoraba por las noches, cuando los rostros de los muertos se me aparecían para ahuyentar el sueño y las preguntas se encadenaban unas con otras para tramar una red en la que me quedaba atrapado. Entonces, aquellas noveluchas me ayudaban a no pensar. Si algo echo de menos es precisamente eso: poder comprar cien páginas de olvido por solo un duro.»

ALEXIS RAVELO,

Los días de mercurio

Gallos de poca casta

GLORIA TRINIDAD



